



Susúrrale mi  
nombre al viento

Hermanos McGregor III



Josephine Lys

Susúrrale mi  
nombre al viento

Hermanos McGregor III



Josephine Lys

©2019, Susúrrale mi nombre al viento © 2019 Josephine Lys

Corrección: Anabel Botella

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático,

alquiler

o cesión de esta sin el consentimiento expreso

y por escrito de la autora.

A mis lectoras por sus mensajes de cariño,  
su apoyo y sus inestimables opiniones.  
Esto no hubiese sido posible sin vosotras.

## Agradecimientos

A mi marido y a mi hija por su amor incondicional y su apoyo.  
A Lorraine Cocó por su generosidad, su paciencia, su aliento en los momentos de duda, sus  
sabios consejos y su amistad, la que valoro como un preciado tesoro.  
A Nune, por otra maravillosa portada.

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[EPILOGO](#)

[BIOGRAFIA](#)

## CAPÍTULO I

### *Escocia 1180*

Nerys MacLeod miró a su marido y jefe del clan, Thane MacLeod. Sabía por experiencia que cuando estaba en silencio durante tanto tiempo, con la mirada perdida, la respiración cada vez más agitada y los labios duramente apretados, era que algo le preocupaba tanto como lo enfurecía. Y en este momento no podía negar que Thane parecía a punto de estallar.

Intentó esperar pacientemente a que le contase qué era lo que ocurría, pero llegado a ese punto, la espera la estaba matando y no estaba precisamente en su mejor momento.

—Thane, cariño, ¿puedes decirme qué es lo que ocurre? Me estás asustando.

Nerys sabía que con esas palabras sacaría a su marido del letargo que lo consumía. Sabía que por nada del mundo quería alterarla, así que, aunque no estaba orgullosa de sus palabras, una ayudita no vendría mal. Y la verdad es que la espera ya estaba empezando a afectarla.

Thane miró a su esposa. Estaba tan hermosa como cuando la conoció y se casó con ella, hacía ya dieciocho años. Su pelo rubio hasta la cintura, como el oro reluciente, recogido a su espalda, le hizo desear enredar sus dedos en ellos y acariciar la suavidad de los mismos igual que cuando hacían el amor y su calor los envolvía a ambos. Sus expresivos ojos azules lo miraban de forma inquisitiva y también preocupada. Por nada del mundo quería que se alterase. Después de que naciera su hija Isobel, pensaron que ya no podrían tener más hijos tras varios abortos espontáneos que llevaron a su esposa a perder toda esperanza. Sin embargo, ahora estaba embarazada y de cinco meses. Habían pasado la temida barrera de los primeros meses, cuando los anteriores embarazos se habían interrumpido abruptamente. Sin embargo, el miedo a que esa nueva vida se perdiera los hacía ser demasiado cautos y temerosos. Thane no podía evitar sentirse feliz por la posibilidad de tener otro hijo, y si fuese un niño no podía ocultar que lo haría inmensamente feliz, pero lo que hacía que deseara que aquel embarazo llegase a término con mayor intensidad, era la felicidad de Nerys, a la que amaba más que a su propia vida. Temía por la salud de su mujer y aquella noticia, aquel pergamino con el sello del rey Guillermo, seguro que la alteraría como lo había hecho con él.

—No es nada Nerys, solo que me ha sorprendido el mensaje del Rey Guillermo.

Nerys no se dejó engañar. Conocía demasiado bien a su marido como para saber que aquella furia que sujetaba con mano férrea, no era ninguna nimiedad. Así que se acercó a Thane hasta estar a su lado y le tocó la mejilla con suavidad. Su marido, y jefe del clan MacLeod, la miró con una media sonrisa de pesar.

—¿No puedo engañarte verdad?

Nerys sonrió ampliamente viendo como aquel guerrero, fuerte y maravilloso, intentaba protegerla, intentaba en vano ocultarle sus preocupaciones.

—No —contestó Nerys con voz suave y casi susurrada. Se acercó a los labios de su marido y le dio un beso suave y tentador que Thane no dejó vacío de respuesta. Acomodó a su esposa encima de sus piernas, sentada sobre su regazo, la envolvió con sus brazos y la besó a conciencia, como deseaba desde que el suave roce de sus labios alimentó y avivó su hambre, como siempre hacía que su mujer le tocaba. Con un leve gemido Nerys, interrumpió el beso cuando este estaba tomando un cariz demasiado íntimo.

—¿Y ahora vas a decirme de una vez qué es lo que pasa? Sé que estás furioso y que es algo que te preocupa profundamente. Lo puedo ver en tus ojos —dijo Nerys tocando con la yema de sus dedos el entrecejo de Thane. Este estaba ligeramente fruncido debido a la tensión de sus músculos que se adueñó de ellos desde el preciso instante en que el pergamino de Guillermo volvió a ser el centro de sus pensamientos.

—Sí, pero debes prometerme que no te alterarás y que no te preocuparás. No soportaría que nada te pasase. Júramelo.

La fuerza que imprimió a sus últimas palabras hizo que el corazón de Nerys latiese más deprisa. El calor que inundó su pecho por la preocupación y la intensidad de los sentimientos de Thane, solo comparables a los suyos, la hizo temblar. Aunque habían pasado casi dos décadas juntos, Thane seguía amándola como el primer día.

—No puedo prometerte eso, mi amor, pero haré todo lo posible. Y ahora dime qué dice el dichoso pergamino antes de que lo destroces con la fuerza de tu mano —dijo Nerys alzando una ceja.

Thane miró la mano en la que todavía tenía el trozo de pergamino. De él apenas quedaba algún borde intacto. Era un amasijo arrugado y roto en determinadas partes.

—No importa, puedo hacerte un resumen, y créeme que será lo mejor. Al rey parece que le ha dado por crear lazos entre los clanes. Después de lo que ha pasado en los últimos meses sobre el robo de ganado con violencia, con muerte de miembros involucrados, teme que, aunque todo se ha resuelto y la paz parece haber vuelto a los clanes, ciertos odios alimentados durante este tiempo no se extingan y vuelva a haber revueltas y descontentos. Así que ha pensado que la mejor manera de asentar una paz duradera es que se creen alianzas entre los distintos clanes, y más después de que la unión entre los McAlister y los McGregor le saliera bien.

Por todos era conocido el odio encarnizado que había enfrentado a esos dos clanes durante más de un siglo. El rey, harto de los continuos ataques entre ambos, había decretado el matrimonio del jefe del clan McAlister con una de las hijas del clan McGregor y ahora parecía que ambos clanes, fruto de esa unión, habían salvado gran parte de sus disputas, más después de que solo un mes atrás se hubiesen unido en matrimonio el hermano de McAlister con otras de las hermanas McGregor.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Este clan no ha tenido problemas en cuanto a robos ni han atacado a ningún miembro. Estamos demasiado al norte.

—Eso lo sabemos los dos y el rey también, pero le ha dado la fiebre por las uniones entre clanes.

Nerys comprendió de golpe a lo que se estaba refiriendo.

—¿Isobel? —preguntó con un nudo en el pecho.

Su preciosa hija tenía diecisiete años y estaba en edad casadera.

Thane miró a los ojos a su esposa antes de contestar, aunque Nerys vio la respuesta en la mirada de su marido.

—Sí, aunque no es un decreto real, no es una orden para que se case con nadie determinado, pero sí una cortés invitación para que Isobel pase unas semanas en territorio del clan MacLaren. El jefe de dicho clan, Grant MacLaren, va a ser el anfitrión de varios miembros de otros clanes por unos días, con el fin de que determinadas mujeres conozcan a miembros de otros clanes y puedan pensar en la viabilidad de realizar enlaces matrimoniales entre ellos. Una de ellas es Isobel.

Nerys sabía que ese día llegaría pero el temor la inundó de repente. Quería lo mejor para su



hija. Era una mujer con un genio vivaz y un tierno corazón. Ella se había jurado que no obligarían a Isobel a contraer matrimonio en contra de su voluntad, y por lo más sagrado que no rompería esa promesa. Ella sabía lo que era que la obligaran a casarse con alguien a quien no conocía y en contra de sus deseos. Y, aunque en su caso había sido lo mejor que le había pasado en la vida, sabía que normalmente esos enlaces conducían a una vida llena de amargura y pesar.

—Sabes que no voy permitir que nadie obligue a Isobel a hacer algo que no quiera —dijo Nerys con un tono de voz duro.

Thane esbozó una sonrisa. Ahí estaba su rebelde esposa. Todavía recordaba cuando la conoció. Se había quedado sin habla cuando la vio aparecer en el salón de aquella misma casa. Tan hermosa, tan desafiante. Con la barbilla levantada, la mirada fuerte y segura y una fuerza interior que haría temblar hasta al hombre más bragado.

—Lo sé, y yo tampoco lo permitiría, pero no podemos dejar de acatar esta invitación. Es como si fuese una orden real. Dejaremos que vaya, y si no encuentra a alguien de su agrado, nada ni nadie la obligará a tratar a un pretendiente para un posible enlace. Volverá de vuelta a su hogar. Y conociendo a tu hija, eso será seguramente lo que pasará.

Nerys por primera vez se permitió una pequeña sonrisa. Isobel era muy exigente consigo misma pero también con los demás, y había jurado más de una vez que nunca se casaría con ningún ignorante cabeza dura de los que abundaban entre los *Highlander*. Nerys sabía que eso no era cierto, pero a la edad de Isobel poco se podía hacer hasta que ella no tuviera sus propias experiencias.

Thane volvió a ponerse serio de nuevo. Nerys lo miró con atención antes de preguntar.

—¿Hay más verdad?

Thane asintió con la cabeza antes de responder. Su pelo largo hasta los hombros de color castaño rojizo se movió por el ímpetu de su gesto.

—En el pergamino se menciona a alguien más. Sutilmente dice que, tras lo que ha sido un periodo de luto más que adecuado, tu sobrina debería también asistir a dicha reunión. Es un miembro importante de nuestra familia y además una McEwen de nacimiento y que sería interesante un posible futuro enlace también para ella.

—¿No ha sufrido ya lo suficiente? ¿Por qué no la dejan tranquila? —preguntó con enojo Nerys apretando los puños por lo injusta que era a veces la vida.

—¿Cómo crees que se lo tomará? —preguntó Thane mirando a su esposa, que parecía demasiado alterada. Eso no le gustaba en absoluto.

—Ella va a todos lados con Isobel, y también irá con ella a esta reunión, aunque sepa lo que conlleva. Nadie podría impedirselo. La quiere y la protege como si fuese su hermana mayor. Pero ten por descontado que no lo aceptará de buen grado.

Nerys pensó en su sobrina. Hacía cuatro años que había llegado allí apenas con un aliento de vida entre sus labios. No quería pensar en todo por lo que había pasado porque las ganas de matar a su hermano por lo que le había hecho a su sobrina volvían con fuerzas. Edine había pasado un auténtico calvario. Al principio habían temido por su vida, pero la fuerza interior de Edine era titánica. La había visto levantarse poco a poco, y convertirse en la mujer extraordinaria que ahora era. Su amistad, su paciencia, su empatía y su amor incondicional hacia Isobel, como si fuese su propia hermana, siempre la habían emocionado. Nadie mejor para acompañar a Isobel, porque aunque Edine era solo cinco años mayor que su hija, su experiencia vital la había marcado y la había hecho madurar demasiado para ser tan joven.

—De todas formas irá con Isobel. En tu estado tú no puedes hacer un viaje tan largo —dijo

Thane.

—Lo sé, pero no me gustaría ser tú y tener que decirle que esta vez no solo hará de acompañante de Isobel, sino que también será una posible candidata a casarse.

—¿Yo? —dijo Thane alzando una ceja en señal de sorpresa —Francamente, esperaba que se lo dijeras tú. Creo sinceramente que asumiré mejor la noticia si la escucha de tus labios.

Nerys esbozó esa sonrisa triunfal que tanto le gustaba como odiaba, porque significaba que le iba a dar el golpe de gracia y a ganarle con todas las de la ley.

—Sin duda es una broma, porque ambos sabemos que una noticia de ese calibre debe comunicarla el jefe del clan y, por cierto, cuñado de mi sobrina. No olvides que estuvo casada con tu hermano Brian.

Un halo de tristeza cruzó la mirada de Thane. Nerys sabía que a pesar de haber transcurrido tres años desde su muerte, su marido seguía llorando la pérdida de su hermano como el primer día. Brian había sido un hombre excepcional. Ella lo había querido como a un hermano, y un hombre como aquel, culto, sabio y generoso, no se había merecido aquella larga enfermedad ni tampoco su final. Se había casado con Edine ya muy enfermo. Cuando Edine llegó allí, Brian ya llevaba meses sin poder levantarse de la cama, con sus libros como única compañía. Había quedado fascinado y prendado de su sobrina y, aunque no podía ser un marido en toda la extensión de la palabra, al saber de su historia y de su situación, le pidió que se casara con él. Quería darle la protección de su apellido para que su familia no se atreviera a reclamarla jamás. Estaba segura de que aquello le dio a Brian un motivo para vivir un poco más, y un fin después de la muerte.

—Entonces nos olvidamos de que se lo digas tú, ¿verdad? —preguntó Thane dubitativo.

—Si no fuera porque eres el guerrero más temible que haya conocido jamás, podría pensar que le tienes miedo.

Thane endureció su mirada como si aquellas palabras hubiesen sido el peor de los insultos.

—¿Cómo puedes insinuar algo parecido? Yo solo intento velar por sus tiernos sentimientos y siempre es mejor recibir una noticia desagradable de alguien más cercano y tú eres su tía. ¿Que yo le tengo miedo? Pero ¡qué ...! Ni siquiera voy a decir en alto lo que estoy pensando. Creo que no piensas con claridad, mujer, para decir algo así.

Nerys lo miró todo el tiempo y Thane sintió el peso de esa mirada inquisitiva e intuitiva, conocedora de su interior más que él mismo.

—¡Maldita sea! De acuerdo, no quiero decírselo yo, pero no porque le tenga miedo, simplemente es que tu sobrina tiene un genio de mil demonios cuando se enfada. Todas las McEwen sois de armas tomar. El otro día Lane le hizo un comentario de mal gusto y el muchacho todavía no se ha recuperado del susto. Tu sobrina lo acorraló y, sin subir ni si quiera la voz, le dijo algo que le hizo salir como alma que lleva el diablo. Creo que el pobre infeliz todavía está corriendo. Estoy pensando seriamente pedirle a Edine que tome parte en el entrenamiento de los más jóvenes, para enseñarles tácticas de intimidación.

Nerys soltó una pequeña carcajada.

—¿Qué te parece si lo hacemos juntos? —dijo Nerys todavía con la sonrisa en la boca.

Thane sabía que esa era la mejor oferta que iba a recibir.

—Está bien, preciosa. Así se hará. ¿Sabes? Tú estás preocupada por nuestra hija y por Edine, y yo solo puedo sentir lástima por los posibles pretendientes. Juntas serán como una plaga.

Nerys volvió a soltar una carcajada al escuchar las palabras de su marido. Ahora sentía que estaba más relajada y que en cierta forma el peso que se había instalado en su pecho desde que Thane le había dado la noticia se había desvanecido. Sabía que su esposo era un exagerado, pero

había cierta verdad en sus palabras. Tanto Isobel como Edine, cada una de forma distinta, eran dos mujeres de armas tomar y más les valía a los futuros pretendientes elegir bien sus palabras y sus acciones, si no acabarían mal parados. Eso definitivamente la dejó más tranquila. Sin duda serían unas semanas interesantes y ella lamentaba no poder estar junto a su hija durante ese tiempo, aunque también, por qué no decirlo, lamentaba no ser testigo de la tenacidad y la fuerza de las MacLeod.

## CAPÍTULO II

Edine levantó la vista al escuchar pasos apresurados. No le hacía falta mirar para saber quién era. Una sonrisa se instaló en sus labios antes de que apareciera.

—Buenos días. ¿Pensabas salir a montar hoy sin mí? —preguntó Isobel con una ficticia cara de enfado.

Edine la conocía lo suficiente como para saber que esa expresión era pura fachada. El brillo travieso en sus ojos y la tenue sonrisa que trataba de ocultar lo indicaban.

—¡Vaya! —exclamó con expresión seria—. Sinceramente pensaba que hoy lo lograría. Siempre que voy contigo me retrasas y esta mañana tenía ganas de dejar atrás al viento.

Su prima prorrumpió en una carcajada, y Edine rio con ella.

«Dejar atrás al viento», eso era motivo de broma entre ellas. Cuatro años atrás, cuando llegó allí, Isobel tenía trece años y la primera vez que fueron a montar juntas, cuando vio lo buena amazona que era su prima Edine y lo veloz que era capaz de cabalgar, le dijo con expresión asustada que era capaz de dejar atrás al viento. A Edine le hizo mucha gracia y desde entonces, cuando le apetecía volar a lomos de Travieso, recordaba las palabras de Isobel.

—Pero no te preocupes, yo seguiré tu estela y masticaré el polvo que vayas levantando —dijo Isobel con una mueca.

Edine volvió a reír.

En ese instante, Radge, travieso en celta, le dio un suave empujón con su hocico en el hombro. Sabía que estaban hablando de él y quería que le prestaran atención.

— ¿Qué, precioso? ¿Volamos un poco hoy y hacemos que Isobel y Manchas solo vean tu trasero? —preguntó Edine tocando suavemente a Radge, que buscaba constantemente el contacto de la mano de Edine.

—¡Ehhh...! Que tampoco hay que exagerar. Manchas no es tan lento y yo me estoy convirtiendo en una gran amazona.

—Y modesta también —le dijo Edine guiñándole un ojo.

—Eres terrible —dijo Isobel sacándole la lengua.

Edine rio con ganas antes de hablar.

—Muy madura.

—Así soy yo. Un dechado de virtudes a cual más noble.

Y Edine tuvo que admitir que su prima se acercaba a esa definición. La quería como a una hermana, como a esa hermana que, aunque tuvo, perdió por la envidia y los celos. Isobel había sido para ella lo que Lesi nunca fue. Recordarlo fue hundir un poco más el puñal que tenía clavado en el pecho desde hacía años, desde que la traición de su hermana fue casi igual de dolorosa que la de su padre y la de su clan.

Iain entró en las caballerizas sacándola de sus pensamientos.

—Hola Iain, ¿estos pequeños te dan muchos quebraderos de cabeza? —preguntó Edine señalando a Radge y Manchas.

—Buenos días. —Saludó Isobel con su alegría habitual.

Iain era el encargado de cuidar los caballos y las caballerizas. Un hombre ya entrado en años,

pero con una vitalidad envidiable. La cicatriz que partía su labio superior hasta la mejilla y la falta de dos dedos en su mano izquierda hablaban por sí solas de su pasado como guerrero.

—Lamento interrumpirlas —contestó con una sonrisa—. No tengo queja alguna de mis huéspedes.

Edine sonrió mientras le prestaba más atención a Travieso acariciándolo.

—He venido a avisarlas de que quieren verlas a las dos en el salón lo antes posible.

—¿Mi padre? Esta vez no he hecho nada que recuerde —dijo Isobel intentando hacer memoria.

—Su padre con seguridad, aunque cuando me lo dijeron estaba también presente su madre.

—Entonces es grave —dijo Isobel haciendo un verdadero esfuerzo por recordar algo que pudiese haber provocado aquello. Una idea iluminó su cara—. ¡Espera! A lo mejor no he sido yo, a lo mejor es por ti —dijo con cara de pilla mirando a su prima.

Edine no pudo más que volver a sonreír.

—Buena defensa, pero floja, muy floja. Sabes que si yo hiciese algo, jamás me pillarían. En cambio, tú todavía eres joven, inexperta, descuidada...

—Vale, vale, lo entiendo. He sido yo, sin remedio. Pero me gustaría saber por lo menos qué es lo que he hecho, más que nada para ir preparando algún tipo de argumento.

Edine enlazó uno de sus brazos en el de su prima.

—No te preocupes. Yo te ayudaré.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Isobel con una ceja alzada y el tono de voz reticente.

—La verdad... no. Pero la intención es lo que cuenta.

Isobel rio con ganas cuando vio la cara de su prima. Sabía que la ayudaría en lo que fuera. Desde que llegó allí, siempre había estado a su lado, incluso cuando Edine había estado tan débil como para no poder abandonar la cama.

\*\*\*

Thane MacLeod miró a las dos mujeres que tenía frente a sí. Tan distintas y a la vez tan iguales.

Isobel tenía el pelo largo y lacio de su madre. Una extensa melena rubia que llegaba hasta sus caderas. Sus ojos azules y su mirada limpia y cristalina le hacían parecer una delicada flor. Su estatura, un poco por debajo de la media y su constitución delgada creaban una imagen de ella fría y angelical. Nada más lejos de la realidad.

Edine, sin embargo, tenía el pelo del color del fuego, rojo y ondulado hasta la cintura. Sus ojos verdes, con motas de color pardo, eran grandes y expresivos y su mirada era desafiante e inteligente. Alta y esbelta, pero con curvas, tenía un genio vivo y una personalidad de mil demonios que había aprendido a sujetar con mano férrea, lo que le daba una apariencia tranquila y de carácter afable. Pero Thane sabía que dentro de aquella mujer había una guerrera que podía hacer temblar la tierra que pisaba cuando la llevaban al límite.

—Padre, ¿por qué nos has mandado llamar?

Thane estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para iniciar una conversación que sabía a ciencia cierta que no iba a ser nada fácil y que iba a traer tempestades.

—Estaría bien saberlo antes de que finalice el día.

Thane miró a Edine con cara de pocos amigos. La sonrisa que curvó los labios de su cuñada al decir esas palabras restó cualquier tono mordaz o cínico con el que se podía haber interpretado

las mismas.

—Eso no ayuda —dijo Thane alzando una ceja.

Edine le guiñó un ojo, lo que hizo que Thane sonriera también a su pesar, al igual que Nerys, que miró a su sobrina con cariño.

—Pero ya que estáis impacientes por saberlo, os diré que os he mandado llamar para hablar con vosotras sobre un mensaje que he recibido procedente del rey Guillermo.

Edine se tensó nada más escuchar esas palabras de boca de Thane. Miró a su tía rápidamente y la preocupación y nerviosismo que vio en sus ojos le dijeron el resto. Fuese lo que fuera que les iba a comunicar Thane, no era nada bueno.

Isobel la miró con cierta picardía en sus ojos, haciéndole saber con ello que se había librado del sermón. Sin embargo, cuando vio el semblante serio de Edine empezó a sospechar que quizá lo que le fuera a decir su padre fuese peor que la reprimenda que esperaba.

—Veréis, lo mejor es que lo diga sin tapujos. Habéis sido invitadas a pasar unas semanas en el castillo de Laird MacLaren. El rey quiere que se fomente la unión entre los clanes a través del casamiento entre sus miembros.

—Padre, ¿qué es lo que queréis decir? —preguntó Isobel como si no entendiese bien a donde quería llegar Thane MacLeod.

—Lo que tu padre quiere decir es que se nos invita a ese castillo como moneda de cambio. El rey teme que vuelva la enemistad entre diversos clanes y las guerras entre sus miembros. Eso perturba la paz y puede ocasionar deslealtades o revueltas, y piensa que la forma de evitarlo es fomentando la unión entre esos clanes. Es decir, vas a ir como candidata a casarte con alguno de los jefes, o hijo de jefe, de los distintos clanes que acudan a esa reunión. ¿No es verdad?

Thane apretó los labios ante el resumen que Edine había dibujado, asintiendo con la cabeza. Su cuñada era muy inteligente.

—¡Padre! —exclamó Isobel antes de mirar a su madre con el ceño fruncido y cara de sorpresa.

Nerys se acercó a su hija con paso apresurado y la tomó de las manos.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer. Nadie te obligará a tomar por esposo a ninguno de esos hombres. Es una invitación, no una orden real.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó Edine con cara de pocos amigos—. Una sugerencia, una bienintencionada invitación, es lo mismo que una orden y un empujón hacia el altar, sacrificando a quien sea por un bien que el rey o sus consejeros consideran necesario. ¿A quién le importan los sentimientos, la vida de los involucrados? Está claro que a nadie.

—Edine, por favor —dijo Nerys mirándola con una súplica en sus ojos—. Lo que he dicho es totalmente en serio. Nadie va a obligaros a casaros en contra de vuestra voluntad.

Thane y Nerys supieron el momento exacto en el que las palabras de Nerys hicieron eco en los oídos de Edine. Sus ojos se tornaron fríos como el hielo y en su mirada podían verse las hordas del infierno.

—¿Casarnos? —preguntó Edine con un tono de voz tranquilo y lacerante.

Nerys sabía que era imposible, si no, hubiese jurado que su esposo había dado un pequeño respingo al escuchar la pregunta. Decidió tomar ella las riendas del asunto. No quería que corriera sangre aquel día.

—Thane, dame el pergamino, por favor —le pidió Nerys a su esposo. Cuando se lo tendió, Nerys se acercó a Edine y se lo dio.

—Creo que es mejor que la leas —dijo mirando a su sobrina con todo el amor que le tenía.

Sabía que tenía que ser muy difícil para ella. Después de todo por lo que había pasado, de su matrimonio con Brian para que bajo la seguridad de su apellido y como viuda suya no tuviese que doblegarse a las voluntades de otros, ahora, con la llegada de ese pergamino, esa seguridad se esfumaba de un plumazo. Nerys sabía que Edine no quería volver a casarse jamás. De hecho, tuvieron que convencerla la primera vez, y solo cuando Brian, con su infinita voluntad y paciencia, la hizo cambiar de opinión.

Nerys no podía leer nada en la expresión de su sobrina mientras leía las líneas en aquella piel de animal, arrugada y prácticamente destrozada, al que había reducido el pergamino su esposo. Pero cuando Edine levantó la vista y la miró y los miró a todos, Nerys no estaba preparada para la sonrisa que esgrimió. Había que conocerla bien para saber que esa sonrisa escondía muchas cosas y su mirada, que expresaba una mente incansable con multitud de variables, la hicieron sentir por primera vez que todo iba a salir bien, y que nada tenía que temer.

—Si el rey Guillermo ha sido tan considerado al invitarnos, sin duda no podemos defraudarle. Tendrá a sus dos candidatas para la unión entre clanes en territorio Maclaren, y haremos gala de nuestros exquisitos modales MacLeod. Que Dios los ayude.

A Thane le dieron ganas de pedir por el alma de los integrantes de aquella reunión y también por las suyas propias. Mandaba a su hija y a su cuñada a garantizar una paz que el rey quería a toda costa, y lo que no sabía Guillermo es que quizá, con aquellas líneas rubricadas con el sello real, había encendido la llama de una cruenta guerra.

## CAPÍTULO III

Logan escuchó la risa de su hermana Aili, y eso hizo que saliera de sus propios pensamientos, centrándose nuevamente en la conversación.

Miró con atención a los que había sentados junto a él en la mesa. La cena había terminado hacía un buen rato y todos los comensales se habían retirado poco a poco hasta quedar solo ellos seis. Sus hermanas, Meg y Aili, junto a sus esposos, Evan y Andrew McAlister, y el primo de estos últimos, Calum McAlister, que en ese instante se levantaba despidiéndose de ellos hasta el día siguiente.

—Espero volver a verte pronto —dijo Calum a Logan dándole un suave toque con la mano en el hombro al pasar junto a él.

—De eso puedes estar seguro —dijo Evan, jefe del clan McAlister, con cara de pocos amigos—. Desde que somos familia no nos lo quitamos de encima. Extraño aquellos días en los que los McAlister y los McGregor no podían ni verse.

El ceño fruncido de su esposa Meg y de su cuñada Aili hicieron que todos se echasen a reír.

Calum también rio antes de alejarse.

—Sé que en el fondo me aprecias, McAlister —dijo Logan mirando fijamente al marido de su hermana menor, el cual se atragantó con el vino que quedaba en su copa y que estaba apurando.

Hacía solo unos meses, aquella escena hubiese sido inaudita. Les hubiesen tildado de locos con solo pensar que tal reunión se llevase a cabo, pues esos dos clanes, los McAlister y los McGregor, se habían odiado a muerte durante varios siglos. Hasta que el rey Guillermo, cansado de sus disputas, había decretado el casamiento del jefe del clan McAlister con una de las hijas del jefe del clan McGregor. Al final se había casado su hermana pequeña, Meg, con el mayor de los hermanos McAlister. Lo que nadie había previsto era que solo unos meses después contrajeran matrimonio en secreto el hermano menor de Evan con la otra hermana McGregor, Aili. Y ahora, unas semanas después de ese hecho, Logan se encontraba en compañía de sus dos hermanas con sus respectivos maridos en territorio McAlister. Su relación con ellos era buena, aunque aún estuvieran conociéndose.

—¿Seguro que tienes que irte mañana? —preguntó Meg mirándole con aquellos adorables y enormes ojos color ámbar que parecían alumbrar la estancia.

Meg estaba embarazada de su primer hijo y su estado estaba haciendo estragos en sus emociones. La más pequeña, la rebelde, la inconformista, la luchadora, y una de sus dos debilidades. Prácticamente no la había visto llorar desde que era una niña, pero últimamente parecía a punto de ello con frecuencia, lo que estaba volviendo loco a Evan que, a pesar de ser un McAlister, la quería con locura. A Logan no le hacía falta ver cómo la miraba para saber que ese hombre estaba totalmente enamorado de su hermana, al igual que lo estaba el otro hermano McAlister de Aili.

Su hermana Aili era su mejor amiga y su confidente. Solo se llevaban dos años y cuando su madre murió unieron fuerzas por Meg, por su padre y por el clan. Aili y él eran muy parecidos físicamente. Morenos y con los ojos azules, que contrastaban con Meg que tenía el pelo del color del bronce y los ojos de un castaño claro, que a veces parecía dorado.



—Seguro —dijo Logan riendo por lo bajo cuando Meg hizo temblar un poco su labio inferior como cuando era pequeña y quería conseguir algo—. Si dependiera solo de mí, me quedaría unos días más —continuó Logan, a la vez que sonreía al oír el gruñido de los hermanos McAlister ante tal declaración—. Pero no es un viaje de placer. El rey Guillermo quiere que esté presente en la reunión que va a tener lugar en tierras MacLaren.

—¿Qué clase de reunión? —preguntó Andrew con una ceja alzada.

Logan no pudo evitar mirar con cierto reconocimiento al pequeño de los McAlister. Andrew, con su eterna sonrisa y con sus respuestas algo irónicas, era muy perspicaz.

Logan no quería decir nada porque sabía el interrogatorio al que sus hermanas lo someterían, pero el hecho de que se enteraran antes o después era inevitable, y era mejor que lo supieran por él.

—Parece ser que el rey Guillermo se ha emocionado con el buen resultado de vuestra unión y ha decidido que si ha funcionado dos veces, ¿por qué no podría funcionar unas cuantas más?

—El rey Guillermo solo decretó la unión de Evan, ¿qué tiene que ver eso con la nuestra? —preguntó Aili alzando una ceja.

—Porque si no hubiese sido por su orden, vosotros no os hubieseis conocido y no habría habido tal unión ¿verdad? El rey deduce que la vuestra es gracias a su orden y por tanto la cuenta como éxito personal —dijo Evan mirando directamente a los ojos de Logan.

—Exacto —contestó Logan sin querer ir más lejos.

—¿Yy...? —preguntó Meg con interés.

Logan tomó aire antes de soltar la noticia.

—Guillermo quiere reunir a jefes o hijos de jefes de distintos clanes con hijas o familiares directas de los jefes de otros clanes para fomentar matrimonios y así forjar alianzas y limar las posibles enemistades que existan.

Dos pares de ojos se centraron en él con sorpresa y preocupación y otros dos con regocijo.

—Al rey le preocupa que la reunión bajo el mismo techo de alguno de esos clanes provoque tensiones, sobre todo porque alguno de ellos está bajo sospecha de que pudieran haber prestado su ayuda a McNall.

Clave McNall, jefe de ese clan mediante métodos dudosos, había conspirado meses atrás llevándole a contratar mercenarios para el robo de ganado de diversos clanes y asesinatos de miembros de los mismos, haciendo parecer culpables de dichas acciones a clanes vecinos, enfrentándoles entre sí y generando una ola de inestabilidad, rencillas y luchas que podían haber llevado, de no haberse descubierto, a muchos de esos clanes a la guerra. Logan había odiado a ese hombre con toda su alma, no solo por ese hecho, sino principalmente por haber intentado violar a su hermana Aili, amenazándola con hacer daño a todos sus seres queridos hasta casi quebrarla.

—Me ha pedido que acuda y ayude a MacLaren a mantener la paz en sus tierras mientras dura esta reunión.

—Entonces, tú no vas como posible pretendiente ¿no? —preguntó Meg mirándole nuevamente con preocupación.

Logan miró a su hermana Megan sintiendo como Aili no le quitaba tampoco la vista de encima.

—En principio, no —dijo Logan sin que nada pudiese leerse en su expresión.

Logan era un gran guerrero, pero también un excelente diplomático. Nadie podía atisbar ninguna emoción en su rostro cuando se lo proponía. Era excelente ocultando cualquier tipo de reacción o sentimiento, salvo para una persona allí presente, que lo seguía mirando, evaluando si lo que había dicho era verdad o mentira. Su hermana Aili bajó la vista, pero él sabía que lo

interrogaría más tarde.

—Y yo que pensaba que íbamos a divertirnos por una buena temporada —dijo Evan mirando a su hermano Andrew. Éste último sonrió y miró a Logan—. De todas formas, unos días o semanas allí, bajo el mismo techo que un montón de posibles parejitas puede hacer que también te animes ¿no, Logan?

Logan esbozó una tenue sonrisa antes de contestar.

—Hay apuestas que cuando se pierden te dejan solo con lo puesto sin que puedas recuperarte jamás. El amor no es para mí.

Aili miró a su hermano. Sabía el significado de esas palabras. Él lo había apostado todo por el amor de una mujer. Su corazón y hasta su alma. Y lo había perdido de la peor manera. Edine McEwen se lo había quitado todo de un día para otro. Lo había dejado a través de unas líneas escritas después de que Logan y ella estuviesen comprometidos en secreto, ya que ambos clanes no eran precisamente aliados. En unas escuetas líneas abandonaba a Logan para hacer lo mejor para su clan, y eso era partir de su hogar para casarse con otro, con un hombre de los clanes del norte, sin dar nombre alguno ni futuro paradero. Cuando Logan volvió de la corte, una de las primeras veces que fue requerido por el rey durante varios meses, se encontró con que Edine había desaparecido dejándole esas líneas como única respuesta a sus preguntas. Logan casi enloqueció. Buscó respuestas y las que halló, después de hablar con la hermana de Edine, hizo que volviera a casa con el corazón hecho jirones. Aili jamás había vuelto a ver a Logan de la manera que lo vio ese día. La férrea determinación que lo caracterizaba, su templanza, su entereza, todo eso se tambaleó por un instante y el Logan que conocía casi se quebró, aunque intentara ocultárselo a todos e incluso a sí mismo. El dolor profundo y la herida que ese abandono produjo en su hermano no había cicatrizado aún y, francamente, Aili dudaba de que algún día lo hiciera.

Desde entonces su hermano no había vuelto a ser el mismo. Eran pequeñas diferencias, pero que podía verlas en su sonrisa, que no se extendía a sus ojos como lo hacía antaño, antes de que se fuera Edine, o su forma de exteriorizar lo que sentía o lo que le preocupaba. Ahora era como un muro de piedra casi imposible de atravesar y Aili prácticamente tenía que aporrear ese muro para que Logan le contase algo.

—Eso mismo pensábamos nosotros y mira dónde estamos —dijo Andrew ganándose una carcajada de Evan y la mirada hosca de las esposas de ambos.

Logan sonrió ligeramente, pero Aili sabía que la experiencia de Logan era muy distinta a la de ellos. Tanto Evan como Andrew no habían perdido al amor de su vida de forma abrupta, ni se habían sentido engañados y traicionados por ella.

—¿Vendrás después de que termines tu cometido allí? —preguntó Meg con una voz demasiado dulce para la pequeña rebelde de la familia.

Logan vio cierta vulnerabilidad y preocupación en la mirada de su hermana.

—Por supuesto, preciosa —respondió Logan guiñándole un ojo.

El alivio que vio en los ojos de Meg lo enterneció como siempre lograban aquellos expresivos ojos grandes que desbordaban el corazón y el alma de su hermana pequeña.

—Qué tortura —escuchó decir por lo bajo a Evan.

Andrew rio mientras Meg le daba un pequeño toque en la pierna a su marido, y jefe del clan McAlister, antes de levantarse. Logan comprobó que a su hermana el hecho de moverse le supuso un esfuerzo. Con su avanzado estado y después de un largo día, el cansancio provocaba que su energía menguara drásticamente.

—Me voy a la cama —dijo Meg con los ojos algo soñolientos—. Me has prometido que

vendrías, así que te espero en unas semanas —continuó Meg mientras le daba un beso a Logan en la mejilla y un abrazo de oso que su hermano correspondió con todo su cariño.

Evan estrechó su brazo con Logan mientras miraba a su esposa, que tenía una ceja alzada y punteaba con su pie en el suelo en señal de impaciencia.

—Si no hay más remedio... —exclamó Evan con exagerado pesar.

Meg lo miró abriendo de repente aún más sus ojos.

—Evan McAlister, ¿cómo se te ocurre decirle eso a mi herm...?

Meg no pudo terminar la frase porque los labios de Evan se lo impidieron. Fue solo un roce, pero lo suficiente para que Megan suspirara cuando el beso terminó.

—Me encanta cuando te pones mandona —le dijo en el oído Evan a su esposa mientras volvía a mirar a Logan.

—Estaremos encantados de que vengas cuando quieras. Esta es también tu casa —dijo su cuñado y jefe del clan McAlister con una sonrisa.

Logan no lo esperaba, pero vio la sinceridad de sus palabras en los ojos de Evan, y sonrió a su vez.

—¿Estás seguro de lo que has dicho McAlister? Porque puedo ser muy pesado cuando...

Evan puso los ojos en blanco mientras cogía a su mujer y salían del salón sin esperar a escuchar lo que su cuñado iba a decir.

Andrew y Logan se miraron y ambos soltaron una carcajada.

—Es fácil picarle —dijo Andrew estrechando también el brazo de su cuñado.

Logan les había dicho que prefería despedirse esa noche ya que deseaba salir al amanecer.

—Esperamos verte pronto y suerte en la reunión —continuó Andrew antes de mirar a su esposa con una promesa en los ojos. Una que solo los dos comprendían.

—Te espero arriba.

Aili sonrió a su marido. Era incapaz de describir todo lo que sentía por él. Estaba total y locamente enamorada de él y lo más especial y maravilloso de todo es que él lo estaba también de ella. Ahora lo sabía. Andrew se lo había demostrado con sus palabras, con los hechos, con su boca, sus manos y todo su cuerpo. Lo sentía en cada palmo de su piel y el hecho de que él la conociese tan bien en tan solo unas semanas, solo evidenciaba ese amor que Aili sabía que era precioso y difícil de encontrar. Aili agradeció a Andrew en silencio el hecho de que supiera que quería despedirse a solas de Logan y hablar un poco más con él.

Su hermano la miró antes sentarse nuevamente y Aili sonrió mientras tomaba asiento frente a él.

—Suéltalo —dijo Logan con una sonrisa de medio lado.

Logan la conocía demasiado bien.

—No has contado todo antes ¿verdad? —preguntó Aili escrutando los ojos de su hermano, que en ningún momento evadieron su mirada.

—Veo el dolor en tus ojos Logan, no me mientas. Puedes engañar a todo el mundo, pero no a mí. Cuéntamelo, por favor —siguió Aili con la voz teñida de preocupación.

Logan tomó entre las suyas la mano de su hermana.

—No hay quien te engañe, ¿eh, pequeñaja?

Aili sonrió.

—La pequeñaja es Megan —contestó su hermana poniendo una mueca.

—Yo soy el mayor, así que tú también eres pequeñaja —dijo Logan guiñándole un ojo—. Y una muy lista y que me conoce demasiado bien —continuó mirándola con orgullo.

Aili soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Qué pasa, Logan? ¿Qué es? Solo he visto esa mirada cuando es algo relacionado con Edine.

Las últimas palabras fueron dichas de forma más lenta y con un tono de voz más bajo.

—¡Dios mío, Logan! ¿Es sobre Edine? —preguntó cuando vio el pequeño cambio en la expresión de su hermano. Para otro hubiese pasado desapercibido, pero no para Aili—. ¿Sabes algo de ella? —preguntó impaciente.

—Siempre he sabido de ella, Aili.

La voz de Logan se había endurecido al pronunciar esas pocas palabras.

—Pero... ¿La has visto? ¿O has tenido contacto con ella?

Logan negó con la cabeza antes de contestar.

—No, pero hace tiempo que sé dónde está. Sé que se casó con el hermano del jefe del clan MacLeod y que se quedó viuda a los pocos meses.

Aili le miró directamente a los ojos preguntándole sin palabras.

—Y si lo sabes hace tiempo, ¿qué te perturba ahora?

Logan miró a su hermana antes de contestar.

—La reunión a la que voy es en tierra MacLaren.

—¿Sí? —preguntó Aili cuando vio que su hermano alargaba demasiado el silencio tras esas pocas palabras.

—Sé quiénes asistirán, me lo comunicó el rey para que controlara a los invitados y evitara tensiones entre los clanes enemistados, y la hija del jefe del clan MacLeod está entre ellos.

Aili empezaba a tomar conciencia de lo que le estaba diciendo su hermano.

—¿Y tú crees que Edine acudirá con ella? —preguntó, temiendo en parte la respuesta de Logan.

—De hecho, sé que irá. Su nombre como posible candidata está también incluido. Como viuda y cuñada del jefe del clan MacLeod e hija del jefe del clan McEwen, es perfecta para los planes del rey.

—¡Dios mío, Logan! —dijo Aili apretando más fuerte la mano de su hermano.

Logan esbozó una sonrisa.

—No te he dicho nada porque sabía exactamente cuál iba a ser tu reacción, y no tienes que preocuparte. Edine salió de mi vida hace años.

Aili realizó un gesto con la cara y con sus ojos que hizo que Logan riera aun sin querer.

—Me da lo mismo lo que me digas. Sé que eres el hombre más fuerte que he conocido, pero eso no significa que esto no te afecte o te haga daño. Eres humano, Logan, y ella era el amor de tu vida —dijo Aili preocupada.

La mirada de Logan se enfrió hasta congelar la estancia.

—Las personas maduran y toman perspectiva de las cosas. Edine fue la primera mujer de la que me enamoré, pero más allá de eso no significa nada para mí. Si algún día albergué sentimientos hacia ella, están muertos y enterrados.

Aili apretó los dientes en su afán de callar las palabras que estaba quemando en su boca por salir.

Edine era la primera y única mujer de la que se había enamorado su hermano y, aunque Logan quisiese hacerle ver lo contrario, sabía que había sido el amor de su vida y que todavía parte de ese amor estaba dentro de su corazón, retorciéndose como un puñal que lo haría sangrar de nuevo en cuanto la viese. De eso estaba segura.

Lo malo es que también conocía la constancia y la determinación de su hermano y, si él había desterrado a Edine de su vida, sin lugar a dudas no había vuelta atrás. Logan podía ser muy duro con aquellos que le decepcionaban, ni que decir con la única mujer que lo hizo caer de rodillas por amor.

—De acuerdo —dijo Aili mientras miraba los ojos azul oscuro de su hermano. Eran muy parecidos a los suyos, pero a la vez muy diferentes. Los de Aili eran grandes y dulces, mientras que en Logan eran más rasgados y su mirada tenía un brillo peligroso y enigmático que te paralizaba atrayéndote irremediabilmente hacia él—. Prométeme que tendrás cuidado.

Logan la miró con una ceja alzada y cara de interrogación.

—¿De qué se supone que tengo que protegerme?

Aili le correspondió con un gesto que indicaba que él sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo, pero como Logan parecía decidido a ignorarla habló con total franqueza.

—Vas a una reunión donde se supone que van hombres y mujeres de diferentes clanes a fin de crear enlaces entre los mismos a través del matrimonio y tú me dices que Edine va a estar allí, y encima como candidata. Eso significa que no solo vas a tener que volver a ver a la mujer a la que amabas y que te rompió el corazón, y no me digas que no Logan —dijo Aili cuando vio que su hermano iba a replicarle—, sino que también vas a tener que ver cómo coquetea o se interesa por alguno de los hombres que acudan, o peor, cómo alguno de esos hombres va detrás de ella, y tú me quieres hacer creer que eso no te va a afectar. Perdona, pero siempre pensé que respetabas mi inteligencia.

Era difícil ver a Aili enfadada por algo, pero en ese momento estaba muy cerca de ello.

Logan sonrió abiertamente.

—Respeto mucho la inteligencia de mis dos hermanas. Nunca caería en el error de no hacerlo. No solo la respeto, sino que también la admiro. En ese sentido espero que respetes también la mía. Sabes que estaré bien.

Aili sabía que su hermano era muy inteligente, eso no hacía falta ni que decirlo, pero la inteligencia y el amor pocas veces son buenos compañeros de viaje.

—Está bien —dijo Aili mientras intentaba esbozar una sonrisa.

—Jamás he visto una sonrisa más falsa, y eso que te estás esforzando al máximo —dijo Logan con un brillo pícaro en sus ojos.

Aili rio abiertamente.

—Eso está mejor —continuó Logan mirando todavía la expresión preocupada de su hermana—. Te prometo que no tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo?

Aili asintió más convencida, mientras Logan calló una parte importante de la información.

Aquella reunión no solo era para él una misión encomendada por el rey. Guillermo también le había sugerido que a la vez que ayudaba a mantener la paz en dicha reunión, debía considerar seriamente el casarse de una vez por todas.

Logan abrazó a su hermana y le dio un beso en la mejilla para despedirse de ella. Era mejor que la conversación quedara allí porque no quería que Aili descubriera lo que le había ocultado durante toda la noche, porque aunque sabía que Edine estaba fuera de su vida por siempre, una parte de él la seguía amando y odiando a partes iguales.

## CAPÍTULO IV

Edine entró en calor al entrar en el castillo del clan MacLaren. Era casi una fortaleza. Altos muros y un torreón que parecía directamente desafiar a los elementos. Si aquel lugar era sinónimo de sus gentes, entonces estas eran fuertes, seguras y cerradas.

La lluvia que los había acompañado en los últimos días de viaje había calado en sus huesos como pequeños cuchillos haciendo que todo su cuerpo gimiera en silencio. Había estornudado varias veces y a pesar de no querer pensar en ello, por lo inoportuno de la situación, estaba bastante segura de haberse enfriado.

Edine dirigió sus ojos hacia su prima Isobel, que a su vez miraba atentamente a todo lo que había a su alrededor, como si su curiosidad nunca pudiese saciarse. Sabía que tampoco estaba de humor. Su cara de evidente incomodidad no dejaba lugar a dudas.

Una mujer bajita y de aspecto agradable las acompañó hasta un gran salón. Edine pensó que aquel debía ser el principal al ver un tapiz sobre una chimenea con el escudo y el emblema de los MacLaren.

La estancia era de grandes proporciones y con una forma cuadrada, aunque un poco más alargada en los extremos. Los tres hombres del clan MacLeod que las habían acompañado entraron tras ellas después de haber dejado a los caballos a buen recaudo en las cuadras del clan MacLaren. El más alto y corpulento, y hombre de confianza de su cuñado Thane, se posicionó a su derecha, cuando un hombre entró en el salón y se dirigió hacia ellos. Los colores indicaban que pertenecía al clan MacLaren y el broche en su hombro, prendido en su *feileadh mor* con el escudo del clan, significaba que era el jefe del clan y anfitrión en esa reunión. Edine lo miró con mayor interés. Era un hombre joven e imponente. Alto, ancho de hombros, musculoso y con una mirada aguda. Sus facciones eran varoniles y atractivas. Con el pelo color miel y los ojos de azul grisáceo, cuando sonrió, Edine tuvo que admitir que el jefe del clan MacLaren iba ser uno de los hombres más deseados por las posibles candidatas. Miró a su prima y tuvo que reprimir una sonrisa.

—Cierra la boca —le susurró para que nadie más las escuchara.

Isobel tenía la mirada fija en aquel hombre y Edine tuvo que darle un pequeño golpe con el codo para que reaccionara.

Grant MacLaren se paró en seco cuando vio a las dos mujeres que lo esperaban. Durante los días previos habían ido llegando varios de los invitados esperados. Algunas de las damas que ya se encontraban entre aquellas paredes eran, en verdad, atractivas y hermosas, pero el golpe que sintió en el pecho cuando vio a aquella chiquilla de ojos grandes y pelo dorado como el sol, lo dejó momentáneamente bloqueado. No estaba acostumbrado a esa reacción de su cuerpo, de hecho nunca le había pasado, y lo achacó sin duda a la mala noche que había pasado. El cansancio de los días previos y la responsabilidad de aquella reunión impuesta en su territorio y en su casa le estaban pasando factura.

Grant se acercó a las dos mujeres, ahora prestando atención también a la otra dama. Era sumamente hermosa. Más terrenal que el ángel que tenía al lado y con una mirada que podría congelar los infiernos o alimentar las llamas del mismo. Algo en su postura y en sus ojos lo

convencieron de ello.

—Bienvenidas. Soy Grant MacLaren, jefe del clan MacLaren y anfitrión en esta reunión.

Edine sonrió mientras tomaba la palabra.

—Yo soy Edine MacLeod, cuñada del jefe del clan MacLeod. Y ella es mi prima Isobel, hija del Laird MacLeod. Y Thorne MacLeod, hombre de confianza de nuestro Laird —siguió Edine, señalando al hombre que tenía a su derecha.

Grant miró al guerrero MacLeod que le había señalado Edine. Ese hombre era como una torre de alto. Las cicatrices que surcaban sus brazos y el lado derecho de su cara le daban un aspecto fiero y nada desdeñable para la lucha. La tenue sonrisa que se dibujó en los labios de Thorne MacLeod cuando Edine habló, y el destello parecido al orgullo que había cruzado por sus ojos, por el tono de la dama, seguro y directo, le reafirmaron en sus sospechas. Edine MacLeod era de armas tomar. Grant hizo un pequeño gesto con la cabeza que el guerrero secundó. Los otros dos hombres que estaban detrás de las damas se mantuvieron en silencio aún después de que Edine dijera sus nombres.

—Le agradecemos por anticipado su hospitalidad —continuó Edine con total sinceridad.

Grant sonrió abiertamente ante esas palabras.

—Solo espero que puedan disfrutar del tiempo que pasen en estas tierras. Si necesitan algo, estoy a su entera disposición —dijo Grant mirando a ambas.

Un bufido nada femenino salió de los labios de Isobel, lo que hizo que Grant elevara una ceja.

—Partiendo de la finalidad de esta reunión, solo un hombre podía hacer un comentario de esa índole. No estoy aquí por voluntad propia, así que no creo que vaya a disfrutar mi tiempo y menos en compañía de unos palurdos ignorantes...

—¡Isobel!— exclamó Edine con un tono de voz que evidenciaba su enojo por la falta de delicadeza y buena educación de su prima.

Sabía que Isobel, a pesar de su vivo genio, no era así. Era joven e intensa en todos los sentidos, pero siempre dueña de unos modales exquisitos. Sí, expresaba su opinión tal y como acudía a su pensamiento. A Edine le gustaba ese rasgo de ella y todos habían fomentado su libertad por expresar lo que sentía a cada instante, pero aquello era algo que no esperaba. Era verdad que durante los días que habían transcurrido en el viaje, la había visto retraerse y perderse en sus pensamientos, cosa que no era normal en Isobel. Edine lo achacó a que estaba tomando conciencia de lo que aquel viaje representaba, constándole asimilar ese hecho. Pero nunca hubiese esperado esa explosión. En cuanto se retiraran y se hallasen las dos solas, hablaría con ella. Aquello había sido desproporcionado y sus palabras habían ido acompañadas por un afilado sentimiento cercano a la ira o el odio. Ambos sentimientos no eran comunes en su prima.

—Le pido disculpas, Laird MacLaren. He sido una maleducada. No tengo excusa —se apresuró a decir Isobel que, aunque parecía completamente arrepentida de sus palabras, sus ojos decían algo totalmente distinto.

Grant tardó unos segundos en contestar. Isobel tragó saliva ante la forma intensa en la que el jefe del clan MacLaren la estaba mirando. Durante todos los días que duró su viaje, había estado dándole vueltas a lo que aquella reunión significaba y lo poco que valía su propia felicidad en manos de los demás. Por primera vez en su vida se dio de cara con la realidad, y tuvo conciencia de que por mucho que sus padres o su propio clan la hubiese protegido, dándole las alas que a pocos se les permitían, un simple pergamino podía hacer que toda su voluntad, sus deseos y su propia necesidad quedaran reducidas a cenizas. Eso la había llevado al borde del precipicio. Un sentimiento cercano a la ira se había adueñado de ella por lo injusto y la impotencia que le creaba

aquella situación. Y nada más ver a aquel hombre, su anfitrión, todo ese resentimiento había salido sin más por su boca. Lo sentía, él no era el culpable, pero estaba allí también como parte del engranaje de aquella gran falacia.

Lo que más le había dolido era la mirada de Edine, como si estuviese decepcionada con ella, y lo entendía. Ella también lo estaba consigo misma. Se había dejado llevar, sin medir sus palabras o sus consecuencias. En ese sentido admiraba a su prima, siempre lo había hecho. Edine había sufrido más de lo que ella podría soportar, suficiente para más de una vida, y allí estaba, a su lado, con una sonrisa y sujetando con mano férrea sus sentimientos. Debía aprender de ella.

Grant miró a la joven que en un principio pensó que era un ángel. En apariencia lo era, pero era abrir la boca y por ella salían todas las iras del infierno. Palurdos ignorantes, esas palabras aún escocían, aunque en el fondo le hicieran forzar sus facciones para que una genuina sonrisa no se adueñara de su boca. Aquella mujer tenía agallas y las ideas muy claras, aunque Grant sintiese su orgullo un poco herido por ellas.

—No se preocupe. Conozco el impulso de la excesiva juventud, y con una educación exquisita como parece ser la suya, todos los acompañantes posibles le parecerán por debajo de su estatus. Así que apelo a toda su paciencia y consideración para con todos nosotros, los palurdos ignorantes y excuse nuestra escasa inteligencia y sabiduría. Yo por mi parte haré todo lo posible para que no tenga que sufrir mi ignorancia en demasía. Ahora Anne las acompañará a su habitación. También hemos pensado en el alojamiento de sus hombres. Y nuevamente, espero que su estancia sea lo más llevadera posible. Señoras, si me disculpan... —dijo Grant mientras hacía un movimiento con su cabeza en señal de respeto y salía de la estancia, dejando a Isobel con los puños bien apretados a ambos lados. Había merecido cada una de las palabras dichas, pero lo que no había esperado es que le doliera recibirlas.

\*\*\*

Edine habló con los hombres del clan que las acompañaban. Se quedarían hasta el día siguiente, en el que partirían todos salvo uno, quedándose para acompañarlas en los días que permanecieran allí.

Cuando Edine se despidió de ellos, siguieron a Anne hasta la habitación que les habían asignado. La mujer hablaba con alegría y vitalidad, diciéndoles que la cena estaría preparada en un par de horas y que la inmensa mayoría de los invitados ya se encontraban allí.

Después de subir por una escalera y andar por un pasillo con varias ventanas que daban al exterior, llegaron a su habitación.

Era una habitación sencilla, pero que tenía todo lo necesario: dos camas, una mesa y dos sillas.

Sus baúles ya estaban dispuestos en ella, a los pies de ambas camas. Isobel ni siquiera se había dado cuenta de cuando los habían llevado hasta allí. Seguramente había sido cuando habían estado hablando con Grant MacLaren.

El hecho de acordarse de ese hombre hizo que su estómago se apretara en un puño.

Cuando se cerró la puerta de la habitación dejando a las dos solas Isobel miró a su prima que a la vez la miraba a ella. Pensó que vería el enojo en sus ojos, pero fuera de eso lo que destilaba su mirada era genuina preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Edine vio como Isobel la miraba con ojos de arrepentimiento. Un pequeño suspiro salió de los labios de su prima antes de hablar.

—Lo que he dicho... Sé que ha sido algo inexcusable. No sé qué me ha pasado. Lo último que



quiero es decepcionarte —dijo Isobel, y Edine pudo escuchar el dolor impregnando cada una de esas palabras.

Edine acortó el espacio entre ambas y abrazó a su prima.

—Sé que esto es difícil. No esperabas tener que hacer algo así, pero te prometo que todo irá bien. No dejaré que nada ni nadie te obligue a hacer nada. Es solo una reunión, no tienes la obligación de salir con un acuerdo matrimonial de ella. Y a pesar de que lo que has hecho, en verdad es inexcusable, esto asentará las bases para que todo el mundo piense que tu aspecto angelical es solo la fachada que oculta a una verdadera malcriada.

Isobel se separó de su prima mirándola con el entrecejo fruncido y el enojo bailando en sus ojos.

—No soy una malcriada y lo sabes —dijo Isobel con un mohín antes de pensar dos segundos, suspirar y volver a hablar esta vez con algo de pesar—. Bueno, quizá un poco sí.

El tono de resignación implícito en sus últimas palabras hizo que se encogiera el corazón de Edine, que la miró con cariño.

—Puede que tengas uno o dos defectos —respondió Edine haciendo un gesto con dos de sus dedos, indicando que si estos existían eran muy pequeños—, pero no eres de ningún modo una malcriada.

—Laird MacLaren no se merecía lo que le he dicho —dijo Isobel, y su voz destilaba un arrepentimiento sincero.

Edine la miró con un brillo extraño en los ojos.

—La verdad es que no. Es muy apuesto, ¿verdad? —preguntó la pelirroja ante la cara de asombro que puso Isobel.

—La verdad es que no me he fijado. Y si así fuera, no sé qué tiene eso de relevante —exclamó intentando, sin conseguirlo, parecer indiferente.

Edine soltó una pequeña carcajada.

—Estás hablando conmigo, no con una desconocida. Se te desencajó la mandíbula cuando lo viste entrar. Si no te hubiese dado un codazo disimuladamente, lo mismo todavía estábamos allí, babeando por ese *Hihglander* palurdo e ignorante que, por cierto, mirabas como si fuera un exquisito manjar. Aunque por la respuesta que te dio, creo que has dado con la excepción de la regla, ¿no te parece? —preguntó Edine divertida. Sabía que su prima se había dado cuenta de que sus ideas no eran del todo correctas. Grant MacLaren había resultado no ser el palurdo ignorante que ella había pensado que serían la mayoría de los allí presentes.

Isabel se quedó en las palabras babear y exquisito manjar. Sintió que se ruborizaba hasta las pestañas.

—¡Edine! —exclamó, bajito, como si allí hubiese alguien más que pudiese enterarse.

—¿Queeeé? —respondió Edine más bajito todavía y con cara de pilla, lo que hizo que Isobel tuviese que morderse el labio para no soltar una carcajada.

Isobel movió la cabeza en señal de derrota. Edine era así y la quería más por ello. Divertida, clara, franca y sin tapujos. Siempre natural ante todos los aspectos de la vida, incluso los íntimos. Su prima siempre había contestado a todas sus preguntas con una sinceridad y una franqueza que agradecía en el alma.

Edine se sintió algo culpable cuando vio las sonrosadas mejillas de Isobel, pero tenía que comprobar si realmente lo que había intuido en aquel salón cuando su prima vio a Grant MacLaren era verdad o no. Y la reacción de Isobel no le dejaba lugar a dudas.

—Está bien, no diré nada más —dijo Edine poniéndose más seria antes de continuar—.

Entiendo que lo que ha pasado en el salón... que tú no eres así. No estoy decepcionada, pero no me lo esperaba. Tenía que haberlo visto venir, porque sé cómo te sientes. Lo he vivido antes, y ahora estoy aquí de nuevo sintiendo que los demás pueden decidir sobre mi vida, mi futuro y mi felicidad sin que tenga ni voz ni voto. Y ¿sabes qué? Estoy muy enfadada, furiosa en verdad, pero aprendí por las malas que ese sentimiento lo único que hace es nublar la mente. Debes escoger las guerras que tienes que luchar, y esa no era la adecuada, Isobel.

—Lo sé —respondió esta con pesar.

Edine sonrió de nuevo antes de guiñarle un ojo.

—Eres mucho más inteligente. No dejes que tus emociones enturbien tu buen juicio. Tus padres y yo estamos muy orgullosos de ti, pequeña arpía —dijo Edine guiñándole un ojo y quitándole hierro al asunto mientras reía al ver como su prima hacía intención de ir contra ella y cogerla para darle su merecido por llamarla arpía. Sí, las cosquillas serían un justo castigo.

## CAPÍTULO V

Logan estrechó el antebrazo de Grant MacLaren en señal de saludo cuando entró en la estancia. El salón principal era magnífico. Varias mesas de madera de gran tamaño estaban colocadas a lo largo del mismo. La decoración de las mismas era un indicio de lo cercana que estaba la hora de la cena.

—Ya pensé que no vendrías —dijo Grant mirando con una franca sonrisa a su amigo.

Ambos se habían conocido en la corte, demasiado jóvenes, nerviosos y expectantes. Se habían hecho amigos en poco tiempo. Ambos tenían un carácter fuerte, y Grant, a pesar de su desconfianza inicial, había congeniado con su positivismo y nobleza, con la lógica, la templanza y el cinismo de Logan.

La inteligencia de ambos había sido otro punto de unión. Ambos eran cultos, con ingenio y una aguda verborrea y, aunque Logan sin duda llegaba un paso más allá en cuanto a perspicacia y estrategia, nada hacía desmerecer a uno frente al otro.

La vida los había llevado por distintos caminos. Mientras Logan continuó con las visitas a la corte con cierta regularidad, demandado por el respeto y la confianza que depositaba en él el rey, Grant tuvo que hacerse cargo del clan cuando su padre murió solo un año después de que ambos se conociesen.

—No había escapatoria posible —dijo Logan con una expresión de resignación que Grant conocía demasiado bien.

—Míralo por este lado. Yo estoy peor que tú. Soy el anfitrión en esta reunión que no sé ni cómo llamarla. ¿Cómo se le ocurrió a Guillermo algo así? ¿Y cómo demonios no le dijiste que era un disparate? —preguntó Grant con una ceja alzada.

Logan sonrió ante la pregunta de Grant.

—Lo dices como si tuviese alguna influencia sobre las decisiones del rey. Y no es así. Ya tiene a sus consejeros y a su mano derecha para tal cometido. A mí me ha pedido que te ayude y que vigile posibles rencillas aún vigentes.

Grant miró más detenidamente a Logan.

—¿Se lo dijiste verdad? El que esta reunión era un disparate. El Logan que yo conozco no se hubiese callado.

Logan lo miró. Grant siempre había sido malditamente bueno analizando a las personas.

—¿Y qué te respondió? —preguntó Grant, dando por hecho que la respuesta de Logan era positiva.

Logan negó con la cabeza, aunque sabía que Grant no se daría por vencido.

—Venga, suéltalo —continuó, dándole un pequeño empujón en el hombro.

Logan lo miró antes de hablar. Sabía lo que iba a pasar y que Grant se divertiría a su costa, pero maldita sea ¡qué más daba! Eso era algo que nunca le había importado cuando se trataba de sus amigos o de su familia.

—Que ya que estaba aquí, podría buscarme también una esposa.

La carcajada de Grant hizo que Logan también riera.

—Disfruta de mi desgracia. No te reprimas —dijo Logan con una sonrisa mientras Grant

seguía riéndose de él.

—Recuerda que yo estoy en la misma situación —dijo Grant cuando pudo por fin parar de reírse y hablar con normalidad.

—¿Y no es eso poético y maravilloso? —preguntó Logan, con su expresión de nuevo seria, viendo como alguno de los invitados de los MacLaren empezaban a distribuirse por el salón.

Grant volvió a reírse más fuerte.

—Ríete, pero no tiene gracia —dijo Logan con una sonrisa.

Grant intentó mantenerse serio, pero sin mucho éxito. Había echado de menos a Logan.

Era sin duda el mejor hombre y el guerrero más peligroso que había conocido jamás. Todavía recordaba cuando lo conoció.

—MacLaren, ¿verdad?

*Grant miró a aquel hombre que lo miraba a su vez como si tuviese el poder de ver lo nervioso que estaba.*

*Guillermo lo había llamado a la Corte, y su padre no había tenido más remedio que acceder. Gordon MacLaren no era un hombre sencillo, y menos aún pacífico, que le gustara que le dijeran lo que tenía que hacer y menos que dispusieran de la vida de su hijo. Desde que había llegado allí había visto la mirada de los demás cuando sabían que su apellido era MacLaren. Así que se preparó para tener que escuchar alguna afrenta más.*

—¿Es un problema? —preguntó con un tono de voz duro e inflexible.

*Grant estaba preparado para muchas cosas, pero no para la tenue sonrisa de aquel desconocido.*

—No, si para ti no es un problema que yo sea un McGregor —le contestó sin inmutarse, imperturbable y con una mirada que reflejaba el carácter, la personalidad y el poder que emanaba de aquel hombre.

*Grant sonrió a su vez mientras aceptaba el brazo de aquel guerrero McGregor como señal de saludo.*

—¿Nuevo en la corte? —preguntó Logan poniéndose al lado de MacLaren y mirando la sala del castillo llena de miembros de diferentes clanes y dignatarios de otros países que ese día tenían audiencia con el Rey.

*Grant asintió.*

—Logan McGregor. Y también es mi primera visita en la corte —se presentó continuando ante el silencio de Grant—. No sé tú, pero a pesar del poco tiempo que llevo aquí ya me estoy cansado de tanto juez y verdugo. Un amigo no estaría nada mal.

*Grant miró el perfil de aquel hombre. Era más alto que él por pocos centímetros y debía de tener más o menos su edad, sin embargo, su apostura, su seguridad, le hacían parecer tener unos años más.*

—Me cuesta hacer amigos y, desde luego, la postura hacia mí desde mi llegada no ha sido nada amistosa. No te ofendas, pero no te conozco —dijo Grant seco y cortante.

*Grant era generalmente extrovertido y mucho más amistoso, pero después del recibimiento en la corte y haber tenido que escuchar palabras como el hijo del loco, el demente o el bastardo del tarado, sin que pudiese hacer nada, su cuota de buena educación y buena voluntad era nula. Había deseado haberse enfrentado a cualquiera de ellos, pero sabía que no debía. En la corte, sin el beneplácito del rey y con un puñado de testigos, todos afines a los agraviantes y no a él, eso era sinónimo de suicidio para su clan.*

—Si te pones a la defensiva a la mínima no me extraña que no tengas amigos. Pero verás,

*tengo un problema y es que no me rindo fácilmente, a pesar de esa parrafada tuya de yo soy el guerrero que la tengo más larga. No sé por qué, pero me caes bien. Así que si necesitas a alguien que te guarde las espaldas no seré de los que se evaden.*

*Y con una mirada de las que podrían congelar el infierno, Logan lo miró antes de alejarse. En ese momento tuvo conciencia de que aquel hombre era, además de adivino, un peligroso oponente.*

*No pasó demasiado tiempo antes de que esa ayuda le hiciese falta.*

—¿Me estás escuchando? No te ofendas, pero no tienes buena cara.

Logan miró a su amigo, que parecía volver a prestarle atención.

—Esta reunión es un caos, y organizarla me está dando dolor de cabeza. Pero salvo eso, estoy bien. Quizá podríamos comprobar tu destreza con la espada un rato mañana. El darte una paliza me vendría muy bien.

Grant sabía que se le veía algo exhausto. Eran muchos invitados y muchas cosas que podían ir mal, como las posibles rencillas aún patentes entre diversos clanes que estaban allí presentes. Esas cosas no desaparecían de un día para otro porque ese fuese el deseo real.

—Sigue soñando, Grant. Nunca me has vencido, pero si quieres que me deje ganar para hacerte sentir mejor, me lo pensaré —Logan hizo el gesto como si estuviese pensando durante dos segundos antes de continuar—. Va a ser que no, amigo, que no tienes suerte. Tendrás que sudar para luego volver a tragarte el polvo que levantes cuando caigas al suelo.

Grant gruñó por lo bajo y Logan rio abiertamente.

—Había olvidado lo jodidamente arrogante que eres. Y sí que te he vencido.

Logan lo miró nuevamente alzando una ceja.

—Estaba borracho.

—No recuerdo eso —dijo Grant con una gran sonrisa.

Logan también sonrió antes de preguntar temas más serios.

—¿Ha habido algún problema o has visto algo raro?

Grant se movió y Logan lo siguió hasta el otro extremo del salón. Allí no había ninguna salida y nadie podría escucharles sin ser visto previamente.

—La verdad es que nada que sea preocupante. Tuve que separar a varios McDonall de unos Campbell, pero el jefe del clan, Alec Campbell, zanjó el tema antes de que sus hombres hicieran algo por lo que luego tuviesen que rendir cuentas, y los McDonall... Bueno, ya sabes, Ian no es de los que dan su brazo a torcer. Habrá que vigilar a ambos clanes. También los Colmyn y los Daroch. Hay algo que no me gusta en el jefe de ese último clan.

Logan asintió anotando mentalmente todo lo que le fue diciendo Grant. Sabía que Maclaren tenía buen olfato para detectar las mentiras y los comportamientos falsos.

—Y por último, esta mañana una chiquilla que parecía un ángel nos llamó palurdos ignorantes y, ¡augggghh!, eso hirió mi orgullo.

Logan, que había escuchado atentamente las posibles amenazas que podrían presentarse en esos días, no esperaba que Grant terminara con aquella frase, lo que le hizo girarse y mirar a su amigo.

—¿Palurdos ignorantes? Vaya, sutil no es la muchacha. Y por lo de ángel, parece que te causó impresión, así que estoy deseando conocer a ese dechado de virtudes.

—No te lo recomiendo. Entre su lengua afilada y el carácter que tiene que tener su prima, serían capaces de cortarte las pelotas.

—¿Eran dos? —preguntó Logan con curiosidad.

—Sí, la que parecía un ángel con unos hermosos ojos azules y unas agallas de admirar y la prima, un poco mayor que ella. Esa dama tenía una belleza más terrenal y un genio vivo. No dijo mucho, solo se presentó, a ella, a su prima y a los guerreros que las acompañaban. Y no fueron sus palabras, sino cómo las dijo. Esa mujer, a pesar de su templanza, debe de ser de armas tomar. Sus ojos parecían traspasarte. Isobel y Edine MacLeod. Esos son sus nombres.

Logan sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Sabía que iba a ir, sabía que iba a estar allí y que tendría que verla. Sabía todo eso y pensó que estaría preparado, pero quizás se había sobreestimado, porque el sabor amargo que sintió en sus labios le indicó que quizá, solo quizá, su hermana tuviese razón y el tiempo, después de todo, no hubiese hecho bien su trabajo.

## CAPÍTULO VI

Edine se cambió para la cena. Se quitó su vestido de lana, más grueso y de color oscuro, por uno más liviano de color verde, con una abertura en la falda que dejaba entrever una tela de color verde más claro. Su prima Isobel había elegido uno azul cielo que acentuaba sus preciosos ojos del mismo color y que caía acariciando las pequeñas curvas de su cuerpo.

Edine se peinó el pelo suelto que caía sobre su espalda, ondulado. Un estornudo, seguido de varios más, la hizo detenerse.

Isobel la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? No es la primera vez que estornudas y tienes los ojos un poco brillantes.

Edine maldijo interiormente. Sabía que había cogido frío cuando dos días atrás cabalgaron bajo la lluvia. Le había dejado su capa más gruesa a Isobel cuando la de esta se empapó deprisa y la dejó tiritando. Edine se quitó la suya y se la dio a su prima hasta que llegaron a un refugio en donde permanecieron el tiempo necesario para que la lluvia amainara lo suficiente para poder seguir camino antes del anochecer.

—Estoy bien —contestó Edine intentando que su voz sonara clara. Hacía rato que le había empezado a molestar.

— ¿Seguro? Porque a mí no me lo parece. Puede que tengas algo de fiebre.

Edine le sonrió de medio lado.

—No te preocupes. Estoy bien y no tengo fiebre. Es solo un pequeño enfriamiento. En cuanto duerma esta noche, mañana estaré perfectamente.

Isobel la miró detenidamente como si quisiese cerciorarse de que lo que Edine le estaba diciendo era verdad. Al rato pareció convencerse y quedarse tranquila, ya que desvió su vista para terminar de vestirse.

—No llevamos aquí ni un día y ya estoy deseando volver —dijo Isobel con la voz rozando el enfado.

—¿Dónde está la aventurera que quería salir de las tierras de su clan y ver otras cosas? —preguntó Edine, ayudando a Isobel con el pelo.

—Quería ver otras tierras, no salir de un clan para meterme en otro y no para lo que hemos venido a hacer aquí —dijo tozudamente.

Edine dejó un momento de cepillarle el pelo para volverla por los hombros y que la mirara.

—Debes aprovechar lo que tengas a mano. Esto es lo que hay. No te gusta por qué estamos aquí, vale, lo acepto, a mí tampoco, pero mira más allá. Estas tierras son totalmente distintas a las de nuestro clan. Nunca has salido de ellas. Y las tierras del norte no son igual que estas. Tendremos tiempo de salir a cabalgar y verlas. Tendrás también la oportunidad de conocer a otras gentes y a otros clanes, e incluso puede que ganes alguna amiga. Puedes aprender mucho estos días, así que coge todo ese mal humor y toda esa tozudez y lánzalos bien lejos. Aprovecha estos días para enriquecer tu mente, no para envenenarte. Y ahora déjame ver esa preciosa sonrisa...

La mueca forzada y deformada de Isobel hizo que Edine riera.

—Si sonríes así en la cena, no te preocupes porque alguien intente acercarse a ti. Directamente lo espantarás. A mí me estás dando miedo.

Isobel sonrió ahora de forma natural.

—Así me gusta. Mucho mejor.

Unos minutos después, Edine e Isobel salieron de la habitación con mucha hambre y pocas ganas de compañía.

El salón principal estaba lleno de invitados. Se veían los colores de muchos clanes. Algunos ni siquiera le sonaban a Edine. Avanzó con Isobel y Thorne. El guerrero las había esperado a los pies de las escaleras hasta que ellas aparecieron. Su cara seria y en tensión evidenciaba que tampoco le hacía ninguna gracia encontrarse allí.

Algunas de las personas ya estaban sentadas en las mesas, mientras otras seguían hablando entre ellas, en pequeños grupos, mientras esperaban a que las viandas comenzaran a llegar a la estancia. Edine vio al anfitrión en una esquina del salón. Un escalofrío recorrió su espalda cuando sus ojos se posaron en la figura del hombre que lo acompañaba y con el que estaba conversando de forma amigable. Aquella silueta... Desde allí no podía verle la cara, no en la posición en la que se encontraba, así que se vio a sí misma con la boca seca, las manos sudorosas y frías intentando atisbar solo una pequeña porción de la piel de aquel extraño para poder negarse aquello que su cuerpo reconocía a pesar de la distancia y del tiempo. Las voces parecieron alejarse de repente y el aire se hizo demasiado denso en sus pulmones. El hecho de que le costase respirar y de que su corazón hubiese emprendido una carrera peligrosa en su pecho, no la hicieron detener el ruego interno que suplicaba que aquel hombre al que no podía verle el rostro, no fuese y fuese al mismo tiempo él. Sintió que temblaba e intentó tomar el control de un cuerpo que la desobedecía con voluntad propia, con un anhelo, un odio y un deseo que creyó más que enterrado.

—¿Estás bien? —Edine escuchó el eco de esas palabras en sus oídos y eso la hizo reaccionar. Miró primero el gesto preocupado de su prima y después la expresión alerta de Thorne.

—¿Qué? —atinó solo a preguntar mientras tragaba con fuerza la ausencia de saliva que la hizo apretar fuerte los dientes en un esfuerzo titánico por sobreponerse.

Isobel miró detenidamente a su prima antes de hablar.

—No teníamos que haber bajado. Es evidente que no estás bien. Tenías que haberte quedado descansando.

Thorne frunció en el entrecejo. Conocía a Edine desde hacía cuatro años y nunca la había visto quejarse. Era la mujer más fuerte que había conocido jamás. Y, aunque a veces era como una patada en las pelotas, siempre se sentía orgulloso de que fuera una MacLeod. No le temblaba el pulso a la hora de hablar y decir las cosas claras y siempre lo hacía con una elegancia que admiraba profundamente.

A Edine esos segundos extras la hicieron reaccionar. Aquello se le estaba yendo de las manos y no podía permitírselo. Cerró los puños y empezó a recobrar la serenidad y la frialdad que la habían acompañado desde que toda su vida se hizo añicos y decidió seguir adelante. Simplemente había sido la sorpresa, nada más.

—Estoy perfectamente. Solo es un pequeño dolor de cabeza, pero sé que en cuanto coma algo me sentiré mucho mejor.

Edine lo dijo con tanta convicción que vio cómo las preguntas y las dudas morían en los labios de Isobel y en la mirada de Thorne, aunque este último la siguiese mirando con cierto recelo.

—Buenas noches.

La voz de Grant MacLaren retumbó en los oídos de Isobel.

Edine no los había visto llegar, centrada en convencer a su prima y a Thorne de que estaba perfectamente.



Edine tomó aire y con una resolución que no sentía miró a los ojos del otro hombre. No dudó, no pestañeó y ni siquiera tembló. Simplemente se mantuvo allí de pie mirando a Logan McGregor después de que pensara que jamás volvería a verlo y se tragó la intensidad de su mirada como si hubiese estado sedienta de ella, devolviéndole una igual, como si una lucha de titanes estuviese teniendo lugar en aquella sala ajeno a todo y a todos.

—Buenas noches —respondió Isobel dándole una entonación de fastidio a la última palabra.

Grant sonrió abiertamente. Parece que aquella pequeña arpía no había cambiado su actitud en demasía.

—Ya que la finalidad de estas semanas es conocernos, me gustaría presentarle a alguien. Señora y señorita MacLeod, este es Logan McGregor, un buen amigo y un hermano.

—Ya nos conocíamos —dijo Edine manteniendo la mirada de Logan.

Grant miró con cierta sorpresa a su amigo, que seguía mirando a Edine,

—No lo sabía —dijo Grant curioso, atento a Logan. Este tenía una sonrisa de las que él denominaba peligrosas, en el rostro.

—La señorita McEwen, señora MacLeod ahora, y yo nos conocimos hace años, en la celebración de una boda. Nuestros clanes limitan territorialmente, aunque no siempre han sido bien avenidos. No sabía si me recordaría —dijo Logan, como si el asunto no tuviera la mínima importancia.

A Edine aquellas palabras le escocieron como si le hubiesen echado sal en una herida abierta. A eso podían jugar los dos, pensó antes de hablar.

—Un vago recuerdo. Sabía que lo conocía, pero no sabía exactamente de dónde. Perdóneme. Tiendo a olvidar los detalles y soy muy mala para recordar las caras.

Logan tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no maldecir en aquel preciso instante.

Cuando la había visto, allí en el salón, como una visión del pasado, sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Y un sentimiento que creía extinto le dio una patada en el pecho retorciéndolo y despertando a un gigante que llevaba mucho tiempo dormido. Estaba aún más hermosa de lo que la recordaba, con ese aire elegante y esa mirada desafiante que tanto lo subyugó la primera vez que la vio.

—Lo... lo siento

*Logan miró a la joven que acababa de caer en sus brazos. Tenía unos enormes y preciosos ojos verdes que parecían acariciarle el alma.*

—¿Sueles caerte en brazos de desconocidos cada vez que bailas? —preguntó alzando una ceja.

*La joven pareció salir de su azoramiento levantándose como si le hubiesen pinchado en el trasero.*

*Su mirada, antes dulce y avergonzada, ahora era intensa y retadora. Logan se miró el pecho porque salvo, por la ausencia de sangre, hubiese jurado que aquella dama le había atravesado con esa mirada echa de fuego.*

—¿Y tú sueles ser tan sumamente arrogante y maleducado con todo el que te pide disculpas? —preguntó Edine con falta de aire debido al frenético ritmo del baile. Su primo Harold le había dado una vuelta con demasiado brío para después soltarla. Edine pensó que caería al suelo sin remedio cuando aterrizó en el regazo de aquel hombre. Las palabras que nunca le habían faltado se le atascaron en la garganta por su azoramiento dada la situación y porque había ido a parar a los brazos del hombre del que no había podido apartar la vista desde su llegada a la boda de Liz.

*Alto, moreno y de ojos azules como el mar en un día de tormenta, tenía la mirada más intensa que había visto jamás. Era un hombre que no solo posaba sus ojos a su alrededor por inercia, sino que miraba como si toda su atención y su concentración estuviese en ese momento contenida en ella, siendo capaz de memorizar cada línea, curva y movimiento de su entorno.*

*La risa natural, espontánea y sin cinismo alguno que surgió de aquel hombre hizo que su enfado se esfumase, y la mirada que le prodigó, entre admirativa y curiosa, le produjo una sensación extraña en el estómago.*

*—Espero que me perdones. No lo he dicho con mala intención. Soy Logan McGregor —dijo el hombre que le hacía sentir que el aire en aquella habitación empezaba a escasear.*

*—Acepto sus disculpas —dijo Edine mirándole a los ojos. Podía estar confusa en cuanto a lo que su cuerpo experimentaba, pero le habían enseñado a mirar siempre a los ojos, a no rehuir nunca una mirada y a hacer frente siempre a tus temores.*

*Logan asintió con la cabeza en señal de gratitud, aunque la sonrisa que se extendió por sus labios dejó en Edine la certeza de que aquella no sería la última vez que la viera.*

*—Creo que su compañero de baile está un poco indispuerto —dijo Logan con una suave carcajada señalando el otro extremo de la estancia.*

*Edine miró en aquella dirección y vio a su primo Harold en el suelo, más borracho que una cuba.*

*—Eso me temo —rio Edine, y el sonido de su risa hizo que Logan se tensara como si su mero sonido pudiese afectarle.*

*Edine vio a su hermana y a su amiga Helen llamándola por señales desde el lateral del salón. Volvió la vista y se dio cuenta que Logan también se había percatado de ello.*

*—Tengo que irme —dijo Edine haciendo la intención de alejarse—. Mi nombre es Edine McEwen —dijo un segundo antes de volverse.*

*Edine... Logan pronunció ese nombre para sí mismo con una extraña añoranza.*

*Creía que podía decir que era un vago recuerdo, como si el que hubiesen estado prometidos en secreto, como si el hecho de haberse entregado el uno al otro no hubiese existido.*

*Desde luego que aquello ya no significaba nada, pero no iba a dejar que jugara con él. Ya no era el muchacho que confió en ella, que creyó en ella y que juró amarla toda su vida. Si quería jugar, maldita sea, él iba a hacer que nunca lo olvidara.*

## CAPÍTULO VII

A Edine se le atragantó la cena. A quien se le ocurrió sentarla al lado de Logan McGregor tenían que haberlo torturado lentamente, porque aquella cena se le estaba haciendo eterna, aunque a su prima tampoco pareciese estar yéndole de maravilla al lado de Grant MacLaren.

El anfitrión las invitó a su mesa aquella noche y no pudieron negarse. Edine, por primera vez en su vida, pensó en simular un desmayo. Otro tema que le dio ganas de pegarse contra una pared fue la disposición de los asientos. Thorne se sentó al lado de Isobel y de Logan, quedando Edine entre McGregor y Lachan Daroch. Este último tenía algo que la inquietaba, y no ayudaba mucho el hecho de que gruñera las respuestas más que pronunciar alguna sílaba coherente. Sin embargo, si lo observaba bien, podía ver en sus ojos una mirada aguda e inteligente, más de lo que quería aparentar, y el hecho de que quisiese ocultarlo era algo que estimulaba su curiosidad.

La cena era abundante y estaba deliciosa. Carnes, pescados y verduras varias adornaban las mesas sin que los comensales pudiesen quedar indiferentes a su aroma y sabor.

Para mortificación de Edine, sus tripas hicieron un ruido espantoso y sus traidoras mejillas se tiñeron de rojo. La verdad era que apenas había podido comer a lo largo del día debido a la irritación de garganta y esa noche, a pesar de ella, su estómago demandaba el alimento negado durante demasiadas horas.

Lachan Daroch, que hasta ese momento había abierto la boca solo para decir *agg* y *umm*, eligió aquel entrañable momento para pronunciar sus primeras palabras, y su voz potente y ronca se escuchó sobre el murmullo general.

—Hay hambre, ¿ehhh? Esas tripas no mienten, *umm*...

Edine quiso morir en ese preciso instante, porque el ahogar al guerrero con sus propias manos podía calificarse de poco apropiado.

—Eso parece —contestó Edine con un proyecto de sonrisa que fracasó por completo por el sonrojo de sus mejillas, que ya se estaba extendiendo a su cuello. Si hubiese podido fulminarlo con la mirada, aquel hombre hacía rato que habría expirado. Y sin remordimiento alguno.

No quiso mirar hacia el otro lado. No podía ver la cara de Logan en ese preciso instante. Ahora no, y la pequeña carcajada que escuchó proveniente de él no ayudó en absoluto. Edine tuvo que controlarse contando hasta diez.

—¿Quieres que te acerque un muslo de pollo?

Edine sabía que desear que Logan la ignorase durante la cena era demasiado pedir, así que cuando escuchó su pregunta y el tono en el que la hizo, le dieron ganas de meterle a McGregor la cabeza en el trasero del pollo.

Era costumbre que los hombres pusieran comida en los platos a las damas, pero ella no deseaba que ninguno de los dos le acercara una maldita cosa. Tenía dos manos para alcanzarlas.

—No, gracias. Eres muy amable, pero no es necesario.

Los ojos de Logan, centrados en ella, brillaron con cierta malicia.

—A tenor del sonido que he escuchado antes, creo que necesario no es la palabra. Yo diría más bien que es de vital importancia que comas. No queremos que el pollo se enfríe mientras decides y el pobre acabe en el plato de algún otro.

Edine miró a los ojos a Logan. Se estaba divirtiendo a su costa y estaba disfrutando de lo lindo, el pedazo de zopenco. Ella también podía hacerlo, así que con esfuerzo esbozó una sonrisa antes de responderle, como si Logan fuese su persona favorita en aquella estancia.

—Creo que deberíamos dejar al pobre pollo tranquilo. Y si te hace tan feliz acercarme algo de comida no seré yo la que arruine tu ilusión. ¿Puedes pasarme unas pocas verduras, por favor?

Logan, a pesar de lo que sintió al verla, de no olvidar su traición y conocer de primera mano la volubilidad de aquella mujer, se sorprendió a sí mismo disfrutando de aquel intercambio de palabras y de la expresión de Edine. Con las mejillas sonrosadas, el pelo ondulado y largo, que le caía como un manto sobre su espalda, del color del fuego y esos ojos verdes enmarcados por las pestañas más largas que hubiese visto jamás, Logan pensó que seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido en toda su vida. Y su mirada, fuerte, directa y llena de matices, fija en él, en ese preciso instante, retándole sin más, le hicieron admitir, en contra de su voluntad, que aquella mujer seguía siendo única.

—Faltaría más. No vaya a ser que dentro de unos segundos pase a ser un vago recuerdo y te quedes sin cenar. Lamentaría mucho que enfermaras por inanición.

Edine no podía creer que Logan hubiese dicho todo aquello en solo dos frases. Matarlo lentamente se le estaba quedando en poca cosa. Quizá torturarlo antes sería lo adecuado. Esbozó su mejor sonrisa, mientras por dentro maldecía a toda su familia.

—Es muy amable por tu parte. Lo tendré en cuenta —dijo Edine mientras cogía un muslo de pollo que había frente a ella y lo ponía en su plato sin mucha ceremonia.

—¡Qué temperamento, mujer! Aggg —dijo Lachan Daroch mientras escupía un trozo de algún tipo de masa roja y tierna por los huecos de su dentadura incompleta.

Una imagen innecesaria terminó por quitarle la poca hambre que poseía a esa altura de la cena.

Cuando volvió a mirar su plato, después de revolverse el estómago con el aggg de Daroch, vio una montaña de verduras al lado del pollo. Aquel pollo se estaba ahogando entre las piezas de verdura y, si ya no estuviese muerto, sin duda estaría experimentando una agónica asfixia. El hecho de que ese pollo le diera más pena que cualquier comensal de la mesa dejaba claro el estado al que la estaban abocando los dos elementos que tenía sentados a cada lado.

Intentó comer algo de las judías y zanahorias para llegar por fin a la carne, pero aquello era una misión imposible.

—¿Está todo a tu gusto? —preguntó Logan alzando una ceja.

Había visto la expresión de Edine. Sabía que se moría por tirarle la montaña de comida por encima de la cabeza. Su expresión, cuando volvió la cara y vio el plato, no había tenido precio. Los ojos se le abrieron y por un segundo Logan pensó que su boca sonrosada soltaría un exabrupto poco femenino, pero no fue así. La vio prácticamente morderse la lengua para contenerse. Su curiosidad y su sorpresa aumentaron cuando una Edine enojada y sorprendida dibujó una sonrisa templada y neutral, cambiando en un segundo, con un autocontrol y dominio en sí misma que Logan desconocía en ella.

Entonces también fue consciente de que Edine había cambiado en esos años. Cuando pensó que ya no contestaría a su pregunta, sus palabras llegaron hasta él en un tono de voz bajo, pero claro.

—Sí... si esto fuese el averno —contestó Edine en un susurro.

Logan soltó una carcajada, espontánea y sin filtros.

Edine lo miró con un movimiento rápido e instintivo de sus ojos. El sonido de su risa... Fue el

primer momento de la noche en la que el dolor hizo acto de presencia y fue real. Dios mío, cómo había echado de menos ese sonido que siempre la había hecho sentir especial y que había calentado su pecho tantas veces que no se podía cuantificar. Tragó saliva y se dijo a sí misma que lo podía manejar, que podía trabajar con ese dolor y desterrarlo definitivamente. Habían pasado cuatro años desde que él había sido su mundo entero, y en ese tiempo ella había cambiado, había madurado y comprendido muchas cosas que al principio no sabía y que la hicieron desear abandonarse a los brazos de una muerte que la rondó durante muchos días.

Y allí estaba, cuatro años después. Parecía que habían pasado siglos y, sin embargo, una sola risa, su risa, se había colado en su interior, entre las cicatrices retorcidas y nervudas que protegían su maltrecho corazón haciendo que este latiese durante unos instantes, revolcándose en una agonía porque, maldita sea, ella lo había desterrado lejos para poder respirar, para poder moverse de nuevo, para poder vivir sin que el hecho de comenzar un nuevo día doliese demasiado.

Logan miró a Edine, que parecía ahora absorta en mover la comida de un lado a otro. Había olvidado que ella lo hacía reír y no de una manera superflua o estudiada, sino espontánea y cálida. En su día hubiese dado un brazo por saber por qué, después de todo lo que compartieron, después de las promesas dichas, ella se había marchado. Vio cómo el rostro de Edine se contraía de dolor, como si algo le hubiese hecho daño. Fue solo un segundo, pero a Logan aquel gesto no le pasó desapercibido.

Sabía que debía odiarla, pero ahora ya ni siquiera albergaba ese sentimiento. El odio había sido el eje central de sus sentimientos el primer año después de su abandono. Después, la certeza de que aquello tenía que ser un error, un malentendido. Luego, el vacío y el amargo sabor de todos aquellos sentimientos que creyó verdaderos y que en realidad eran tan falsos como su apariencia, sus besos, caricias y palabras. Y por último, la indiferencia, o eso creía.

Desde el mismo momento que la había visto, había deseado exasperarla, mortificarla, desenmascararla y ver en su rostro la expresión de dolor que por un segundo se adueñó de sus facciones en la mesa, sentada a su lado. Y, sin embargo, cuando ello ocurrió, para su sorpresa, no le gustó, no saboreó ese triunfo. Nada más lejos de la realidad. Y en contraposición, se sorprendió disfrutando con su verborrea, con ese intercambio de palabras, con su ingenio, su control, su carácter y de su sentido del humor que, sin proponérselo, le había hecho reír de verdad.

Logan tuvo que sostener una nueva sonrisa cuando vio a Edine soltar el muslo del pobre pollo y dar un respingo cuando la voz de Lachan sonó fuerte cerca de su oído. Estaba claro que ella no se había percatado de su cercanía.

Edine miró a Daroch con el entrecejo fruncido.

—No eres muy simpática, ¿umm? Bueno, solo quería preguntarte por tu caballo. Es un ejemplar único. Me gusta muchísimo.

Edine siguió mirándole, aunque intentó suavizar su expresión.

—¿Y cómo sabe cuál es mi caballo? —preguntó algo recelosa.

Lachan soltó una carcajada que hizo que parte de su comida saliera despedida de su boca. Edine tuvo que moverse rápido para sortear un trozo de carne que iba directa a su cara. Aquella cena se estaba volviendo más peligrosa por momentos. ¿Quién decía que iba a aburrirse? Lo que hubiese dado por ello en ese preciso instante.

—No sea tan desconfiada. Me fijé en él en las caballerizas, cuando dejé al mío. Le pregunté al encargado de las caballerizas. Él me dio su nombre. No pensaba que iba a sentarme esta noche a su lado. Una afortunada coincidencia, ¿eh, ummm?

—Yo no lo describiría así —dijo Edine mirándole fijamente.

Lachan pensó que aquella mujer era mucho más interesante de lo que pensaba. Era muy hermosa, de eso no cabía duda, pero le gustaba mucho más ese carácter combativo. Dios, sería muy gratificante domarla, a ella y a su caballo. Bajo su dominio se le quitarían las ganas de mirarle directamente. Él podía enseñarle quién era el que mandaba en realidad, darle una lección que no olvidara jamás.

—Llámelo como quiera, pero quería saber si el dueño de ese caballo estaría dispuesto a vendérmelo. Lo quiero.

Edine pensó que no había conocido a nadie que le cayese peor en tan corto espacio de tiempo. Este hombre era peligroso. Lo vio en el brillo de sus ojos cuando la miró, como si estuviese esperando el momento para poder castigarla por la impertinencia de haberse atrevido a contestarle. Ese tipo de hombres, Edine los conocía bien. Su padre era uno de ellos.

—La dueña de ese caballo soy yo y no está en venta —le contestó volviendo a su comida e intentando zanjar aquella conversación que no quería seguir manteniendo. Cuanto menos contacto tuviese con él, mejor.

—Una mujer dueña de un caballo. No diga sandeces... umm —exclamó Lachan entre dientes, como si lo que había dicho Edine hubiese sido una ofensa personal.

Edine había intentado no llegar a aquello, pero Lachan Daroch no le había dejado otra alternativa. Se volvió lentamente y miró a aquel hombre a los ojos, de forma directa, tajante, y dejó que su carácter tomara las riendas.

—No sé con qué clase de mujeres está usted acostumbrado a tratar, pero créame que tienen todo mi respeto y les doy el pésame por tan ardua tarea. En cuanto a si digo sandeces, no acostumbro a hacerlo porque tengo algo que se llama inteligencia y que me ayuda a no decirlas. Créame, debería probarlo alguna vez. Y en lo referente a si soy la dueña de ese caballo, la respuesta sigue siendo que sí, porque en su clan no sé cómo serán las cosas, pero en el mío, el de Thane MacLeod, una mujer es dueña de su caballo, y el mío no está en venta ni ahora ni nunca.

Edine sintió la mano de Logan rozar la suya por debajo de la mesa. No se había dado cuenta de que la tenía cerrada en un puño haciendo que los nudillos prácticamente adquirieran una tonalidad blanquecina hasta que Logan los había rozado. Algo dentro de ella despertó y salió de la bruma a la que las palabras de Daroch la habían arrojado.

Seguía mirándole fijamente, y se dio cuenta de que Lachan estaba haciendo un verdadero ejercicio de contención por no decir algo que pudiera acabar en una guerra entre sus dos clanes. Sabía que ella no era una mujer cualquiera, era la cuñada de Thane MacLeod, uno de los clanes más fuertes de las Highlands. Cuando la cara de Daroch adquirió un tono escarlata, Edine empezó a preguntarse si era posible que la cabeza de aquel hombre saltara en mil pedazos. El temblor que acompañaba a su mirada asesina clavada en ella no decía nada bueno.

Edine estaba pensando en cómo explicar a su cuñado que los había abocado a una guerra el primer día de su estancia allí cuando vio la mirada de Daroch clavarse por encima de su hombro, y suavizarse como por arte de magia. Observó cómo Lachan se contuvo y se volvía a centrar en su plato mientras por lo bajo susurraba.

—Eso ya lo veremos.

Edine volvió su atención nuevamente sobre su propia comida, aunque el apetito acababa de perderlo, solo de verla le entraban náuseas. El dolor de garganta seguía ahí, latente y molesto. El dolor de cabeza llegando a cotas más altas y unos pequeños escalofríos recorrían su cuerpo como hormigas que surcaban su piel por azar. Decididamente, habría sido mejor haberse quedado descansando.

La mano de Logan, que momentos antes había rozado la suya, ya no estaba, y la razón por la que la echó de menos era que aquella ausencia dolía demasiado. Sabía que había escuchado su conversación con Lachan, y lo sabía por ese roce en su piel, en su mano. Logan siempre lo había hecho de forma inconsciente cuando quería tranquilizarla o reconfortarla. Era su manera de decirle que estaba con ella. Y ese pequeño gesto, después de tanto tiempo, después de tantas heridas, hizo que casi se fracturara en mil pedazos. Porque sabía que él tenía motivos para odiarla, para que ese gesto nunca hubiese vuelto a existir entre ellos y sin embargo lo había hecho. ¿Por qué? Ella no quería sentir, no quería volver atrás, porque también tenía sus motivos para odiarlo, y sin embargo... Miró a Logan, necesitaba saber el porqué de esa pequeña muestra de compasión y Edine contuvo una pequeña exclamación. Los ojos de Logan estaban llenos de furia, de una controlada a duras penas. Esa mirada sería capaz de helar el infierno. Había una promesa en ella y era de las que acababa con sangre entre las manos. Edine supo el preciso instante en que Logan se percató de que ella lo estaba observando porque esa mirada, esa sentencia andante se desvaneció y tornó a sus ojos una expresión mucho más tolerante, templada y distante.

Logan miró a Daroch desde el mismo instante en que escuchó a Edine ponerlo en su sitio y prever la reacción de aquel necio. Maldita sea si iba a permitir que Daroch mirase a Edine de aquella manera, con aquella amenaza implícita en sus ojos. El tocar su mano fue instintivo, y cuando lo hizo no la retiró porque esa Edine, la que había hecho que Lachan Daroch estuviese al borde de un ataque de cólera, era la Edine que él conocía, la que mantenía la mirada pasase lo que pasase, la que se revolvía y gritaba cuando algo era injusto, la que no se dejaba intimidar ni avasallar.

Logan mandó el mensaje adecuado cuando Daroch vio su mirada por encima del hombro de Edine y entendió que Logan no iba a permitirle comportamientos de aquel tipo. Ni con Edine ni con nadie. Eso fue lo que se dijo así mismo cuando de madrugada aún pensaba por qué tuvo que rozar su maldita mano.

## CAPÍTULO VIII

Isobel sintió la mirada de Grant MacLaren clavada en su espalda. Cuando se volvió para saber qué deseaba aquel hombre, la sonrisa divertida del mismo la molestó como nada lo había hecho aquella noche, y eso que la cena estaba siendo interminable, frustrante y aburrida.

—Estoy preocupado por usted —dijo Grant mirando a Isobel, que a su vez abrió los ojos como platos, como si aquellas pocas palabras la hubiesen dejado estupefacta.

—¿Perdone? ¿Puede saberse por qué? —preguntó Isobel, intentando averiguar con qué majadería le saldría ahora el jefe del clan MacLaren.

Grant acercó un poco la cabeza hacia ella, y la miró, esperando a que ella hiciese lo mismo, como si lo que tuviese que contarle fuese algo delicado, secreto, que necesitara de una cierta discreción. Cuando Isobel, de forma reticente, lo hizo, acortando el espacio entre los dos, hasta que sus cabezas quedaron solo a escasos centímetros, el aroma a cuero, a lluvia y a otra cosa que no podía identificar la atrajo hacia aquel hombre como si fuese un olor embriagador que podría nublar su mente.

—Estoy preocupado porque pudiera hacerse un daño permanente en el cuello. El hecho de tenerlo inclinado durante toda la cena en una postura tan poco natural a fin de poder enterarse de conversaciones ajenas puede ser desastroso para su salud —dijo Grant con una sonrisa mirando a los ojos a aquella preciosa mujer cuyos enormes lagos azules se tornaron más oscuros, más intensos, al hacerse eco de sus palabras.

Isabel no podía creer que aquel mentecato fuese tan irrespetuoso. ¿Quién se creía que era para llamarle la atención sobre su conducta? ¿Y qué le importaba a él que ella quisiese saber qué era lo que hablaba su prima con McGregor? Edine podía disimular mejor que nadie, pero ella la conocía bien y había visto su reacción cuando vio a ese hombre, Logan McGregor. Y aunque se había recuperado con vertiginosa velocidad, la única realidad es que jamás había visto a Edine reaccionar de esa manera. Ese hombre perturbaba a su prima y aunque a ojos vistas nadie podría decirlo, Isobel sabía que había una historia entre los dos. Habían dicho que se conocían, pero algo le decía que aquella no era la única realidad. Y por eso, al ver que McGregor se sentaba junto a su prima, había estado intentando parte de la cena oír, por encima de Thorne y de sus miradas también de reproche, la conversación entre ambos. No había tenido éxito, pero a Grant nadie le había dado vela en aquel entierro. Él no entendía sus motivos, ni falta que le hacían.

Intentó parecerse a Edine y respiró profundamente antes de hablar, porque en aquel instante, si algo salía de sus labios, lo de ignorantes palurdos le iba a quedar escaso. Sentía la furia bullir por sus venas y no podía montar una escena allí. Maldito Grant y malditos esos ojos de color gris que desviaban su atención de lo verdaderamente importante, y es que aquel hombre la había insultado al insinuar que quería enterarse de conversaciones ajenas. Que era verdad, en efecto. Que él tenía que decírselo, jamás. Era así de sencillo, y él había roto esa regla, y con ello había desatado su bestia interior. Aunque ahora, después de varias respiraciones, esa intensa mirada y ese aroma a lluvia y a tierra, la bestia se había quedado en solo un cachorro. Maldita sea, nada iba a interponerse en decirle cuatro cosas a aquel hombre, por muy atractivo que fuese y por muy embaucador que resultase.



—MacLaren, yo de usted tendría más cuidado de no salir lastimado en una guerra que no puede ganar que de estar pendiente de lo que yo haga —dijo Isobel mirándole a los ojos fijamente, con toda su furia contenida y todo su orgullo en sus pupilas.

Grant tragó saliva con fuerza. No podía creerlo, pero aquella chiquilla acababa de derribarlo con solo unas pocas palabras. Lo que había empezado como una broma, una forma de ponerla en su sitio después de cómo lo había tratado aquella mañana, se había tornado en todo un desafío, porque en ese preciso instante, en el que lo miraba con lo que parecía toda la fuerza de los elementos, se quedó paralizado, hipnotizado por esos ojos que desbordaban su fuerza, su determinación, y él, maldita sea, deseó todo aquello con una intensidad que lo dejó con las manos temblando.

—¿A una guerra contra ti, Isobel? —preguntó Grant con la voz baja y grave, y el desafío en cada sílaba.

Grant no pudo sino admirar a aquella mujer que ni siquiera pestañeó ante sus palabras, y eso que su tono había sido de todo menos amigable.

—¿Es acaso una amenaza? Porque ese sería un grave error por tu parte —continuó Grant mirándola mientras exudaba de cada poro de su piel la autoridad y la fuerza propias de un jefe de clan.

Eso hubiese sido suficiente para haber hecho llorar a cualquier dama y para haber frenado a cualquier hombre que hubiese insinuado siquiera una leve amenaza contra él, pero Grant no contaba con un factor impredecible, con una mujer que podía ser una temeraria, porque las palabras que salieron de su boca, esa misma que lo estaba volviendo loco, lo dejaron de nuevo desarmado.

—Pues si piensa que eso es un error, se va a llevar una sorpresa Grant. Porque no es una amenaza es una promesa, y yo nunca rompo mis promesas —dijo Isobel mientras sonreía como si fuese un gato que se relame frente a un tazón de leche.

*¡Maldita sea la mocosa!*, exclamó Grant para sí mismo.

—Y yo nunca pierdo una guerra. Espero que esté dispuesta a sufrir las consecuencias cuando haya sido vencida —dijo Grant con una mirada intensa y desafiante.

Isobel abrió un poco los ojos, pero se recuperó rápido.

—Caerá de rodillas, Grant MacLaren —sentenció Isobel en un gruñido.

Y entonces Grant soltó una carcajada, se tocó el estómago y siguió riendo un buen rato, tanto, que Isobel pensaba que aquel hombre se había vuelto loco.

\*\*\*

Edine e Isobel por fin se habían retirado a su habitación. Ambas iban pensando en la desastrosa cena. Ambas tenían un semblante serio y su mente bullendo de intensas variables. Edine fue la primera en reaccionar cuando después de haberse desvestido y quedarse con su camisola, se metieron bajo las mantas.

—¿Vas a contarme qué es lo que te tiene así? —preguntó Edine mirando a su prima mientras acomodaba las mantas bajo sus brazos.

Isobel la miró sin saber de qué le estaba hablando.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Edine tomó aire antes de sentarse en la cama, de lado, para poder ver a Isobel con mayor comodidad.

—Siempre estás parlotando y, ya sabes, lo normal es que después de la cena no hubieses parado de contarme tus impresiones en cuanto a los invitados que has conocido, la comida e

incluso el tiempo. Pero desde que dejamos el salón has estado perdida en tus pensamientos, retraída y con una cara demasiado seria para ti. Así que llámame loca, pero he pensado que quizás ese cambio se debiera a que algo te había perturbado esta noche, y que podía tener que ver con Grant MacLaren.

Fue decir ese nombre e Isobel pegó un salto en la cama que hizo que Edine entrecerrara los ojos.

—Vaya, parece que no voy desencaminada —dijo con una sonrisa.

Isobel la miró, y lo que destilaban sus ojos eran de todo menos compasión. Aunque algo de arrepentimiento sí había.

—Le he declarado la guerra a ese... ese...

—¿Palurdo ignorante? —preguntó Edine con ironía.

Isobel dio un resoplido poco femenino.

—Eso fue esta mañana, cuando aún ni siquiera lo conocía. Ahora esos calificativos son un juego de niños comparado con lo que lo llamaría.

Edine parecía divertida al ver la forma en que su prima hablaba de MacLaren, como si ella supiese algo que a Isobel se le escapaba.

—¿Y qué te ha dicho MacLaren para que le declararas la guerra y te pusiera en tal estado?

Isobel la miró fijamente.

—¿De qué estado hablas?

Edine tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

—¿Estado de alteración? —preguntó Edine irónicamente.

—¡Oh, por favor, yo no estoy alterada! —exclamó con voz chillona Isobel mientras se pasaba la mano por el pelo de tal forma que, el cabello lacio y hermoso de su prima, estaba adquiriendo la forma de nido de pájaro.

—Ya lo veo, sin embargo, me encantaría saber qué es lo que te ha dicho.

Edine vio que su prima era reacia a decírselo, sin embargo, con Isobel solo había que contar hasta cinco y... Uno, dos, tres, cuatro...

—Está bien, con esa mirada que tienes de «yo lo sé todo y no puedes esconderme nada», es imposible, así que te lo diré. Ese... ese hombre me dijo claramente que me inmiscuía en conversaciones ajenas. Eso es. Ahí lo tienes.

Edine estaba algo aturdida.

—¿Y eso es todo? Vaya... Sí que es malo. Jamás escuché hablar de un crimen tan atroz.

Isobel la miró echando fuego por los ojos cuando Edine sonrió abiertamente.

—No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo y fue a por mí. Me tiene manía y ya está.

Edine rio más fuerte.

—No creo que sea manía lo que te tiene precisamente, pero bueno, vamos a dejar esa parte por ahora. ¿Qué más te dijo?

Isobel cerró la boca y miró al frente.

—Venga, vamos, que puedo imaginarme lo que le dijiste tú, pero no lo que te contestó él —afirmó Edine mirándola fijamente.

—¿Para que vuelvas a reírte?

—Prometo que no me reiré —contestó Edine recuperando a duras penas la seriedad en su rostro—. Y además, ¿en qué conversación querías inmiscuirte tú?

Edine vio como Isobel se ruborizaba hasta las cejas y entonces cayó en la cuenta.

—¿Por qué querías escuchar lo que yo hablaba, Isobel?

Isobel volvió a mirarla y esta vez lo que vio en su mirada era una mezcla de velado dolor y curiosidad.

—¿Vas a contarme tú primero quién es Logan McGregor y por qué te alteró así su presencia? Y no me digas que no te alteró porque eres muy buena disimulando tus sentimientos y tus reacciones, pero olvidas que te conozco, y por unos segundos pude ver tu expresión cuando lo miraste y créeme que jamás había visto en tu rostro las emociones que vi cuando te fijaste en él. Así que, por favor, sé sincera. Ya no soy una niña y te quiero, y me preocupo por ti, y tú... Tú siempre coges las preocupaciones de todos los que te rodean y las colocas sobre tus hombros, y nos ayudas, nos escuchas y nos consuelas, pero sin permitirte nunca hacer lo mismo. Lo respeto, Edine, pero alguna vez tienes que confiar en alguien y me duele que no lo hagas en mí.

Edine tragó saliva antes de contestar. Se había olvidado por un momento de que Isobel era una mujer, porque ya no era aquella chiquilla de trece años que la había mirado con los ojos muy abiertos cuando estaba enferma en aquella cama y pensaba que no viviría un día más y le había dado la mano. La había sostenido largas horas y le había contado historias que la habían hecho sentir paz dentro de la bruma y el delirio que la fiebre había tejido durante demasiados días.

—Isobel..., no... no creo que pueda hablar de eso ahora. No puedo —dijo Edine con la voz algo quebrada.

Isobel salió de la cama rápidamente y se sentó en el borde de la cama de su prima. Tomó la mano de Edine entre las suyas, igual que había hecho aquella vez, y la miró, con la preocupación desbordándose por esos grandes ojos azul cobalto.

—Solo puedo decirte que lo conozco, que hubo un tiempo en que lo significó todo para mí y que ahora me odia, y eso me duele, aunque lo comprenda en cierta forma, porque él tiene razones para sentir de esa manera, aunque no sean acertadas. Esta noche le hubiese matado, pero a la vez he recordado cómo era estar a su lado, cómo era sentir su mirada en la piel, le he escuchado reír por algo que he dicho... y eso me ha puesto un nudo en la garganta. Estaba preparada para su odio, pero no para eso, no para su consideración, no para que le importase aún algo.

Edine vio los ojos de Isobel brillantes y húmedos antes de que se lanzara a darle un gran abrazo. Cuando se retiró una sonrisa se dibujaba en sus labios, aunque la preocupación seguía imperturbable en el fondo de su mirada.

—¿Me contarás el resto cuando sientas que puedes hacerlo? —preguntó Isobel cogiendo de nuevo su mano.

—No podría pensar en nadie mejor para hacerlo —contestó Edine con cierta sorpresa al comprobar que, después de contarle a su prima retazos de su pasado, se sentía un poco más ligera.

—Gracias —dijo Isobel con una gran sonrisa antes de intentar levantarse.

Pero no pudo porque la mano que consolaba la de Edine, esa mano quedó atrapada por la de su prima haciendo que volviera a sentarse.

—No vas a escaparte tan fácilmente, así que ahora mismo cuéntame qué fue lo que él te dijo.

Isobel soltó aire, resignada.

—Me dijo que nunca perdía una guerra y que tenía que estar dispuesta a pagar las consecuencias.

—¿Y tú que le dijiste?

Isobel sonrió abiertamente y el brillo que adquirieron sus ojos, de amor propio y orgullo MacLeod, la hicieron peligrosa.

—Le dije que caería de rodillas.

La carcajada de Edine resonó de madrugada sobre las gastadas piedras de aquel castillo.

## CAPÍTULO IX

Logan tenía intención de hablar con Alec. El jefe del clan Campbell había resultado ser toda una sorpresa. Solo había coincidido con él una vez con anterioridad a que sus hermanas se casaran con los hermanos McAlister. Alec era muy amigo de Evan, jefe de dicho clan y marido de su hermana pequeña. A raíz de ese matrimonio, y de que Logan visitara más a menudo al clan de su cuñado, pudo coincidir con él y conocerlo mejor, ya que era asiduo en las reuniones de los McAlister. Al principio su seriedad, su parquedad en palabras y su naturaleza desconfiada, le hicieron recelar de su transparencia, sin embargo, después de tratarlo más, se dio cuenta de que su seriedad era fruto de una temprana madurez, la parquedad en palabras solo prudencia y la desconfianza un rasgo de su naturaleza forjado por causas ajenas. Su historia no la conocía, pero intuía que no había sido fácil.

Antes de llegar hasta el fondo el salón, donde Alec se encontraba, no pudo sino mirar al otro extremo, donde había varias damas reunidas. Habían pasado un par de días desde aquella desconcertante cena donde había estado sentado al lado de Edine. En esos días, ni ella ni su prima hicieron acto de presencia en el salón, ni habían bajado a ninguna de las comidas. Logan se enteró de que el motivo de su ausencia parecía ser una pequeña indisposición por parte de Edine. Le había preguntado a Grant, que se había preocupado por la salud de su invitada y, por lo que parecía, solo era un pequeño enfriamiento. Ni siquiera habían solicitado la presencia de la curandera del clan en su habitación. Logan había encontrado a Grant pensativo por dicha ausencia, y él, francamente, no había sabido qué pensar. Nunca había considerado a Edine de las que evitaban las confrontaciones, pero ya se había equivocado con ella antes en el pasado y se había quemado hasta la saciedad.

Logan sabía que aquella reunión no iba a prolongarse durante mucho tiempo. Quizás un par de semanas. No en vano, alguno de los invitados eran jefes de sus clanes y requerían su presencia en sus hogares. Así que el hecho de escabullirse unos días de sociabilizar con el resto, podía ser un buen motivo para la espontánea indisposición de Edine. Otra posibilidad podía ser la de evitar a alguien en concreto, como Daroch o quizás él mismo, aunque eso lo decepcionaría. Siempre había pensado que era una mujer que no se escondía de nada ni de nadie. El hecho de que Edine de verdad estuviese enferma era la opción que menos barajaba, hasta que la vio.

Estaba sentada al lado de Helen Cameron, una dama con unos preciosos ojos color miel y pelo negro azabache, que con su carácter alegre, de mirada vivaz y lengua mordaz había captado el interés de más de uno de los *Highlanders* allí presentes. Por su conversación animada, parecía haber hecho buenas migas con Isobel MacLeod.

Sin embargo, no había sido Helen Cameron quien había ralentizado el paso de Logan ni tampoco cambiado la expresión de su rostro por una más seria. Fue ver el aspecto de Edine el que lo hizo parar prácticamente de golpe. Ella siempre había rebosado vitalidad, una fuerza que se hacía patente en cada uno de sus gestos, y sin embargo, en ese preciso instante, esa vitalidad parecía adormilada. Su rostro estaba demasiado pálido, sus mejillas carentes de su rubor habitual y lo que más llamaba su atención eran los pequeños surcos oscuros debajo de sus ojos, como si no hubiese podido dormir y su agotamiento fuera extremo.

De manera inconsciente, apretó los dientes y maldijo entre ellos. Siguió su paso, pero en vez

de acercarse a Alec, como en principio era su intención, interceptó a Grant, que en ese instante entraba en el salón junto a McDonall. Este último no pudo fingir, y el hecho de que la presencia de Alec Campbell le disgustaba en demasía quedó más que patente en su mirada y en su gesto. La enemistad entre ambos clanes era más que evidente, y eso se tradujo en la retirada de McDonall cuando vio a Alec cerca de ellos, y dejó a Grant con la palabra en la boca y solo para cuando Logan llegó a su lado.

—Esto es increíble, ese hombre es un maldito tozudo —dijo Grant mirando la puerta de entrada por donde había desaparecido el jefe del clan McDonall.

—Necesitamos que la curandera del clan se acerque a ver a Edine MacLeod —dijo Logan, quedando el comentario de Grant suspendido en el aire sin respuesta alguna.

Grant cerró la boca antes de seguir hablando y miró a Logan con una ceja alzada.

—¿Me lo vas a contar o te lo tengo que sacar a golpes? He pensado en realizar un entrenamiento conjunto hoy.

Logan esbozó una sonrisa antes de mirar a Grant.

—No hay nada que contar, pero creo que sería bueno que ninguno de tus huéspedes muriese estando bajo tu techo. La he visto hace un momento y su rostro refleja que aún sigue enferma. Imagino que no será nada importante, pero creo que debería verla alguien que tuviera más idea que nosotros sobre lo que le pasa.

Grant miró fijamente a Logan.

—Y ahora insultas mi inteligencia. Buenoooo, esto es más serio de lo que pensaba. El hecho de que la conocieras y no dijeras nada ya me hizo pensar, pero tu expresión en la cena la otra noche y la que has puesto ahora al decirme que está enferma son muy esclarecedoras.

Logan estaba perdiendo su paciencia, esa que decían que era una de sus mayores virtudes.

—Voy esclarecerte las ideas de un espadazo como no dejes de decir sandeces. ¿Y qué es eso de un entrenamiento?

Grant rio por lo bajo antes de contestar.

—Ha habido varios enfrentamientos esta mañana entre miembros de diversos clanes.

Logan asintió con la cabeza. Había visto uno cuando volvía temprano de darse un baño en el lago.

—Daroch no está haciendo precisamente amigos —apuntilló Logan, que había visto al jefe de este clan discutir con el hijo del jefe del clan McBain.

—Es una joya, Lachan Daroch. Y McDonall no se queda atrás. Hablando de este último, Campbell hace lo que puede con él aunque lo acompañe en el sentimiento. Tratar con McDonall requiere paciencia y sufrir una profunda sordera, porque te juro que ese hombre es capaz de insultar a alguien solo con decirle buenos días.

Logan rio a su pesar. Era verdad que ese hombre había llevado al límite más de una vez toda su diplomacia.

—Y esta mañana parece que McBain tropezó con Daroch sin querer y este saltó como si le hubiese escupido en la cara. Así que he pensado que quizás un entrenamiento conjunto sea lo mejor. Creo que la inactividad y el hecho de que estén todos juntos bajo el mismo techo están haciendo que se pongan nerviosos. El entrenamiento, además de hacer que desfoguen un poco toda esa mala leche reprimida, puede ser bueno. Mejor que luchen entre ellos en un sitio controlado y resuelvan sus asuntos con las espadas a que haya alguna desgracia en tierras MacLaren entre dos clanes ajenos. Suficiente es con que tengamos que hacer esto aquí. Dios, me están quitando años de encima.

Logan le miró divertido, mientras Grant se pasaba una mano por la cara en señal de cansancio.  
—Nunca me había dado cuenta de lo quejica que eres —dijo pensativo mientras MacLaren lo miraba, jurándose en silencio.

—La curandera, ¿puedes llamarla? —preguntó Logan nuevamente. No le gustaba la palidez de Edine ni esos surcos oscuros bajo sus ojos. No sería bueno que alguien cayera gravemente enfermo.

—Llamaré a Elisa, pero esta conversación no ha acabado.

—No sé por qué somos amigos. Eres peor que un grano en el culo, Grant MacLaren —dijo Logan entre dientes.

—Yo también te aprecio amigo —escuchó Logan de los labios de Grant cuando este ya se iba.

\*\*\*

Elisa MacLaren terminó de mirar el brazo a Erwin, un niño de diez años que era el quebradero de cabeza de su madre, Nes, y del resto del clan. No había día que Erwin no hiciera una travesura de las suyas, y ese día había tocado subirse al tejado de la pequeña cabaña que compartía con sus padres y sus dos hermanos pequeños, y solo por el hecho de que le pareció una buena idea hacerlo. La realidad era que no fue tan buena idea cuando se escurrió de la superficie del tejado aterrizando sobre su brazo. Si hubiese sido sobre su cabeza, el resultado hubiese sido mucho peor.

—No sé lo que voy a hacer con él. Te lo juro, Elisa, este niño solo me da disgustos —exclamó Nes con enfado y con evidente frustración.

Elisa la miró y vio los rasgos cansados en su rostro y la mirada brillante por unas lágrimas que anunciaban el desahogo por el miedo que había pasado.

Elisa se acercó a ella, que no hacía nada más que andar de un lado a otro de las cuatro paredes de su pequeña casa, sencilla y acogedora. La cogió del brazo para que la mirara.

—Es solo un niño, y hace travesuras propias de su edad. Todos las hemos hecho.

Nes la miró como si quisiera creer un segundo en sus palabras, cuando cerró los ojos y apretó los dientes antes de hablar.

—La semana pasada estuvo a punto de matar al pobre Cameron cuando tiró una piedra desde lo alto de la torre del castillo. No era una piedrecita normal, Elisa, era un pedazo de pedrusco que, si hubiese alcanzado a Cameron, hubiésemos tenido que enterrarlo a trocitos. Y la explicación que dio fue que quería saber lo rápido que llegaría la piedra al suelo. Cameron está todavía recuperándose del susto. La piedra le pasó a un palmo.

Elisa sonrió para sí. Ciertamente era que no estaba bien lo que Erwin había hecho, pero ella había empezado a pensar que detrás de todo lo que hacía el muchacho no había maldad o travesura propia de la edad, sino un interés por obtener respuestas. Una mente inquieta. Y eso le gustaba.

—Lo importante es que está bien y solo tiene un poco lastimado el brazo, ni siquiera se lo ha roto. Vendré a verle mañana y, por favor, tranquilízate un poco. Ya verás cómo todo se soluciona en cuanto vaya madurando.

—Eso sí, luego, Elisa. A este paso me va a matar un día de un susto.

Elisa rio más abiertamente.

—Tengo que dejarte ya. Mi primo me buscaba hace un rato. Tengo que ir a ver a una de las damas invitadas del clan.

La mueca que hizo Nes antes de hablar fue suficiente para saber que lo que iba a decir sería algo delicado.

—La verdad es que está todo el mundo un poco alborotado con los invitados. La gente no está muy contenta. Algunos de esos invitados no son muy cordiales. Esta tarde voy al castillo a ayudar.

Faltan manos para las comidas y el mantenimiento de todas las habitaciones, pero no me apetece ir. Sabes que no es por el trabajo, no me importa ayudar en lo que haga falta. Haría lo que fuese por el clan y por Grant, pero no me gusta cómo alguna de esas damas nos mira.

Elisa sabía que a muchos de los miembros del clan no les hacía gracia tener a tantos extraños en tierras MacLaren, pero no sabía que el desagrado llegaba a tal extremo.

—Grant os agradece a todos el esfuerzo. En el fondo es un honor que hayan elegido a nuestro clan para esta reunión. Y no te preocupes por esas miradas. Tú eres una MacLaren y una mujer maravillosa. Que piensen lo que quieran. En unos días se habrán ido.

Elisa sabía que era mejor mantener los ánimos calmados en los miembros del clan, y lo que le había dicho a Nes era la pura verdad. Algunos guerreros y las gentes que estaban ayudando en el desempeño de las funciones más básicas para atender a los invitados no se habían quejado abiertamente, pero era más que patente que no estaban felices con ser los anfitriones de dicha reunión. Grant ya tenía suficientes preocupaciones como para también tener que lidiar con las tensiones que aquellas visitas provocaban en el seno de su propio clan.

Recogió sus hierbas y las metió en la bolsa que solía llevar cuando hacía sus curas y se marchó con paso enérgico. El brazo de Erwin le había llevado más tiempo del que pensaba y los últimos metros hasta la entrada del castillo tenía que hacerlos a la carrera.

Iba deprisa, distraída y no lo vio. Corriendo, mirando que nada se cayera de su bolsa, chocó contra algo, tirándolo al suelo. Cuando pudo recobrar el equilibrio que había estado a punto de perder con el golpe, se encontró con que ese algo era un hombre que la miraba con cara de pocos amigos y que se encontraba con el trasero bien profundo en el barro.

Los colores del *feileadh mor* del desconocido, azul, verde, rojo y amarillo, hizo que centrara su mirada en unas piernas fuertes y musculosas que se entreveían por debajo de su ropa, que con la caída se había subido por encima de sus rodillas. Elisa sintió el rubor en sus mejillas antes de que alguna palabra saliera de sus labios. Sus ojos siguieron el camino de un pecho fuerte y un rostro muy masculino y atractivo. El gris verdoso de los ojos del desconocido clavados en ella la hizo estremecerse por dentro. Un cabello que se enroscaba en las puntas onduladas y de un color como la tierra mojada bajo un día de lluvia, completaba la fisonomía de uno de los hombres más atractivos que había visto jamás.

—Per... Perdón —dijo Elisa, ofreciendo su mano para ayudar a aquel hombre a levantarse.

El desconocido la miró fijamente y por unos segundos juró que había visto una sonrisa en esos labios que captaban ahora toda la atención de Elisa. En cuanto se dio cuenta de que los estaba mirando fijamente, desvió su atención a su propia mano tendida hacia ese hombre que parecía divertido con su proceder. Sabía que no necesitaba que lo ayudasen. Solo había que verle. Era un hombre joven, aunque mayor que su primo Grant, y su cuerpo era todo fibra y músculo, sin un ápice de grasa. Sin embargo, el hecho de haberlo tirado en su prisa por llegar pronto al castillo la hizo actuar de aquella manera.

El desconocido aceptó su mano y Elisa contuvo la respiración. La mano con durezas y de dedos largos alrededor de la suya hizo que su estómago se contrajera. No sabía qué le estaba pasando, pero estaba segura de que aquellas reacciones eran desproporcionadas.

Elisa miró al hombre a los ojos y la intensidad que vio en ellos, dejando de lado cualquier signo de diversión que hubiese visto con anterioridad, la hizo tragar saliva.

Se sintió desnuda en un instante, y a pesar del pudor que debiera haber sentido, todo lo que pudo pensar era en cómo sería tener el cuerpo de aquel hombre desnudo encima del suyo.

Retirando la mano en un gesto demasiado apresurado, sintió sus mejillas arder. Esos

pensamientos no los había tenido con anterioridad, no con esa claridad y esa intensidad. El hecho de que los tuviera en aquel preciso instante y ante ese hombre al que no conocía de nada, presionaron su interior con un atisbo de pánico que amenazaba con convertirse en uno de grandes proporciones. No había experimentado nunca esa sensación y el calor que sintió en su cuerpo parecía controlar su capacidad de hablar de forma coherente.

—¿Así dan la bienvenida a todos los invitados del clan MacLaren? —preguntó el desconocido después de que Elisa pareciera ver cierta desilusión en sus ojos cuando ella retiró su mano.

—Solo en los casos especiales. Es la bienvenida de honor —espetó Elisa.

La risa del hombre sonora y varonil la hicieron desear arrancarle otra nueva carcajada.

—Entonces no me quejo. Soy, después de todo, un privilegiado. Mi nombre es Duncan McPherson —dijo mirándola como si intentase descubrir algo, lo que hizo que Elisa se pusiese nerviosa.

—Elisa Macaren —contestó a su vez—. Lamento haberle tirado en mis prisas por entrar. Me están esperando y ya llego tarde. Iba distraída y ni siquiera lo vi. Espero no haberle causado ningún perjuicio.

El hombre negó con la cabeza y la sonrisa que esgrimió hizo que Elisa reprimiese un gemido. Pero ¿qué demonios le estaba pasando?

—El orgullo un poco magullado, pero nada más. Mis hombres se estarán riendo durante varios días después de que hayan visto como he acabado bañado en barro. Ninguno de ellos consigue derribarme en la lucha y una dama lo hace sin proponérselo. Pero no me quejo. Ha sido un placer inesperado —dijo Duncan antes de hacerse a un lado para que Elisa pudiese seguir su camino—. Me ha dicho que la esperaban, así que no la entretengo más, aunque me cueste verla marchar.

Duncan, jefe del clan McPherson, tuvo que recurrir a toda su disciplina para dejarla pasar. Había tenido que retrasar su llegada un par de días debido a un problema en el extremo norte de las tierras del clan. Una pequeña parte del ganado había desaparecido. Su primera reacción cuando recibió la misiva real fue que aquello era una broma, pero el rey Guillermo no era muy conocido por su sentido del humor, así que, a pesar de no ser el momento oportuno, dejó al mando a Henderson y partió hacia tierras MacLaren. No conocía personalmente al jefe del clan, pero por lo que había oído, se hablaba de un hombre con honor, inteligente y con una reputación digna de tener en cuenta. Lo que no esperaba al llegar allí después de varios días de viaje, con la lluvia lamiendo sus rostros gran parte del camino, fue encontrarse en medio del barro por el empujón de una dama que, más que darle un empujón, le había arrollado. Su primera reacción había sido maldecir y retorcerle el cuello a quien hubiese osado tirarlo, pero cuando levantó la vista y vio a aquella joven de pelo castaño, largo y ondulado y aquellos ojos pardos con espesas y largas pestañas, primero se sintió aturdido y después bloqueado por su mirada, que pedía disculpas a raudales, y aquellas pecas diseminadas sobre el puente de una nariz pequeña y respingona, que lo hicieron desear extender una mano y tocarlas. Cuando la vio ofrecerle su mano para ayudarlo a levantarse, no pudo evitar reírse por lo bajo. No había magullado suficiente el orgullo del guerrero al tirarlo, sino que además tenía que insultarlo, insinuando que necesitaba su ayuda simplemente para levantarse. Tenía veintinueve años, maldita sea, no era un anciano en su lecho de muerte, y sin embargo se vio tentado a tomar esa mano y tirar de ella para que cayera sobre su cuerpo y pudiese sentir lo vivo que estaba.

Elisa..., ese era su nombre y lo saboreó en su boca sin llegar a pronunciarlo. Parecía demasiado joven, pero su mirada directa, segura, le hablaba de una madurez pronunciada.

De repente estar allí no le parecía una broma de mal gusto y una pérdida de tiempo inútil. Una



mirada y unas pecas tenían la culpa.

## CAPÍTULO X

Edine se dio cuenta que Isobel la miraba con el entrecejo fruncido y con cierta preocupación y esgrimió su mejor sonrisa. No quería que estuviese pendiente de ella como lo había estado los dos días anteriores, cuando el dolor de garganta, la cabeza y una fiebre tozuda la habían dejado encadenada a la cama. Había intentado levantarse el día después de la cena, pero apenas había sido capaz de sentarse. Isobel había querido hablar con Grant Maclaren y hablar con la curandera del clan y con quien hiciese falta dada su preocupación, pero Edine le había rogado que no lo hiciera. Así fingió estar mejor de lo que se encontraba y prometió guardar el reposo que su prima le demandaba.

Habían pasado dos días y se encontraba mejor, aunque todavía seguía teniendo algo de fiebre y se sentía agotada. Disimuló ambos síntomas por Isobel y la sacó casi a rastras de la habitación para que estuviera con el resto de los invitados. Edine no quería que la atención se centrara en ella por estar enferma. Desde que había estado sepultada en una cama a punto de morir y aguantando una recuperación que le pareció eterna, no soportaba encontrarse enferma y menos que se hiciera un mundo de ello. Así que mintió a Isobel diciéndole que estaba mucho mejor y bajaron al salón con otras damas invitadas. Su prima, a pesar de su desconfianza inicial, dejó de prestarle tanta atención y entabló conversación con Helen Cameron. La vivacidad Helen y su lengua mordaz hicieron buenas migas con el desparpajo y la vena traviesa de Isobel, y Edine se sorprendió a sí misma en más de una ocasión riendo, a pesar de su malestar general, por los comentarios de ambas que parecían haberse hecho amigas en el escaso tiempo que llevaban sentadas juntas.

No le habían pasado desapercibidas las miradas de varios de los *Highlanders* hacia las dos jóvenes y, al igual que Isobel estaba totalmente centrada en la conversación, ajena a tal hecho, la mirada de Helen se desviaba a menudo, y estaba segura que de manera inconsciente, al jefe del clan Campbell. En el tiempo que llevaba allí, Alec Campbell también había lanzado miradas furtivas en aquella dirección. Sin embargo, en contra de lo que debería haber sido una mirada de anhelo, lo que destilaban los ojos de Campbell cuando miraba a Helen era disgusto y claro rechazo. Edine sintió curiosidad por saber de dónde procedía esa reacción.

Quizá fuese el calor que hacía en el salón o los escalofríos, que en contraposición ella sentía interiormente, pero su estómago se rebeló y supo que debía ir a su habitación si no quería quedar en ridículo delante de todos los que se encontraban allí. Sabía que iba a vomitar todo lo que había tomado. No tenía hambre y la poca comida que había conseguido tragar los días anteriores había sido escasa, así que esa mañana, para que Isobel no se preocupara y creyera que estaba casi recuperada, había comido más de lo que debía. Ahora su cuerpo se lo echaba en cara. Se levantó despacio y se excusó, diciéndole con la mirada a su prima que estaba todo bien al ver su intención de seguirla.

—Ahora vengo. Solo voy un momento a la habitación. He olvidado bajarme algo por si hacía frío.

Isobel la miró algo recelosa, interrumpiendo su conversación con Helen.

—¿Seguro? —preguntó su prima.

Edine miró a Isobel y a Helen, que también estaba pendiente de ella en ese instante.

—Segurísimo. No quiero interrumpir vuestras críticas, pero a ser posible intentar dejar a alguien ileso.

Ambas rieron negando con la cabeza como si eso fuera una misión imposible.

Edine se dio la vuelta con esfuerzo. Había consumido parte de su energía en aparentar que todo estaba bien. Salió lentamente del salón, con paso elegante y firme, hasta que llegó al pasillo y entonces apresuró el paso todo lo que pudo para llegar a su habitación a tiempo de echar fuera todo el desayuno.

\*\*\*

—¿Veo que McDonall no te lo pone nada fácil? —dijo Logan cuando se acercó donde se encontraba Alec.

—¿En qué lo has notado? —preguntó este, cogiendo el antebrazo de Logan y dando una palmada en su espalda en forma de saludo—. Me alegro de verte.

Logan asintió. El sentimiento era mutuo.

—McDonall está acabando con la paciencia de más de uno estos días.

Alec hizo una pequeña mueca ante sus palabras.

—Sé cómo se sienten —dijo entre dientes.

Logan miró al otro lado del salón. Edine seguía sentada allí, al lado de Helen Cameron y su prima. Su palidez se había agudizado y Logan maldijo interiormente por la tardanza de la curandera. Grant le había dicho que ya la había mandado llamar. Con reticencia, volvió a centrarse en su conversación con Campbell.

—No te vi la última vez que estuve con McAlister. Me dijo algo de un compromiso que quieres eludir y que tu tío quiere propiciar como sea.

Alec lo miró serio y con el entrecejo fruncido.

—Creía que la diplomacia era lo tuyo. Es increíble cómo has soltado todo eso a bocajarro. Y no me puedo creer que Evan te lo contara, voy a matarle cuando lo vea.

Evan era el cuñado de Logan y jefe del clan McAlister y por ende uno de los mejores amigos de Alec.

Alec miró a Logan evaluándolo mejor.

—Maldito cabrón. Evan no te lo dijo, ¿verdad?

Logan rio.

—No, fue el padre de la muchacha en cuestión. Parece que le está costando aceptar el hecho de que tu tío se tomara unas atribuciones en tu nombre a las que no tenía derecho. Es una pena, hubiese sido divertido ver cómo pateabas el trasero de tu mejor amigo por eso.

Alec rio fuerte por ello.

—También es tu cuñado.

—Por eso mismo —le dijo Logan con una sonrisa que decía a las claras que valoraba y apreciaba a aquel *Highlander*.

Alec iba a preguntar a Logan por su hermana Megan cuando este último se excusó de forma abrupta y abandonó el salón.

\*\*\*

Logan la había visto levantarse y abandonar la estancia sintiendo que algo andaba mal, y antes de perderla de vista, la siguió. Se dijo a sí mismo que era solo curiosidad, que no le importaba y no era de su incumbencia la salud de Edine MacLeod, sin embargo, un impulso irracional y sin sentido le impulsó a volverse atrás sin cerciorarse antes de que ella estaba bien. Cuando enfiló el pasillo no la vio y eso le hizo acelerar el paso. Maldita sea, era imposible que hubiese podido

desaparecer.

Siguió hacia delante y, antes de llegar a las escaleras que daban acceso a la planta superior, vio una puerta entreabierta al fondo. Esa puerta daba a un pequeño patio que albergaba algunos útiles del castillo y que conectaba con un cuarto en el que se almacenaban telas sin tratar y lana. Al acercarse, el ruido que escuchó desde el interior, un quejido bajo y profundo, lo alarmó. Abrió más la puerta para encontrar a Edine doblada sobre sí misma con la cabeza metida en un cubo que había cerca de la esquina.

Logan no lo pensó. Un caballero le habría dejado la intimidad que necesitaba, pero le preocupaba la estabilidad de Edine y su salud, así que su parte que nunca había sido racional con ella tomó el control. Se acercó lo suficiente como para rodear sus cabellos en una mano y con la otra sujetarla por la cintura y estrecharla contra su cuerpo, para que Edine pudiese apoyarse en él. La sintió ponerse tensa y empujarle para que se apartara hasta que comprendió que no iba a dejarla y la tensión desapareció de pronto, producto sin duda del esfuerzo y del cansancio.

Edine sintió su presencia demasiado tarde. Había sabido que no lograría llegar a su habitación desde que salió del salón y su estómago la amenazó seriamente de camino a las escaleras. Así que, cuando vio aquella puerta abierta, el pequeño patio y el cubo, no lo dudó. El aire frío la despejó lo suficiente como para alejar el mareo que la había acompañado desde que se había puesto en pie.

Después de vaciar su estómago, los espasmos siguieron, obligándola a apoyar una mano contra la pared, miedosa a caer de rodillas al suelo cuando las piernas temblorosas perdieran la batalla contra su voluntad. Y ese fue el instante en el que lo sintió. Se dio cuenta de que sus cabellos eran retirados de su rostro, y de que un brazo fuerte la estrechaba de manera férrea contra el cuerpo del último hombre que quería que la viera en ese estado. Porque el pánico de sentir al hombre contra ella solo duró dos segundos, el tiempo suficiente para comprender que esa mano, la que tocaba en ese instante intentando que la soltara, el brazo que la sujetaba de forma firme y el cuerpo que se pegaba a ella y que la rodeaba como si quisiese protegerla, eran los de Logan McGregor. Dejó de luchar. Estaba demasiado cansada y su cuerpo demasiado exhausto para rehusar su ayuda. Por unos instantes cerró los ojos y se apoyó en Logan. En su seguridad, en su fuerza, en su vena protectora que siempre había amado.

Estuvieron así lo que a Edine le pareció una eternidad y, cuando parecía que los espasmos le habían dado una tregua, Logan la ayudó a enderezarse para luego mirarla con una expresión que parecía indiferente e incluso fría. Edine quiso deshacerse de la cercanía de Logan. Lo intentó con las pocas fuerzas que le quedaban, apoyando una mano contra su pecho y ejerciendo la suficiente presión como para que McGregor supiese que quería que la soltara. Pero él no la soltó. En vez de eso, Logan le pasó un extremo de su *feileadh mor* por la frente perlada de sudor intentando reconfortarla, provocando en ella un quejido que murió en su garganta antes de salir. Se obligó a ello. No había esperado sentir de nuevo la ternura de Logan, esa faceta que McGregor se esforzaba en ocultar al resto del mundo y que a ella le había mostrado cuando lo eran todo el uno para el otro. Logan parecía siempre tan controlado, tan racional, tan templado, incluso frío, que cuando la trataba con extrema delicadeza, cuando dejaba entrever su dulzura y ese sentimiento de protección que nacía de manera natural en su interior, avivaba sus recuerdos y eso dolía con la misma intensidad con la que lo anhelaba.

Edine bajó la mirada porque aquella situación no podía ser más mortificante, y más cuando Logan puso su mano en la mejilla y la obligó a mirarlo.

—Tranquila. Te llevaré a la habitación. Ya he mandado llamar a la curandera del clan. Es

prima de Grant y será discreta, pero, maldita sea, Edine, ¿por qué no dijiste que te encontrabas tan mal? —preguntó claramente enojado.

Edine concentró todas sus fuerzas en mirarlo. Solo por unos segundos creyó leer una sincera preocupación en ellos, pero sabía que lo había imaginado cuando la frialdad retornó a los ojos al centrarse en ella.

—No me estoy muriendo. No te hagas ilusiones —dijo Edine mirándolo con cara de fastidio.

Logan sonrió muy a su pesar.

—Y no te rías, esto ya es suficientemente humillante —continuó Edine antes de agarrarse más a Logan—. Y, por favor, no te muevas tanto o vomitaré otra vez y lo haré encima tuya.

Logan la tomó en brazos a pesar de las protestas de Edine.

—Esa no es una idea que me emocione, así que intenta controlarte.

Logan intentó moverla lo menos posible. Le preocupaba su extrema palidez y los pequeños temblores que sentía recorrer su cuerpo.

Edine apoyó la cabeza en el pecho de McGregor, bajo su barbilla, y Logan recordó lo que era tenerla entre sus brazos.

—Creo que puedes bajarme. Puedo andar. Ya estoy mejor —dijo Edine, que empezó a inquietarse cuando Logan ni siquiera contestó a sus palabras—. Logan, bájame, esto es embarazoso e indecoroso si alguien nos ve —continuó con un tono de voz más firme.

Nada. Logan se hacía el sordo y Edine supo que tenía que hacer algo si quería llamar su atención. Sabía que aquello era una chiquillada, pero con toda premeditación intentó retorcer la piel del brazo de Logan en un pellizco. Los músculos bien definidos de sus brazos lo impidieron. Eso la sacó de sus casillas, así que probó en su clavícula, cerca de su cuello.

—¡Ay, maldita sea! ¿Qué haces? —preguntó Logan, parando cuando terminó de subir las escaleras y antes de enfilar el pasillo que conducía a las habitaciones—. ¿Eso ha sido un pellizco? ¿De veras, Edine? —preguntó divertido.

—No me estabas haciendo caso y lo vi oportuno. Bájame, puedo andar. No soy ninguna desvalida.

Logan la miró alzando una ceja.

—Hace un momento no podías ni mantenerte en pie. Estás enferma y tienes algo de fiebre y la tez más pálida que he visto en mi vida. Y créeme, he visto cadáveres con mejor cara que tú en este instante.

—¡Ahh! Dios, eso ha sido ruin hasta para ti.

Logan retomó el paso con ella en brazos.

—Años de práctica. ¿Cuál es tu habitación?

—La del fondo.

Edine dejó de intentar que Logan entrara en razón. Al final la llevaría hasta allí.

Cuando se acercaron, la puerta estaba abierta.

Logan la dejó en el suelo antes de entrar. Grant y Elisa, que estaban dentro esperando encontrar a Edine, los miraron. MacLaren lo hizo con un interrogante en el rostro que fue bastante evidente para Logan. El tenso silencio se rompió cuando Elisa se acercó a Edine y la ayudó a llegar hasta la cama.

—Creo que nosotros esperaremos fuera, Elisa.

Su prima asintió antes de volverse nuevamente a Edine.

—¿Logan? —preguntó Grant cuando vio que su amigo miraba fijamente a Edine sin hacer el gesto de salir con él. Vio los ojos de Edine sobre Logan antes de desviarlos a Elisa, y ya no había

nada que lo convenciese de lo contrario. Había algo entre ellos.

Volvió a mirar a McGregor, que apretó la mandíbula antes de desviar sus ojos de aquella mujer y salir de la habitación.

## CAPÍTULO XI

Elisa les dijo una hora después que había dejado a Edine descansando. Que le había dado una infusión de hierbas para asentar su estómago y que lo demás no era grave. Solo un enfriamiento debido a su viaje bajo la lluvia. Les contó lo que Edine le había dicho. Que hizo el tramo final de su trayecto hasta allí con la ropa mojada y sin una capa adecuada, ya que la suya se la había dado a Isobel para que estuviese bien abrigada.

Logan maldijo en silencio ante tal negligencia con su propia salud.

Elisa también les informó de que Edine apenas tenía fiebre, pero que necesitaba más descanso. Había salido demasiado pronto de la cama y eso había dificultado su pronta recuperación. Terminó prometiendo que pasaría a verla más tarde.

Elisa dejó para sí el hecho de que aquella mujer la había sorprendido gratamente. Aun habiendo conversado brevemente con ella fue suficiente para entrever parte de la personalidad de Edine MacLeod, una mujer fuerte y sumamente amable.

Cuando Elisa se retiró prometiendo volver aquella misma noche, Grant se volvió hacia Logan, que parecía estar controlando su mal humor.

—No voy a pedirte que me cuentes nada porque me ha quedado más que claro que lo que sea que te haya sucedido con Edine MacLeod es importante y te afecta, pero no me mientas y me digas que no hay nada entre vosotros. En todos estos años siempre has sido letal amigo. Racional, frío, disciplinado y un verdadero cabrón dominando tus sentimientos, hay incluso quien piensa que careces de ellos. Yo no..., por supuesto —dijo Grant cuando vio el entrecejo fruncido de Logan—, y, sin embargo —continuó MacLaren mirando fijamente a su amigo— jamás te he visto ni siquiera pestañear, aunque algo te estuviese matando por dentro. Y para mi total asombro, en dos días he visto como todo eso se iba a la mierda. ¿Y sabes qué? En todas esas situaciones estabas con ella o estaban relacionadas con ella.

Logan se apoyó en el borde de la mesa que había junto a la ventana. Habían ido a una de las habitaciones de la planta baja que Grant utilizaba para los documentos y la llevanza de las cuentas. Era normal que se tuviese una persona instruida para tal trabajo, pero en el caso de Grant, lo hacía él mismo.

—No es algo de lo que me apetezca hablar, Grant. Pasó hace tiempo.

MacLaren, que tenía los brazos cruzados sobre su pecho, se deshizo de esa postura para tocar con dos dedos el puente de su nariz antes de hablar.

—A lo mejor el problema es ese. Que no hablas del tema y en su lugar maldices en bajo y cometes descuidos.

Logan miró a Grant, que a su vez esperaba una explicación suya. Una que jamás había dado con anterioridad. Sí, quizá desde que vio a Edine había estado más distraído, pero jamás hasta el extremo de cometer descuidos y menos cuando parte de su misión era ayudar a Grant y velar porque dicha reunión se desarrollara con seguridad.

—Estábamos comprometidos en secreto cuando tuve que ir por primera vez a la corte y cuando volví, me encontré que en mi ausencia había aceptado desposarse con otra persona. Solo me dejó unas líneas diciendo que era lo mejor para su clan. Ni una despedida, ni una explicación.

Al parecer teníamos diferentes opiniones sobre lo fuerte que era nuestra promesa y lo que significábamos el uno para el otro.

Grant se quedó sin palabras en ese instante. Jamás había visto a Logan con esa expresión de dolor en los ojos y ese duro tono de voz.

—Pero eso ya ha quedado atrás. Ten por seguro que no cometo descuidos. Lo sabes — sentenció Logan, dando por terminada la explicación, haciendo saber a Grant que no pensaba abrir más esa caja de Pandora.

Maclaren se fijó en la expresión de su amigo. Él no estaba tan seguro de que hubiese dejado esa historia en el pasado, ni Logan ni Edine MacLeod. No después de las miradas que ambos se habían profesado. Había furia, preocupación, rabia, deseo... Todo eso no podía calificarse de nada.

—Lo siento. Si hay algo que yo pueda hacer, solo tienes que decirlo. Mientras tanto — continuó Grant cambiando de tema— creo que estaría bien ese entrenamiento que te comenté. La lucha siempre ha sido una buena forma de despejar problemas y así podré machacar a McDonall. Ese hombre es peor que un dolor de muelas.

Logan sonrió antes de asentir y seguir a Grant al exterior. Quizá lo que necesitase fuese exactamente eso.

\*\*\*

Casi todos los guerreros, en total unos diez, incluidos Grant y Logan, estuvieron más que ansiosos por participar en ese entrenamiento.

Logan temió que aquella idea de Grant, que en principio le había parecido una forma de aliviar las tensiones entre los distintos clanes de forma segura, acabara siendo un baño de sangre, sobre todo cuando McDonall intentó arrancarle la cabeza a Campbell con la espada en un movimiento agresivo, inesperado y desproporcionado, que Alec logró esquivar bloqueando el ataque con su espada y contraatacando lo suficiente como para partirle la ceja a McDonall que, con un gruñido salido del infierno, volvió a la carga.

Al final de la tarde, McDonall tenía además de la ceja herida, dos dedos hinchados y la nariz sangrando. La nariz y los dedos fueron un regalo de Grant que, en su enfrentamiento con él, dejó claro que no iba a permitir más trasgresiones dentro de sus tierras. Campbell acabó con varios cortes leves, y un ojo morado. Daroch, que tuvo la fortuna de probar la espada con Logan, acabó con el costado lleno de moratones y el labio partido y McPherson, que había llegado esa misma mañana y al que Logan se alegró de volver a ver, terminó con un buen corte en el brazo cuando intentó mediar entre McDonall y Campbell por un movimiento sucio del primero. Ese fue el detonante que hizo que Grant desafiara a McDonall y lo rematara, dejándole para el arrastre.

Tras terminar, si bien era cierto que los celos y los enfrentamientos seguían siendo los mismos, las ganas de pelea habían mermado y el trabajo para Elisa aumentado.

Logan dio un largo paseo y se dio un baño en las gélidas aguas del río que cruzaba las tierras MacLaren y que estaba más alejado que el lago al que había acudido desde que estaba allí. Necesitaba despejarse y enfriar partes de su cuerpo que habían estado más que activas desde que vio a Edine el primer día. Su anatomía parecía ser ajena a todo lo que había sucedido entre ellos y seguía reaccionando a su mirada, a su cuerpo y a sus ojos y a ese hermoso cabello rojo que lo encendía como el fuego.

Hacía demasiado tiempo que había tocado su piel, la había besado y adorado con cada centímetro de su cuerpo y sin embargo, en su memoria, era ayer cuando saboreaba el dulce aroma a flores de su cuello y el sabor dulce de sus labios. Hacía solo un instante, cuando se había



olvidado de todo enterrándose en su carne, amándola con todo su ser y dándole hasta la última gota de su alma.

Tan seguros de su amor y de sus promesas habían estado que se habían entregado el uno al otro solo a falta de proclamar públicamente el compromiso. Ambos sabían que el enlace no iba a ser fácil. Ambos clanes no eran aliados, pero tampoco enemigos acérrimos. Tenían distintos intereses y distintas lealtades hacia otros clanes. Eso era lo que los separaba y creaba una cierta enemistad entre ellos, pero Logan había confiado en convencer al padre de Edine, y más con el apoyo de su propio padre. Y así habría sido si él no hubiese tenido que ir a la corte y a su regreso se hubiese encontrado con las manos vacías. ¡Qué idiota había sido!

Logan intentó alejar esos recuerdos. Estaban vívidos y no le servían de nada. Solo para alimentar un sentimiento que era de todo menos efectivo. La furia nublaba su capacidad para permanecer impasible, su poder de observación, su templanza y su frialdad. Cualidades necesarias para poder actuar acertadamente, tanto en la vida cotidiana como en cada una de las misiones que el Rey le había encomendado últimamente.

Vio el castillo a lo lejos y, más relajado, observó la escasa luz que se escapaba por el horizonte y marcaba la hora de la cena. Cuando entró, se acercó a ver a Grant e interesarse por si Elisa había vuelto a ver a Edine para saber cómo se encontraba. Sintió que podía estrangularla cuando Grant le dijo que Elisa la había visto mucho más recuperada y que le había aconsejado seguir en cama hasta el día siguiente, cosa que Edine no pensaba hacer, según sus propias palabras, puesto que decía haber desatendido su deber como acompañante de Isobel.

—Como si la chiquilla fuese tímida o le hiciese falta ayuda para defenderse —dijo Grant, molesto, refiriéndose a Isobel.

A Logan no le pasó desapercibida la mueca que hizo MacLaren al hablar de ella. No le había dicho nada a su amigo, pero sabía que la prima de Edine no le era indiferente y que parte del enojo de Grant era debido a que le gustaba demasiado la joven MacLeod.

—Tu preocúpate por no caer de rodillas ante ella. Soy tu amigo y confío en tu palabra, pero yo no lo tendría tan claro —dijo Logan refiriéndose a la frase que Isobel le dirigió a Grant cuando discutieron y que MacLaren le había relatado con posterioridad, divertido por la osadía de la joven.

Grant cambió de color cuando con esas palabras Logan insinuó que al final su amigo caería preso de un sentimiento distinto a los que tan profusamente expresaba en cuanto a Isobel. Uno que haría que se arrastrase por conseguir su afecto.

—Está claro que el baño que te has dado no te ha sentado nada bien. Te ha afectado la inteligencia y te ha dejado idiota.

La sonrisa de Logan y su mirada, esa que decía «yo sé algo que tú no y también puedo ver cómo va a terminar esto», y que Grant le había visto utilizar demasiadas veces como para dudar de su fiabilidad y acierto, le hizo tragar saliva.

—Déjate de sandeces, Logan. No sabes una mierda.

—Si tú lo dices... —respondió McGregor mientras salía de la habitación con la idea de cerciorarse de que cierta dama no saliera de la cama hasta que Elisa lo dijera.

—No tiene gracia, Logan. Retíralo. Vamos, Logan... sabes que no tienes razón. ¿Logan?

Grant maldijo cuando Logan desapareció sin contestarle y con una sonrisa aún más amplia en los labios.

\*\*\*

Edine no esperó obtener resistencia tan pronto. Acababa de salir de la habitación cuando su prima se acercó por el pasillo en dirección a ella.

—¿Qué estás haciendo levantada y fuera de la cama? ¿Es que no oíste lo que dijo Elisa? Debes descansar hasta mañana.

Edine la escuchó pacientemente mientras Isobel fruncía el entrecejo y movía las manos al compás de su diatriba.

—Estoy bien. Lo juro —contestó Edine con una sonrisa.

Isobel hizo una mueca de frustración.

—No tiene gracia. Podías empeorar nuevamente y entonces ¿qué?

—Pues que podrías estrenar tu vestido verde para mi funeral —dijo Edine sabiendo que se había pasado cuando su prima se llevó una mano al pecho y sus labios formaron una o perfecta.

—De acuerdo, lo siento, pero es que no es para tanto. No tengo fiebre, no siento náuseas. No estoy mareada y, por Dios, que como pase más tiempo en esa cama me voy a volver loca. Y además, tú estás sola.

Isobel soltó un gruñido antes de hablar. Estaba muy graciosa con la cara de profunda indignación. Sus mejillas se habían coloreado hasta tal punto que parecían más rojas que el pelo de Edine.

—No te atrevas a utilizarme de excusa. Y si te aburres, te aguantas. Y no estoy sola. Este castillo está lleno de gente. Algún indeseable, pero llena, y Helen Cameron está siendo muy considerada y amable. Me ha presentado a las damas que me faltaban por conocer y hay algunas que parecen adorables.

—Adorables son los gatitos, Isobel.

Edine vio la cara de sorpresa de su prima.

—Lo estás haciendo adrede, ¿verdad? Porque esta conversación no tiene ni pies ni cabeza. Y no intentes liarne.

Edine ya veía que podría convencer a su prima cuando vio a Logan acercarse hasta ellas, y su expresión era de todo menos bondadosa.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces fuera de la cama?

Logan la miraba con furia contenida y Edine apretó los dientes para no soltar aquello que se le vino a la cabeza en primer lugar, y que tenía que ver con mandarlo a un sitio que se supone que una dama no debe nunca nombrar.

—Eh, no hable así a mi prima —dijo Isobel dándose la vuelta, enfrentándose a un Logan que evidentemente no estaba contento con la actitud de Edine.

Logan la ignoró sin proponérselo. Tanto Edine como él mismo solo parecían verse el uno al otro, dejando de lado todo lo demás.

—Estoy mucho mejor, lo suficiente como para bajar a cenar. Además, esto no es de tu incumbencia, Logan.

Isobel se volvió hacia su prima levantando una ceja.

—Eh, Edine, que McGregor te ayudó antes, cuando estabas mareada, y solo se preocupa por tu bienestar, ¿verdad? —preguntó esto último mirando nuevamente a Logan.

Seguían ignorando a Isobel, que resopló de forma poco femenina ante tal afrenta, cuando Logan respondió a Edine sin ni siquiera mirarla a ella.

—Quizá no sea de mi incumbencia, pero no voy a permitir que vuelvas a poner en peligro tu

salud. No sería bueno para esta reunión que Grant tuviese que explicar por qué enfermaste gravemente bajo su responsabilidad. Así que o te metes en la cama ya o te meto yo. Tú decides.

Isobel miró de nuevo con el cejo fruncido a Logan antes de hablar. Esto era el colmo.

—Eh, que no le hable así a mi prima ¿o es que está sordo? —exclamó más fuerte.

Edine miró a Logan perdiendo la paciencia antes de hablarle.

—Conmigo no funcionan las amenazas, ni siquiera las que dicen esgrimirse por mi propio bien. Así que deja de ser un bruto cabezota y déjame pasar.

Isobel estaba a punto de tirarse de los pelos, cuando se volvió de nuevo hacia su prima al escuchar sus últimas palabras.

—Vamos a ver Edine, que será un bruto y un... un cabezota, pero tiene razón. Debes irte a la cama. ¡Y dejad de ignorarme los dos, que estoy aquí! —exclamó Isobel claramente enfadada y con un grito lo suficientemente alto como para que la escucharan desde Inglaterra.

Ambos la miraron a la vez para después volver a mirarse entre ellos retándose mutuamente para ver quién se salía con la suya.

Isobel estaba mordiéndose la lengua para no estallar nuevamente cuando supo que así no conseguirían nada con Edine. Solo había una forma. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

—Hazlo por mí, por favor —le pidió Isobel mirándola preocupada y con el labio temblando.

Cuando vio un pequeño titubeo en su mirada, supo que lo había conseguido. El labio y la mirada de pena nunca fallaban.

—Está bien. Lo haré por ti —dijo Edine dirigiéndose a Isobel mientras miraba a Logan, antes de darse la vuelta y volver a la habitación. Isobel la siguió, no sin antes mirar a McGregor. Lo que observó en su mirada solo un instante antes de que esta adquiriera la frialdad de un bloque de hielo, la dejó sin palabras. Había, bajo toda esa furia, una agónica preocupación. Logan todavía sentía algo por Edine.

## CAPÍTULO XII

Si Edine pensaba que las cosas después de aquello iban a ser más sencillas, se equivocó totalmente, sobre todo cuando al día siguiente, al bajar con Isobel, vio a una nueva invitada. Hacía cuatro años que no la veía, cuatro años en los que había tenido tiempo de pensar en el porqué de su traición, en por qué su propia sangre la odiaba hasta tal extremo de partírla la vida en dos.

Su hermana Lesi McEwen hablaba con familiaridad con Esther Davidson. Estaba claro que se conocían de antes, y aquello no hacía sino incrementar su agonía. Esther Davidson era una mujer muy bella y casi todos los *Highlanders* allí reunidos habían mostrado algún tipo de interés. Sin embargo, Edine desconfiaba de ella. La había visto lanzar algún que otro comentario velado e hiriente a otras de las invitadas más tímidas o menos agraciadas y se había ganado su antipatía. Si Edine había algo que no soportaba era a las personas que pensaban que podían dañar a otras por el simple placer de poder hacerlo, las que se sentían superiores y querían demostrarlo a base de avasallar y dañar a otros. La injusticia hacía sacar lo peor de Edine y Esther Davidson estaba haciendo méritos para que ella estallara. Eso, unido al constante interés de Esther en Logan, hacía que quisiera estrangular a la dama en cuestión. Aunque eso lo tenía superado, se dijo interiormente. Lo que no tenía superado era ver a Lesi después de todo lo que había pasado.

Su expresión tuvo que cambiar porque Isobel la tomó por el brazo parándola de golpe.

—Quizás no haya sido buena idea que bajaras, te has puesto blanca de nuevo. ¿Estás mareada? ¿Voy a buscar a Elisa? —le preguntó su prima con cara de preocupación.

Edine la miró con tranquilidad y esbozó una pequeña sonrisa.

—No es por lo que crees. Acabo de ver a una nueva invitada y es Lesi.

Isobel la miraba con cara de no entender nada.

—¿Lesi? ¿Qué Lesi? —Entonces los ojos de su prima se abrieron como platos—. ¿Tu hermana Lesi? ¿La que no me has contado qué te hizo exactamente, pero que te traicionó de la peor de las maneras y a la que odiamos por ello? ¿A la que pienso estrangular en cuanto le ponga las manos encima? ¿Esa Lesi?

Edine no pudo menos que volver a sonreír cuando Isobel hizo su fervoroso discurso.

—Esa misma, pero tendrás que ponerte a la cola. Primero la estrangulo yo. Y encima está hablando con Esther Davidson. Creo que se conocen.

Isobel hizo un bufido poco femenino.

—No me extraña, las alimañas se reconocen entre ellas.

Edine hizo una mueca e Isobel soltó una risilla.

—Vale, ahora vamos a cruzarnos con ellas. En algún momento hay que hacerlo y no vamos a postergarlo. Lo que quiero es que pongas tu mejor sonrisa y seas toda amabilidad.

Isobel negó con la cabeza antes de hablar.

—Todavía tienes fiebre si crees que soy capaz de hacer eso.

Isobel la miró alzando las cejas cuando Edine la miró reprendiendo esa actitud.

—¿Qué! Esas dos juntas son peor que las siete plagas de Egipto —Isobel supo que tenía que explicarse cuando vio la expresión de Edine—. El padre Ezequiel es muy estricto en cuanto al conocimiento de las sagradas escrituras.

—Te lo voy a decir de otra manera. Si vas ahí y ven tu malestar, Esther disfrutará y mi hermana sabrá que todavía tiene poder sobre mí para hacerme daño, así que si yo puedo, tú puedes.

Isobel la miró con admiración y reconoció a su pesar que tenía que hacerlo. Negarle a su prima lo que le pedía, no beneficiaría a Edine y sería egoísta.

—Sabes que te quiero mucho ¿verdad? Estoy orgullosa de que seas mi hermana mayor, porque esa bruja perdió su derecho y ahora lo tengo yo. Así que haré lo que me pides, no puedo negarme. Si hace falta me morderé la lengua y pondré mi mejor sonrisa.

Edine la miró con todo el cariño que le profesaba. Ella pensaba lo mismo y sentía igual, que Isobel era su hermana, esa hermana que creyó tener una vez, pero que resultó ser una mentira.

Edine e Isobel se dirigieron hacia la entrada. Antes de llegar a su altura, la voz de su hermana, apenas audible en un susurro de sorpresa, estrangulado y casi irreconocible, hizo que ambas miraran en su dirección.

—¿Edine? —preguntó Lesi sorprendida y conmovida de verla allí.

—¿Os conocéis? —preguntó también sorprendida Esther.

Edine se acercó con Isobel a su lado, y cuando llegó junto a su hermana inclinó la cabeza en señal de saludo. Sintió a Lesi tensarse cuando estuvo a escasos metros de ella, como si el mero hecho de que estuviera cerca le diese asco. Sí, era posible que sintiese eso por ella, porque su odio quedó claro en el pergamino que le mandó hacía más de tres años. No le bastó traicionarla, sino que después tuvo que contarle la magnitud de su traición y de lo mucho que lo había disfrutado, como si su venganza no fuese completa hasta que ella lo supiera y fuera consciente de su éxito. Y así había sido. Edine no hubiese sabido nunca cómo era en realidad su hermana, todo lo que había hecho para dañarla si no hubiese sido por aquellas líneas escritas.

—Hace mucho tiempo, Lesi —dijo Edine con frialdad.

Esa frialdad, esa falta de reacción le dolía a pesar de todo lo que había pasado porque una pequeña parte de ella quería reconocer en aquella mujer que tenía delante a su hermana, a la niña que había crecido con ella y a la que había querido y protegido. Lesi era dos años menor que ella y, aunque la diferencia era poca, Edine siempre la defendió del mal humor de su padre, de su violencia y de la indiferencia de la madre de ambas. Intentando siempre protegerla de todo aquello, que dolía y mucho, y que siempre disimuló y disfrazó por Lesi.

Sin embargo, no podía perdonarla. Lo había intentado, pero después de lo que hizo, después de provocar casi su muerte y la de lo más preciado para ella, después de conseguir que Logan desapareciera de su vida, de ponerla a merced de la furia y la violencia de su padre, del destierro, del dolor. No, no podía olvidarlo. Ella mató muchas cosas en la vida de Edine. Entre ellas, el amor por su familia y su hermana.

—Somos hermanas —dijo Edine mirando a Esther.

Vio la confusión de esta a la vez que miraba a Lesi y a ella alternativamente, como si todavía no lo creyera. Sabía que las diferencias entre ambas eran grandes. No se parecían en nada. Edine era pelirroja, con los ojos verdes, alta y esbelta. Lesi tenía el pelo castaño claro y sus ojos eran de color marrón. Mucho más baja que Edine y con más curvas.

—No sabía que ibas a venir —dijo por fin Lesi, que hasta ese momento parecía incapaz de articular una palabra, recelosa por la reacción de Edine al verla. Vio el miedo en sus ojos al observarla como si estuviese esperando el estallido por parte de su hermana, la condena por todo lo que le había hecho.

—Ni yo tampoco que ibas a venir tú —contestó Edine.

Y entonces Isobel no pudo morderse la lengua.

—A veces vivir en la ignorancia es una bendición.

La cara de Lesi y Esther era todo un poema.

Edine miró a Isobel y, esta cuando vio la reprimenda en su mirada, esbozó rápidamente la sonrisa más forzada que jamás se hubiese visto.

Edine se quedó mirándola fijamente, con claro gesto de «¿en serio?» antes de continuar con la pequeña farsa.

—Lesi, te presento a nuestra prima Isobel, hija de nuestra tía Nerys.

Isobel enarcó una ceja en dirección a Edine cuando escuchó su presentación diciendo claramente «¿en serio tú también?».

—Encantada de conocerte —dijo Lesi, a lo que Isobel respondió con un gesto con la cabeza y el gruñido de un perro rabioso con afonía.

Ni muerta le decía a esa que también se alegraba de conocerla, se dijo Isobel, que no dejó la sonrisa en ningún momento. Estaba haciendo un gran esfuerzo. Edine no podía exigirle nada más, ¿verdad? Suficiente que no le había arrancado la cabeza a esa sanguijuela de Lesi McEwen.

Edine vio la mirada especulativa de Esther evaluando y sacando la acertada conclusión de que entre las hermanas no había una buena relación. El silencio se hizo tenso hasta que pareció quebrarse y volverse incómodo.

—Nos veremos más tarde, sin duda. Isobel y yo vamos a dar un paseo. Si nos disculpan —dijo Edine despidiéndose de ellas y encaminándose con Isobel hacia la puerta principal del castillo.

—¿Vamos a dar un paseo? Creía que íbamos a sentarnos un rato. Todavía no estás bien.

Edine aceleró el paso.

—Créeme, estoy bien y necesito salir, necesito sentir el aire fresco. Aquí no puedo respirar.

—Está bien, está bien, vamos fuera —se apresuró a contestar Isobel cuando vio la cara de su prima—, pero espérame un momento. Subiré por algo para abrigarnos. Hace un poco de frío.

—Te esperaré en los establos —contestó Edine, que no quería seguir allí dentro ni un momento más—. Hace dos días que no veo a Radge.

Isobel la miró viendo en los ojos de Edine cierta preocupación.

—Radge está bien. Sabes que Thorne no dejaría que le pasase nada.

Thorne, uno de los hombres de confianza de su cuñado Thane, se había quedado con ellas, y aunque había respetado la intimidad de ambas para que pudieran integrarse bien entre todos los asistentes a la reunión, siempre estaba pendiente. Sino encontrándose en la misma sala, merodeando por los alrededores, hasta que Edine habló con él. No había ningún peligro allí y el hecho de que estuviese tan cerca de ellas mandaba el mensaje de que no confiaban en Grant McPherson para la salvaguarda de sus invitados.

—Efectivamente, no confío. No lo conozco de nada —le había dicho a Edine con cara de no admitir réplica alguna.

—Thorne, no queremos iniciar una guerra, más bien, salir ilesos de estos días y volver a casa así que, por favor, yo prometo no ir a ningún lado sin decírtelo y tú prometes alejarte un poco para que podamos respirar, ¿vale?

Thorne había asentido porque sabía que Edine no le ofrecería nada mejor, y aquella mujer era de armas tomar, así que, aunque estaba cerca, cuando ellas no salían del castillo iba a ayudar a los hombres del pueblo con la reconstrucción de algunas casas que habían sufrido daños por las lluvias semanas atrás. Se había ofrecido cuando vio en uno de sus paseos los estragos hechos por las tormentas recientes y, aunque reticentes, los hombres aceptaron su ayuda cuando vieron dos

pares de brazos fuertes. Era más que evidente que las gentes del clan MacLaren, a pesar de su buena disposición, no estaban felices de tener a todos aquellos foráneos allí. No todos eran iguales, pero algunos de los *Highlanders*, incluso de las damas no habían tratado con la consideración adecuada a los MacLaren. Grant había dejado claro que no iba a permitir ninguna trasgresión, ninguna falta de respeto hacia su gente, hacia su clan, pero había formas veladas para quebrantar la buena educación sin llegar a ser insultante y unos cuantos de los que estaban allí eran verdaderos artistas en ello.

Edine dejó de pensar en Thorne y en lo que le había dicho Isobel en cuanto entró en el establo después de cruzar el patio. El día estaba nublado y unas nubes hacían presagiar lluvia, sin embargo el ambiente no era tan frío como había imaginado, y el sentir el aire limpio después de dos días de encierro había inundado sus sentidos con apabullante necesidad.

Miró al fondo, donde estaba Radge. Parecía algo nervioso. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, este se movió rápido, inclinando el cuello y buscando el contacto de su mano.

—Hola, corazón, ¿Cómo estás? Nervioso, ¿eh? No te preocupes, mañana tú y yo saldremos a dar un paseo.

Radge parecía entender a Edine, que al decir las últimas palabras recibió en compensación un cariñoso achuchón extra del mismo.

—Yo también te quiero, grandullón.

—Es un caballo precioso.

Edine se volvió rápido cuando la voz suave y aniñada resonó a sus espaldas. Había creído estar sola, pero cuando se volvió, un par de ojos enormes la miraban tímidamente.

—Sí que lo es, pero yo no soy objetiva. No puedo, me tiene ganado el corazón.

El dueño de esos ojos, un niño que no alcanzaría los diez años, esbozó una verdadera sonrisa.

—No me extraña, señora. Es uno de los caballos más bonitos que he visto nunca.

Radge lanzó un relincho.

—Radge te da las gracias.

El pequeño soltó una carcajada.

—Pero no nos han presentado. ¿A quién tengo el honor de conocer? —preguntó Edine.

El niño se ruborizó de pronto, evidenciando su timidez. Edine decidió presentarse ella primero para hacer que el pequeño dejara de sentirse tan cohibido.

—Edine MacLeod —continuó, esperando que el niño se animara a decirle su nombre.

Las mejillas del pequeño se colorearon aún más, mientras sus pies parecían no poder permanecer quietos.

—Ed Daroch

Edine sonrió.

—Encantada, Ed Daroch. Imagino que te gustan los caballos por lo que acabas de decirme y que sabes mucho de ellos —continuó Edine.

—No, señora. No sé mucho, pero sí que me gustan y soy el que me encargo de limpiarlos y estar pendiente de ellos. El Laird Daroch me ha traído para eso.

Edine pensó en el jefe del clan Daroch. Ese hombre no le gustaba. Su furia incontrolable y su falta de respeto eran sus cualidades más destacables, por lo menos las que ella había podido observar desde su llegada.

—Bueno Ed, ese es un trabajo de responsabilidad. Está claro que confían mucho en ti.

Edine vio cómo el chico volvía a ponerse rojo y se le hinchaba el pecho de orgullo por las palabras que había escuchado de labios de ella.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó convencida de que era muy joven.

—Siete, señora.

Ahí estaba, tenía razón, pero para sus siete años el chico era muy espabilado y un cielo.

—¿Le echarás un vistazo a Radge de mi parte cuando no pueda estar con él?

—Por supuesto, señora. Será un honor.

—Muchas gracias, Ed. Es muy amable por tu parte.

El chico asintió antes de volverse y marcharse a toda prisa. Edine no pudo evitar sonreír. Le caía muy bien Ed.

Cuando se giró para salir, otro caballo le dio un suave golpe en el hombro con la quijada.

Edine se volvió y una triste sonrisa acudió a sus labios.

—Hola, Bribón —saludó mientras le tocaba entre las orejas y le acariciaba lentamente—. Pensé que ya no te acordarías de mí, hace mucho tiempo —continuó Edine mientras le miraba a los ojos. El pelaje negro con una mancha blanca entre ellos le hacía inconfundible—. Te he echado de menos.

—Él también. Siempre tuvo debilidad por ti.

Edine dio un salto cuando la voz de Logan resonó fuerte detrás de ella.



## CAPÍTULO XIII

Deberían dejar de hacerle eso si no querían que muriese de un susto.

La mirada de Logan se clavó en ella con tal intensidad que la hizo sentir vulnerable, algo que solo le provocaba él y que hacía que sus mejillas se ruborizaran de una forma poco discreta.

—Deberías estar descansando. No debes hacer excesos —continuó Logan con el entrecejo fruncido.

Edine volvió la vista a Bribón, que seguía requiriendo su atención.

—Estoy bien, te lo aseguro. Y tenía que salir de esa casa. Me iba a volver loca —Edine tragó saliva antes de decir las siguientes palabras—. No pude agradecerte lo que hiciste por mí. Así que gracias.

Logan esbozó una sonrisa, que esta vez sí llegó a sus ojos.

—Te ha costado decirlo, ¿verdad? —le dijo, más afirmando que preguntando.

Edine le miró y sonrió también.

—No sabes cuánto. Ha dolido.

La carcajada de Logan resonó en sus oídos. Ese sonido... Se le quedó mirando fijamente antes de intentar tragar el nudo que se había formado en su garganta. Aquella escena se parecía tanto a las que habían compartido mucho tiempo atrás, que por unos instantes pensó que todo lo que había pasado entre ellos había sido un mal sueño.

Edine tosió un poco antes de romper el incómodo silencio que se había instalado entre los dos después de su risa. Logan la seguía mirando con esa intensidad tan propia de él, como si estuviese intentado leer en ella. Y era tan condenadamente bueno haciendo eso que pocos podían resistírsele antes de soltar la lengua sin entender después siquiera cómo había ocurrido.

—Elisa me ha estado contando que ayer tuvo mucho trabajo con el entrenamiento que hicisteis. Parece ser que más que rebajar tensiones las llevó a límites insospechados —dijo Edine cambiando de tema. Quería hablar de lo que fuera, pero que no tuviese que ver con ella. Necesitaba alejar el interés de su persona.

Logan se relajó apoyándose en una de las vigas de madera que sostenían la estructura del establo.

Los ojos le brillaron con cierta diversión. Sabía que no le había engañado, pero Logan le siguió la corriente y le concedió unos momentos de tregua.

—Si, algunos salieron bastante perjudicados. Tengo que admitir que, en cierto sentido, fue satisfactorio.

Edine sonrió con picardía.

—Imagino que esa gratificación se traduce en ciertos daños personales a determinados *Highlanders* cuyas personalidades no parecen ser muy apreciadas por aquí.

A Logan siempre le había gustado la perspicacia de Edine y su inteligencia. El hecho de que pareciera conocerle mejor que nadie era algo que todavía le sorprendía.

—Digamos que McDonall y Daroch fueron los más perjudicados. Daroch ha estado esta mañana más callado de lo normal, cosa que todos hemos agradecido.

—¿Entonces no ha dicho: ¿ehhh, ummmm? —preguntó Edine intentando imitar la cara de enojo

de Daroch.

Logan volvió a reírse con ganas, y Edine se sorprendió uniéndose a él.

Cuando ambos volvieron a caer en el silencio, Edine se sintió más perturbada que cuando empezaron a hablar. La presencia de Logan conseguía debilitar sus defensas como nada más lo hacía.

—Anoche vi llegar a Lesi. No sabía que iba a venir —soltó Logan de repente, queriendo a todas luces observar su reacción. No iba a decirle a Edine que él sabía con antelación quiénes iban a ser todos los asistentes, aunque a esas alturas ya dudaba de que Lesi acudiese.

—¿Hablaste con ella? —preguntó Edine intentado sonar lo más calmada posible. Había sido una pregunta estúpida, pero no había podido evitar hacerla. Lo que Lesi había creído sentir por Logan en secreto había sido uno de los motivos que la llevaron a traicionarla.

Los ojos de Logan adquirieron una dureza que minutos antes no tenían.

—No, sabes que nunca fue una de mis personas favoritas. ¿Sabías que iba a venir? —le preguntó a su vez escrutando sus gestos como si quisiese determinar algo en base a su respuesta.

Edine tomó aire antes de hablar. El tema de Lesi era algo que no quería tocar con Logan.

—No. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella.

Edine obvió decir cuánto tiempo. Exactamente tres años y siete meses. Y maldita sea, por ella podía haberse ahorrado la última comunicación, aquellas palabras escritas que le habían causado tanto dolor.

Su padre había sido siempre un hombre violento y egoísta, pero había querido que sus hijas, las dos, aprendieran a leer y escribir. Algo inaudito en aquella época donde solo unos pocos sabían de ambos. Ni qué decir de una mujer. Pero su padre siempre había sido un calculador nato y esa era un arma que quería utilizar en su beneficio a través de sus hijas. Eso fue lo que esgrimió Lesi para convencer a Logan de que el supuesto pergamino que había escrito ella era en realidad de Edine. Ella y Lesi tenían prácticamente la misma letra. Habían sido educadas en ese sentido por el mismo sacerdote.

—Pensaba que estabais unidas. De hecho, le confiaste a ella cosas importantes, ¿no es verdad?

Logan miró a Edine y vio cómo ésta palidecía. No había planeado sacar este tema, y menos en aquel instante, pero ese era tan buen momento como otro cualquiera, y allí estaban solos. Se había dicho una y otra vez que ya no tenía razón de ser el desear una explicación por parte de ella. Que lo que había sido una necesidad en su día, ahora era simple curiosidad, una forma de terminar con aquello de una vez y enterrarlo por fin, del todo.

—Logan..., no creo que hablar de esto nos haga bien a ninguno de los dos —dijo Edine con un tono de voz que rogaba porque pareciese calmado y distante.

Logan frunció el entrecejo y una chispa de ironía pasó por su mirada como la llama antes de convertirse en una hoguera.

—Habla por ti, a mí me gustaría aclarar esto, ya que en su día saliste corriendo antes de poder darme alguna explicación.

Edine sintió que su estómago se contraía. Una cosa era que el tiempo hubiese cubierto las heridas, que ya no doliese tanto y otra que tuviese que volver a abrirlas delante de él, para hurgar dentro de ellas.

—No tuve elección —dijo Edine mirándolo fijamente, intentando que en entre esas palabras, en sus ojos, viese la veracidad de las mismas.

Logan endureció su mirada, que adquirió la frialdad del hielo.

—Vamos, Edine..., tú puedes hacerlo mejor. Había esperado algún tipo de explicación rebuscada y absurda que te exculpara o que fueses sincera por una vez y me dijeras que hiciste lo que quisiste sin importarte lo que dejabas atrás. ¿Que no tuviste elección? Venga, Edine. Siempre hay elección —dijo Logan soltando las últimas palabras con la fuerza de un martillo.

—Es absurdo. No vas a creer nada de lo que te diga —le contestó Edine con intención de irse. Logan se movió más rápido y colocándose delante de ella le impidió el paso.

—Inténtalo —exclamó con un destello de ira en los ojos.

Edine lo miró, desesperada por alejarse de allí.

—¿Para qué, Logan? ¿Cambiaría algo? ¿El hecho de que me odies quizá?

Una sonrisa peligrosa asomó a los labios de Logan mientras su mirada dura e inexorable seguía fija en ella.

—El odio es una emoción demasiado fuerte para poder sentirla contra ti. Hay que amar mucho para poder odiar. Yo solo quiero una explicación. No me gusta que insulten mi inteligencia.

Edine intentó disimular el dolor que le habían provocado las palabras de Logan. «Hay que amar para poder odiar». Quizá la que había estado engañada todos estos años había sido ella y todo el dolor y el sufrimiento habían sido en balde. Se tragó el nudo que había en su garganta y el desgarró que se iniciaba en su pecho y terminaba en su estómago.

—Creo que lo mejor es dejar las cosas tranquilas. Es el pasado, y nada de lo que digamos ahora puede hacer sentirnos mejor —contestó Edine con toda la rabia que iba creciendo en su interior.

—¿El pasado? ¿Hacerte sentir mejor? No lo intentes, ni siquiera pretendas hacerte la ofendida. Te entregaste a mí. ¿O no recuerdas eso, Edine? Hiciste promesas que rompiste en cuanto estuve fuera. Dijiste antes que te odio. ¿Lo crees en serio? ¿Tan poco me conoces? —dijo Logan con una expresión cínica y calculadora. Sus palabras eran afiladas como la hoja de un puñal y a Edine la estaban destrozando por dentro—. Incluso puede que te agradezca el que te marcharas, pero en aquel instante me humillaste, jugaste con las promesas dichas, no solo con la palabra, sino también las selladas con tu cuerpo.

Edine tragó saliva. En todos estos años había aprendido que la mejor forma de defensa era el ataque y en aquel instante, si Logan seguía así, se derrumbaría, así que, con la poca fuerza que le quedaba, atacó.

—¿Y tú crees que a mí me importa? Eh, Logan —exclamó alzando la voz—, Antes sí. Hace cuatro años hubiese dado mi vida porque me siguieras, porque te dices cuenta de que jamás te hubiese dejado por voluntad propia. Hubiese muerto por ti, Logan. Y tú quizás no me odiases, pero yo sí lo hice, y con todo mi corazón, porque yo sí te amé, más que a nada en este mundo. Pero de aquella mujer ya no queda nada, ni las ruinas de mi amor, ni las de mi odio, porque todas mis fuerzas se centraron en una sola cosa. En sobrevivir. ¿Y sabes qué? Lo hice por aquellos que sí me amaron de verdad. ¿Quieres una explicación? Imagínatela, invéntatela porque yo no voy a darte nada más —terminó con toda la rabia que llevaba dentro después de escuchar sus palabras.

Edine vio la sombra de la duda cruzar los ojos de Logan, y se maldijo por haber hablado demasiado.

No quería seguir allí, no podía. Intentó pasar, pero Logan volvió a cerrarle el paso y cuando vio lo que destilaba su mirada, ya era demasiado tarde. No tuvo tiempo de reaccionar antes de que él la tomara por los brazos y la aprisionara contra la viga de madera pegando su cuerpo al suyo, apoderándose de su boca con fuerza.

Edine esperó un beso brusco, violento, conducido por la rabia que había visto en los ojos de

Logan, pero cuando sus labios tocaron los suyos, a pesar de su firmeza, de su dominación, fue tierno, casi dolorosamente paciente. Lo sintió deleitarse con cada centímetro de ellos, de forma lenta, inexorable, como si le fuese la vida en ello y a la vez tan controlado, tan medido, que Edine pensó que era alguna forma de castigo, de venganza para volverla loca de deseo. Con un gemido involuntario, un quejido doloroso, Edine reclamó más, y Logan tomó sin medida. Se deslizó entre sus labios y saqueó el interior de su boca a voluntad sintiendo las manos de Edine aferrarse a sus brazos, mientras él acariciaba una de sus mejillas instándola a unir sus lenguas en una danza tan antigua como la vida misma.

Logan la sujetó firmemente contra su cuerpo, pegando cada centímetro del mismo al de la única mujer que era capaz de hacerle perder el control con solo una mirada. Que Dios se apiadara de él, porque si Edine era consciente del poder que ejercía sobre él, estaría perdido. Cuando la tomó por los brazos y la besó, no fue el deseo y la emoción que lo empujaron a ello, sino la fría ira que atenazó sus entrañas cuando la escuchó decir que lo había amado más que a nadie y que hubiese muerto por él. Cuando le dijo que no lo había abandonado por voluntad propia algo nubló su razón. ¿Cómo se atrevía a decir aquello después de todo lo que había pasado? Y sin embargo, un solo roce de esos labios había arrinconado toda esa furia y la había remplazado por el deseo visceral y primitivo de hacerla suya.

La quería en sus brazos, la quería en su cama y la quería en su vida y, maldita sea, no iba a analizar en ese preciso instante aquel pensamiento, aquella debilidad, cuando su miembro, duro como una roca, quería tomar el control de la situación y mandar toda la racionalidad a la mierda.

Así que no hubo ningún pensamiento racional mientras saboreaba los labios carnosos y excitantes de Edine, ni cuando escuchó el gemido procedente de ella y dejó su boca para deleitarse con la curva de su cuello y la suave y nivea piel de su hombro. Ni cuando bajó la tela de su vestido, poseído por una necesidad incapaz de saciar, y con un gruñido casi animal, que brotó de sus labios, tomó el pezón del pecho apenas descubierto y expuesto ante él y succionó, chupó y lamió hasta que lo sintió duro dentro de su boca. Y su respuesta inmediata, sincera y entregada, lo excitó aún más, al igual que los pequeños gemidos que salían de la garganta de Edine y que lo obligaron a sostenerla con más firmeza cuando ella se dejó caer en él como si no le quedaran fuerzas, sabiendo que estaba tan perdida en el deseo como él mismo. Ese hecho se filtró en sus pensamientos y lo devolvió a la realidad, al del lugar en el que se encontraban, y eso le hizo dominarse lo suficiente como para volver a cubrir la piel de Edine, pero sin que fuese suficiente como para obligarse a alejar sus manos de ella. Era superior a sus fuerzas, y no podía negárselo, así que apoyó su frente en la de ella, intentando recuperar algo de control. La respiración de ambos era errática y superficial y solo duró unos segundos antes de que el sabor de Edine, que todavía podía saborear en su propia boca, lo reclamase de nuevo. Así que Logan dejó a regañadientes la mejilla de Edine, esa que estaba rozando con su pulgar, y el tacto de su piel suave como el terciopelo y enredó los dedos en su pelo. Ejerció la presión suficiente para ladear su cabeza lo necesario y volvió a devorar su boca uniendo sus lenguas en un beso duro y abiertamente carnal que nada tenía que ver con el delicado roce del inicio. Sintió los dedos de Edine en su cara, en su cuello, enredados en su pelo y un pensamiento lo atravesó, tan grave como inaudito, porque se dio cuenta de que solo con esa entrega, Edine ya lo tenía. Era suyo.

—¿Edine! ¿Estás ahí?

La voz de Isabel retumbó entre aquellas cuatro paredes y fue lo que hizo que Edine recobrar el buen juicio.

Se había entregado a Logan y a ese beso con una pasión que creía más que extinta, pero que

consumió cada centímetro de su cuerpo en cuanto él la tocó. ¡Y esos gemidos habían salido de su propia garganta! No sabía cómo iba a poder perdonarse a sí misma, cómo iba a poder fingir que todo entre ellos había muerto hacía tiempo.

Edine sabía por qué Logan la había besado y su triunfo había sido completo.

Maldiciéndose mentalmente por ello, se apartó de él, que no trató de impedirselo, y sin mirarle, se escabulló por su lado y salió al encuentro de su prima que seguía llamándola desde la entrada.

Logan maldijo entre dientes cuando la vio irse. No pudo detenerla y el hecho de que ella ni siquiera lo mirase le hizo gruñir como un animal herido. Golpeó la viga con el puño y los nudillos se dañaron, dejando la piel lacerada cubierta de sangre. El dolor apenas fue suficiente. ¿Qué demonios estaba haciendo? Se había dicho mil veces que ya no sentía nada por Edine, se lo había asegurado a su hermana Aili solo unos días antes y a Grant y, sin embargo, ahora empezaba a pensar que la mayor mentira se la había contado a sí mismo. Estaba temblando y el cúmulo de emociones que llevaba sujetando con mano férrea todos esos años se fue revelando ante sí con total claridad. Dolor, rabia, ira, pero también amor y anhelo, de ese que se te clava en pecho, se mete bajo tu piel y te corroe las entrañas hasta que dejas de respirar porque solo el hecho de perecer puede hacer que deje de correr por tus venas. Eso era Edine para él. Algo salvaje, algo tierno, algo tremendamente sensual, algo esencial de lo que no podía renegar por mucho que quisiese. Podía odiarla, podía evitarla e incluso alejarla de su vida y construir otra, pero la única verdad es que siempre formaría parte de él.

El entenderlo fue como sentir un puñetazo en el estómago. Aceptarlo y seguir adelante iba a ser más difícil, pero no había más opción. Él tenía una vida y quería vivirla todo lo más plenamente posible y eso no incluía a Edine.

## CAPÍTULO XIV

Unos días después, Edine casi inició una guerra. Había sido todo sin ninguna intención, pero las injusticias, así como el abuso y el maltrato, sacaban de ella su lado más irracional y salvaje.

Estaba con Isobel y habían ido a los establos a por Radge y Manchas. Edine llevaba confinada demasiado tiempo entre aquellas paredes, y después de lo ocurrido la última vez que había estado a solas con Logan, solo quería alejarse del castillo, de los que moraban en ese instante allí, de los problemas y sobre todo de sus propios pensamientos. Había estado evitando a Logan y no estaba orgullosa de ello. Por primera vez en su vida huía y se sintió una cobarde, pero necesitaba alejarse de él, necesitaba poner distancia y en aquel castillo eso era prácticamente imposible. Lo veía durante el día y acosaba sus sueños por la noche. Además los caballos estaban nerviosos por el poco ejercicio realizado desde que llegaron, y esa fue la excusa perfecta para no sentir que en realidad volvía a huir. Así que dieron esquinazo a Thorne y se fueron con idea de no ir demasiado lejos. Una cosa era ser rebelde y otra estúpida. Si iban solas no podían alejarse. No conocían aquellas tierras ni lo que podían encontrar en ellas.

Cuando dejaron el castillo a su espalda y empezaron a alejarse de las casas diseminadas cercanas a él, Edine tiró de las riendas, obligando a parar a Radge. Un gemido ahogado por un trueno salió de sus labios cuando fue testigo de la escena que se desarrollaba a solo unos metros de ellas. La misma que le hizo apretar los dientes, saltar de Radge al suelo sin pensar y dirigirse con paso firme contra Lachan Daroch.

El Laird Daroch estaba pegando a Ed mientras le gritaba. El niño se encogía temblando mientras aquel bastardo no paraba de darle con la palma abierta en la cabeza haciendo que Ed se tambalease y gruñera de dolor. Ese hombre doblaba con creces el tamaño del pequeño y tenía una fuerza descomunal.

Edine escuchó a Isobel llamarla, pero no paró. Estaba cegada por la rabia que la consumía, por lo que ese hombre le estaba haciendo al pequeño.

Llegó hasta donde estaban corriendo y cogió al muchacho apartándolo de Daroch y poniéndolo a su espalda. La última bofetada de Daroch impactó en Edine, en su hombro cuando Lachan no tuvo tiempo de reaccionar y pararla.

Edine no se dio cuenta de la cercanía de dos mujeres del clan, que viendo aquella escena, se apresuraron a correr hacia el castillo.

—¿Qué coño se cree que está haciendo? Esto no es de su puñetera incumbencia —exclamó Daroch dando un paso al frente, acortando la distancia con Edine, que sentía como el hombro izquierdo le ardía del golpe recibido.

Edine ni siquiera lo pensó. No pensó en el tamaño de Daroch, ni que era un jefe de un clan, ni que era mucho más alto que ella e infinitamente más fuerte. Nada de eso pasó por su cabeza. Sentía tanta furia que dio un paso al frente y acertó también la distancia con Daroch. Tenía ganas de sacarle los ojos a aquel malnacido.

—No va a volver a pegar al niño, y hasta que no escuche esa promesa de sus labios, nada de lo que diga o haga va hacer que me aparte de su camino. ¿Me ha entendido con suficiente claridad?

—¿Quién coño se ha creído que es, zorra? —escupió Daroch con la cara retorcida por la furia.

Edine sonrió mientras miraba fijamente al *Highlander*.

—La zorra que no va a dejar que maltrate a un niño, maldita sea —dijo entre dientes.

Un gesto de incredulidad se instaló en el rostro de Daroch, cuya paciencia estaba llegando al límite. Edine fue consciente de ello a la vez que escuchó a su prima llamarla de nuevo. Esta vez oyó la ansiedad en la voz de Isobel. Edine lamentaba que su prima tuviese que ser testigo de aquel enfrentamiento y una parte de ella temía por Ed y por Isobel. Sabía que no podía confiar en que Daroch se comportase como un hombre de honor.

—Vuelve al castillo, Isobel —ordenó a su prima sin mirarla. No quería dejar de tener contacto visual con Lachan porque temía que cualquier descuido llevara de nuevo a Ed entre sus garras.

—Apártese o la apartaré yo —concluyó Daroch, cuyas intenciones eran claras.

Edine sabía que aquel hombre no atendería a razones y, aunque le había dicho a Isobel que volviera al castillo, aún la veía cerca, incapaz de dejarla sola. Si no pensaba en algo, aquello se pondría muy feo y sinceramente, sin que nadie supiese donde estaban y qué estaba pasando, no creía que fuesen en su ayuda.

—Tengo una proposición que hacerle —dijo Edine de repente, cuando una idea descabellada cruzó su mente, rezando para que esa idea fuera lo suficientemente tentadora como para que el Laird Daroch diese su palabra de no maltratar al chico.

—No sé a qué está jugando, pero no me interesa, así que apártese.

Edine dio un paso atrás, protegiendo aún con su cuerpo a Ed, al que sentía temblar a sus espaldas, cuando Daroch se irguió casi encima de ella.

Edine levantó la vista para poder mirarle a los ojos. No en vano Daroch le sacaba más de una cabeza.

—Pensaba que le interesaba Radge, mi caballo —le dijo sin titubear.

Daroch frunció su entrecejo. Edine pudo ver que sus palabras calaron entre la furia del hombre.

—Sé que es un hombre de palabra —continuó Edine. Odió tener que mentir de aquella manera, pero esperó que eso aplacase a Daroch, porque de otra forma no la escucharía. Un hombre que pegaba de esa manera a un niño era un cobarde. Su palabra no valía nada—, así que le ofrezco la posibilidad de quedarse con Radge. Haremos una carrera. Su caballo contra el mío. Aquí y ahora. Si yo gano me da su palabra de que no volverá a tocar al chico. Si usted gana se queda con Radge. ¿Qué me dice?

Edine podía ver en el semblante de Daroch su lucha interna. Lo había tentado con algo que deseaba muchísimo, y era un hombre que estaba acostumbrado a obtener lo que quería.

—¿Una carrera contra una mujer? ¿Está de broma?

Edine vio como una asquerosa sonrisa se formaba en la boca de Daroch. Esas encías con pocos dientes, y algunos podridos, le revolviéron el estómago.

—Si cree que será tan fácil, ¿cuál es el problema? Solo soy una mujer, ¿verdad? Es algo seguro. ¿O tiene miedo?

Edine mantuvo la expresión imperturbable cuando un rugido salió de los labios de Daroch.

—Perderás el caballo, ese chico recibirá la paliza que merece y créeme que jamás volverás a insinuar que soy un cobarde. Por menos de eso he matado a hombres, así que una perra menos no se notará. Y todo por un huérfano de mierda. Su madre era una puta que se juntó con uno de mis hombres cuando ya estaba embarazada. Nadie sabe quién era su padre. Y ese crío bastardo mató a

su madre al nacer. Demasiado he hecho por él para que no lo eché del clan de una patada. Me importa una mierda lo que le pase, es solo un estorbo, así que subamos aún más la apuesta. Si yo gano me quedo el caballo, le doy una paliza al chico y me pides perdón de rodillas, puta. Si tú ganas te quedas con el chico.

Edine tragó saliva cuando escuchó las palabras de Daroch. Jamás pensó que ese hombre podría darle más asco de lo que ya lo hacía.

—Decidido entonces —dijo Edine—. Pero antes quiero su palabra.

—Ummm —dijo Daroch, revelando nuevamente sus escasos dientes.

—¿Eso es un sí?

Edine esperó una confirmación. No quería que después hubiese ningún tipo de malentendido.

Daroch escupió en el suelo a la vez que la miraba de reojo.

—Es un sí.

Edine asintió con la cabeza. Se dio la vuelta y se alejó con el niño unos metros antes de agacharse para estar a la misma altura de los ojos de Ed. El chico aún seguía temblando. Le levantó la barbilla para vérsela bien. Cuando comprobó los moratones que se le estaban formando en la mejilla, su ira se inflamó nuevamente.

—¿Estás bien, Ed? No pasa nada. Nadie te va hacer daño otra vez, ¿de acuerdo?

El chico la miró con unos ojos acuosos. Edine vio tanto dolor, tanta vulnerabilidad y tanto anhelo en esa mirada que se le rompió el corazón.

—Va a ir todo bien.

Miró a Isobel, que en ese instante se acercaba a ellos con premura.

—Quédate con él, ¿de acuerdo? —le dijo cuándo su prima estuvo junto a ellos—. Y si algo sale mal, no mires atrás. Coge al chico y corre al castillo. ¿Me oyes? —preguntó Edine abrazando al niño antes de dejarlo con su prima.

—Edine, no creo que esto sea buena idea. Ese hombre no es de fiar. ¿Qué estás haciendo?

La voz y la mirada temerosa de Isobel la hicieron centrarse en su prima.

—Es demasiado orgulloso y prepotente y está seguro de que va a ganar. Esa va a ser su perdición —dijo con una sonrisa en los labios.

—Edine... —suplicó Isobel, pero al ver la resolución en los ojos de su prima no pudo sino apretar su mano y asentir—. Vuela como el viento y deja atrás a Daroch. Haz que se trague sus asquerosas palabras.

La sonrisa de Edine y el brillo en sus ojos les dijo a Isobel y a Ed Daroch que eso era lo que pensaba hacer.

\*\*\*

—¡Logan! ¡Logan!

Logan escuchó a Grant antes de verle. Estaba observando el entrenamiento de los hombres de McPherson antes de ir a hablar con Campbell. Los altercados con McDonall en los últimos días ya habían llegado demasiado lejos. Guillermo le había dado carta blanca para que intercediera entre los clanes en su nombre si la paz se enturbiaba durante los días en que durara la reunión. Lo que menos quería el rey era que aquella idea que había tenido, tendente a unir lazos entre clanes, se volviera en su contra y diera como resultado lo opuesto. Logan quería hablar con McDonall y Campbell a la vez e intentar aunar posturas. Era difícil, pero si tenían que seguir así durante una semana más podrían acabar con alguno de ellos muerto a manos del otro.

Estaba sonriendo por la premura de Grant cuando vio su expresión. Se puso serio al instante, y acertó la distancia que les separaba.



—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —dijo Grant con una urgencia en la voz que hizo que Logan se tensara.

—¿Qué diablos pasa, Grant? —volvió a preguntar exigente cuando al llegar frente a los establos, tanto su caballo como el de Grant estaban preparados.

—Te lo explico por el camino, pero tiene que ver con Daroch y Edine.

Un gruñido salió de los labios de Logan antes de que salieran al galope sin mirar atrás.

## CAPÍTULO X

Cuando vio a Isobel junto a un niño mirando al horizonte y no vio signos de Edine ni de Daroch, sintió cómo el pecho se le contraía, apenas sin aire, temeroso de lo que iba a encontrar, pero cuando siguió la dirección en la que ambos miraban y vio a Edine cabalgando como si quisiese desafiar al mismo viento, dejó de respirar. El hecho de que Daroch fuese pegado a sus talones, galopando con una agresividad rayando la locura, hizo nacer en él un nuevo sentimiento: El de estrangular a Edine y matar a Daroch.

Cuando pudo reaccionar, siguió a Grant hasta donde estaba Isobel, bajándose del caballo en el acto. La cara de angustia y a la vez de agradecimiento de esta al verlos resumió que lo que fuese que hubiese pasado era grave. Si era verdad lo que las mujeres le habían contado a Grant, que Daroch había estado pegando al chico y que Edine se metió por medio, insultada por ello, Lachan tenía los días contados. Sin embargo, el hecho de que ambos estuviesen cabalgando como si la muerte les siguiera los talones no tenía explicación.

—Gracias a Dios que han venido —dijo Isobel temblándole levemente la voz.

La ira de Grant, esa que era difícil de inflamar, hizo aparición en su interior cuando contempló a Isobel en ese estado. Vio el temor en sus preciosos ojos azules y sintió la imperiosa necesidad de atraerla hasta sus brazos y acunarla entre ellos, mientras le aseguraba que todo estaría bien. No quería verla asustada, sino con el orgullo y la seguridad con la que la había conocido. Quería que le desafiara y que desbordara toda su furia con él, solo con él, porque la otra opción, esa que estaba viendo en ese instante despertaba en él las ganas de matar al que había osado asustarla, despertando un sentimiento de protección tan absoluto hacia ella, que si nada lo evitaba tendría que darle la razón a Logan, porque éste tenía razón, maldita sea, la quería para él, quería hacerla suya y lo deseaba con tal necesidad que le dolían las manos por no tocarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grant intentando calmarse, alejando los últimos pensamientos lo suficiente como para mantenerse frío y controlado en ese instante.

—Van a matarse. Malditos inconscientes —dijo Logan entre dientes con furia contenida cuando vio que daban la vuelta al llegar a la falda de una pequeña montaña, donde unos árboles diseminados se erguían orgullosos. Detenerlos no era una opción. A la velocidad que cabalgaban cualquier intento podría provocar precisamente lo que intentaban evitar.

Isobel miró a Logan un instante antes de contestar con una seguridad absoluta.

—No le pasará nada —dijo Isobel con premura —Mi prima vencerá. No hay nadie como ella. Hará desear a Daroch no haber apostado en su vida.

Logan siguió mirando a Edine, y aún con todo su autocontrol y toda su racionalidad, no pudo evitar que el miedo se filtrara entre ellos y e intentara adueñarse de él. Ese sentimiento en desuso, del que no recordaba haber tenido como compañero por mucho tiempo, le hizo apretar los puños en un acto reflejo, regodeándose de su impotencia en aquel momento en el que lo único que podía hacer era mirar. El instinto primitivo que había en él y que se descontrolaba cuando estaba Edine, reclamó el control y exigió que en cuanto la tuviera cerca, no la dejara alejarse de él nunca más. El sentimiento de protección que crecía como un monstruo cada vez que la tocaba, cada vez que la miraba, gruñó en aprobación por llegar a esa conclusión.

Con ese pensamiento adhiriéndose a cada palmo de su ser, su mirada no se apartó de ella como si de esa forma pudiese evitar que algo le ocurriese. Cabalgando a horcajadas, inclinada hacia delante, casi mimetizada con su caballo, Edine estaba sacando ventaja a Daroch. Este azuzaba el suyo de forma violenta, intentando alcanzarla. La maestría con la que Edine dominaba y dirigía a Radge era algo digno de admirar. Cuando creyó apreciar un gesto por parte de Daroch para tomar del cabello a Edine en un intento desesperado por frenarla, Logan apretó la mandíbula y cogió las riendas de Bribón luchando con la necesidad de ir hasta allí y alejarla de ese malnacido. Si ese bastardo la tomaba por los pelos, a esa velocidad y la tiraba, podía matarla. Esa reacción impropia de cualquiera *Highlander* le repugnó y prendió la ira que le corroía las entrañas.

—Es magnífica, va a ganar a Daroch. Jamás vi a nadie cabalgar de esa manera —dijo Grant con asombro y admiración a la vez.

Logan tragó saliva mientras cada vez se acercaban más.

—Has hablado de una apuesta. ¿Qué han apostado? —preguntó Logan entre dientes, queriendo saber de qué iba todo aquello, rogando por distraerse lo suficiente como para no volverse loco cien veces antes de que Edine llegara hasta ellos. No entendía cómo la escena que le había relatado Grant encajaba con una apuesta.

Reacio a apartar su vista de Edine, la desvió solo un segundo para observar a Isobel y al niño. Este último tenía su cara girada mirándole y cuando Logan vio los moratones que se le estaban formando en el rostro, un gruñido lleno de furia brotó de su pecho haciendo que el pequeño temblara visiblemente. No quería asustarle, pero no había podido evitarlo. Por Dios, era solo un niño.

—Isobel —dijo Grant con urgencia, conminándola a contestar.

—Daroch le estaba pegando a Ed —dijo Isobel mirando al niño—. Edine lo vio y se puso delante. Daroch la amenazó. Por un momento... sentí miedo —siguió Isobel, visiblemente afectada — y entonces a Edine se le ocurrió desafiar a Daroch a una carrera. Sabe que él está encaprichado con Radge. Si gana Daroch, Radge es suyo y Edine tiene que pedirle disculpas de rodillas. Si gana Edine, Daroch dijo que podía quedarse con Ed.

Logan miró de nuevo a Edine. Como había dicho Grant, era asombrosa. Sintió su estómago contraerse por la velocidad a la que cabalgaba, su postura, su elegancia, su osadía y valentía. Esa era la Edine que conocía, pero mucho más fuerte, con una tenacidad y una voluntad que no había visto antes.

Se había puesto delante de aquel niño y se había enfrentado ella sola a Daroch para protegerlo. El niño no podía defenderse de aquel hombre, un *Highlander* que hacía estremecer con solo su presencia a muchos de los guerreros más curtidos. El orgullo y la admiración por Edine se acrecentaron y todo lo que ella le dijo la última vez que estuvieron a solas volvió con inusitada rapidez, golpeándole, incitándole a pensar que quizás sus palabras fueran sinceras.

Todos esos pensamientos fueron relegados al olvido cuando Edine y Daroch se divisaron con total claridad. Estaban tan cerca que era cuestión de unos pocos segundos tenerla allí, junto a él, a salvo.

Edine llegó primero y los pasó velozmente, seguido a unos metros por Daroch que, en cuanto los superó, saltó de su propio caballo y se dirigió con paso veloz hasta donde ella estaba.

—Tú, puta, me has engaña...

Lachan Daroch no pudo continuar porque el puño de Logan McGregor impactó sobre su mandíbula mandándolo directo al suelo.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, McGregor? ¿Te has vuelto loco o...? —intentó decir Daroch cuando pudo reaccionar, sin embargo, tampoco pudo terminar esa frase porque otro puñetazo lo lanzó contra la hierba antes de que llegara a ponerse en pie.

—Por tu propio bien no te levantes —dijo Logan entre dientes con los puños apretados.

—Logan no, por favor —suplicó Edine mientras bajaba de Radge y llegaba hasta su lado—. He ganado la apuesta. Ed se queda conmigo si así lo desea. Estamos en paz —continuó, esta vez mirando a Lachan.

Daroch se pasó la mano con furia por el labio inferior y se limpió la sangre que manaba del mismo, resultado de los golpes certeros de Logan. Después de eso se puso de pie lentamente, sin apartar la vista de McGregor antes de desviarla hasta Edine, cargada de ira.

—Esto no quedará así. Has hecho trampa, zorra, sino nunca hubieses gan...

Esta vez Lachan lo vio venir, y asestó un golpe a Logan en la mejilla, que no llegó ni a moverlo. Logan, al contrario, dio de pleno en la nariz de su contrincante, sintiendo crujir el hueso de la misma bajo su puño cuando este impactó en el rostro de Daroch. La nariz de Daroch sangraba profusamente, mientras caía de nuevo al suelo por la inercia del golpe y el dolor, mientras Logan lo miraba fijamente dejándole claro que, si le daba una sola razón más para atacarle directamente, le mataría.

—Si fueras inteligente no volverías a intentar levantarte, Daroch. Has pegado a un niño, has insultado a una dama y tu comportamiento avergüenza a todos los *Highlanders*. Si vuelves a levantarle la mano a alguien o la violentas de algún modo..., si miras ni siquiera en dirección de Edine MacLeod, será lo último que hagas. ¿Me estás escuchando? ¿Me has entendido? —preguntó Logan.

—Me ha humillado, ¡maldita sea! —exclamó Daroch desde el suelo, escupiendo sangre por la nariz y la boca.

—Nadie te obligó a aceptar la apuesta. Te has humillado tú solo. No haberla subestimado, Daroch —dijo Logan con un deje de orgullo en la voz que no pasó desapercibido a nadie, menos a Lachan, que lo miraba como si quisiese matarle.

—A partir de ahora deberás cuidar tus espaldas, McGregor —soltó Daroch poniendo una rodilla en el suelo para erguirse lentamente.

—No te conviene amenazarme —contestó Logan con una sonrisa que era más peligrosa que la hoja de su espada.

Grant, que hasta entonces se había mantenido al margen, se colocó al lado de Logan antes de dirigirse a Daroch con una mirada dura y una voz que no admitía réplica.

—Esta tierra es del clan MacLaren. He abierto mis puertas a los jefes y miembros de otros clanes para cumplir una orden real, pero maldita sea si en el cumplimiento de ello permito que se lastime a un niño o se insulte a una dama, y menos por un *Highlander*, jefe de un clan que es mi invitado y que con ello ha abusado de mi hospitalidad, de mi confianza y ha avergonzado con su comportamiento todo lo que debe ser sagrado para un *Highlander* —la cara de Grant parecía esculpida en granito cuando sus últimas palabras rasgaron la suave brisa que arremolinó su cabello—. Nada de lo que ha pasado aquí se divulgará, así que tu humillación o de lo que te creas víctima, quedará entre nosotros. Tu orgullo estará intacto, pero el resultado de la apuesta se mantiene. Ed se quedará con Edine e Isobel MacLeod si lo desea y mañana, con la excusa que te dé la gana dejarás las tierras de mi clan. Ya no eres bienvenido aquí.

—No puedes hacer eso —exclamó Daroch poniéndose en pie, y mirando a Grant con cara de asombro—. ¡Es una orden real!

—Como si es una bula papal. Te quiero fuera de mis tierras mañana.

Daroch endureció sus facciones encogiendo los labios y con un gruñido dio un paso hacia Grant.

—El rey sabrá de esta afrenta. Prepárate para lo que has iniciado, MacLaren.

Logan dio un paso al frente acortando la distancia con Daroch. Quería que sus siguientes palabras calaran lo suficiente como para alejar cualquier intento por parte de Daroch de iniciar una enemistad con Grant.

—Yo no te lo aconsejaría. Guillermo me dio plenos poderes para interceder en esta reunión, y créeme que no estará nada contento cuando conozca los hechos por mis propios labios. Te dejaría en una posición mucho más vulnerable de la que te encuentras ahora. Prácticamente no tienes aliados naturales. Así que, si no quieres que el rey, de repente, encuentre de suma importancia todos tus asuntos y empiece a preguntarse por qué el clan Daroch intenta iniciar una guerra con los McDougall por la tierra legítima de estos últimos, te recomiendo que mañana te vayas y dejes las cosas como están.

Lachan Daroch sintió ganas de matar a Logan y de escupir a Grant en la cara. ¿Quiénes coño se creían que eran para amenazarlo y echarlo de aquellas tierras? Y sin lugar a dudas quería darle su merecido a aquella zorra de Edine MacLeod. La quería de rodillas y después a cuatro patas para que supiera cuál era su lugar.

Daroch escupió en el suelo antes de mirarlos a todos con detenimiento y alejarse para montar en su caballo.

Logan lo siguió con la mirada antes de posarla en Edine.

La sujetó de la parte superior del brazo, cerca de su hombro para que se apartara. No la quería cerca de Lachan. La escuchó sisear y encogerse como si algo le doliese. Él no había ejercido presión alguna.

—¿Te duele el hombro? —preguntó Logan cogiéndola de la barbilla con los dedos para que lo mirara a los ojos cuando negó con la cabeza, pero sin mirarlo.

Isobel contestó por ella.

—Cuando se puso delante de Ed, recibió el golpe que Daroch pretendía darle al niño.

Un gruñido rasgó el silencio procedente de la garganta de Logan, perdiendo cualquier posibilidad de ser coherente. Iba a matar a ese hijo de puta por ponerle una mano encima.

Edine intentó impedirselo y Grant tuvo que sostenerlo con perjuicio de su propia integridad cuando vio la intención de Logan escrita en su rostro.

—¡Daroch, lárgate ahora mismo, maldita sea! A no ser que quieras morir hoy —exclamó Grant mientras Logan se lo quitaba de encima para ir a por Lachan y hacerle pedazos.

Cuando Daroch vio la expresión de Logan, su rostro adquirió un tono ceniciento antes de espolear a su caballo y salir de allí rápidamente.

## CAPÍTULO XVI

Edine sabía que no iba poder eludir aquella conversación por más tiempo. Habían vuelto al castillo en un total silencio y con Ed subido a lomos de Radge delante de ella.

El niño lo único que había dicho es que deseaba quedarse con ella y que, por favor, no lo mandasen de nuevo con Lachan Daroch. Después de que Edine lo tranquilizara en ese aspecto, Ed no había vuelto a hablar. El semblante de todos era serio y el ambiente demasiado tenso. Estaba cansada después de la tensión que había soportado, y lo último que quería era hablar de ello.

Pero Logan tenía otra opinión y no le ofreció un resquicio por el que evadirse. En cuanto llegaron la tomó con delicadeza, pero con firmeza del brazo antes de que pudiese desaparecer.

McGregor solo informó a Isobel y Grant de que se llevaba Edine para tener unas palabras con ella, y mientras Grant asintió, con la certeza de que nada de lo que dijera retrasaría eso, Isobel intentó quejarse por ello. La cara de Edine y un no silencioso dibujado con sus labios, hicieron que su prima se retuviese, quedándose con MacLaren y con Ed.

El negarse era algo infructuoso. Conocía a Logan lo suficientemente bien como para saber que esa conversación tendría lugar, así que mejor ahora que más tarde. Prefería dejar lo sucedido atrás y poder centrarse en el estado de Ed que, aunque parecía mayor en ciertos aspectos, solo era un niño de siete años, asustado y dolorido. No podía quitarse de la cabeza el hecho de preguntarse cuántas veces antes había ocurrido aquello o algo peor. ¿Cuántas veces le habría pegado sin que nadie hiciese nada?

Estuvieron andando por varios pasillos, sin que Logan hiciese caso a lo que acontecía a su alrededor. La gente que se cruzaba con ellos, algunos miembros del clan, otros invitados, los miraban curiosos, especulando algunos en silencio por la confianza que destilaba la mano de Logan sobre su brazo, cogiéndola con firmeza y guiándola con cara de pocos amigos, por el entramado de la planta baja. Edine, por su lado, intentaba minimizar daños, esbozando una sonrisa y saludando a todos los que se cruzaban con efusividad, a fin de que, cuando acabara aquel paseo por el interior del castillo, todavía hubiese alguien que no estuviese sacando conclusiones sobre ellos dos. Sin lugar a dudas la excursión iba a traer cola.

Cuando llegaron a una pequeña habitación que Logan cerró tras ellos, Edine dedujo que tenía que ser de uso personal del jefe del clan MacLaren, a tenor de los objetos que le eran familiares, y que estaban diseminados por la mesa, junto con varios pergaminos. El puñal con tres marcas en el mango o el broche con el escudo del clan cerca del puñal e inclinado hacia uno de los lados eran alguna de las cosas en los que pudo reparar antes de que Logan captara toda su atención aun sin emitir una sola palabra. No le hizo falta, porque la mirada que le estaba dedicando en ese instante era lo suficientemente ilustradora como para no tener dudas de que Logan tenía un cabreo de grandes proporciones.

Edine ni si quiera intentó dilucidar cuál había sido la causa principal de tal estado. Solo sabía que Logan se estaba conteniendo. Podía verlo por la forma en que apretaba la mandíbula o por cómo su expresión, normalmente neutral, controlada y fría, estaba distorsionada por una mirada gélida, una postura tensa y una respiración acelerada.

—Dilo de una vez para que podamos irnos los dos y yo pueda ver cómo está Ed —dijo Edine,

resignada a que Logan soltara lo que evidentemente le estaba carcomiendo por dentro. Estaba claro que sería de todo menos agradable.

Logan siguió sin decir ni una sola palabra. Se apoyó en la mesa y siguió mirándola como si estuviese evaluando cómo poder hacerla pedazos con la mayor rapidez y menos sangre.

—Si no hablas tú lo haré yo, ¿vale? Sé lo que estás pensando —dijo Edine cansada. Supo que Logan la estaba escuchando a pesar de su mutismo porque alzó una ceja ante sus últimas palabras —, pero ¿qué querías que hiciera? Estábamos solas y Daroch no dejaba de pegar al niño. Le estaba maltratando y cuando lo vi no lo pensé. Si hubiese vuelto por ayuda, en ese tiempo, Lachan podía haberle infringido un daño aún mayor. Solo sé que cuando le vi temblando y aguantando los golpes de ese hombre que le dobla en tamaño y que era capaz de matarlo, no dudé. Y sé que no tenía que haberlo desafiado, pero fue lo único que se me ocurrió para que lo dejara en paz. Daroch se estaba poniendo difícil y agresivo de nuevo y pensé que era la única forma de tentarle y distraerle de la espiral de furia en la que se estaba enredando. No fue lo más inteligente, lo reconozco, pero fue suficiente para frenarlo hasta que llegasteis. Y al final no hubo que lamentar nada. No creo que haya que darle más vueltas. Y estaba segura de que ganaría, no estaba apostando nada que estuviera en peligro de perder.

La expresión de Logan ante la contundencia de esas palabras fue todo un poema y Edine se vio en la obligación de explicarse.

—Soy buena amazona, y le he visto montar. Sabía de lo que era capaz su caballo y sé cómo monta Daroch, lo he observado. Se cree que es bueno, pero no pasa de ser mediocre. Así que siento si mi impulsividad os ha creado problemas, pero no lamento haberme puesto delante de Ed ni nada de lo que hice por procurar su seguridad.

—¿Has terminado? —preguntó Logan con un tono de voz tan calmado que Edine puso los ojos en blanco. Ese tono de voz significaba que todavía quedaba mucho por decir y que no iba a ser divertido.

—¿Has pensado en lo que podía haber pasado si no hubiésemos llegado? ¿Has pensado quizá que Daroch podría reaccionar mal al hecho de perder? ¿Cómo pensabas resolver eso cuando se revolvió contra ti, como así ha resultado ser, al verse derrotado? Y aún es peor. Si te hubiese hecho algo, o a Isobel, que estaba también allí, habrías comenzado una guerra. ¡Maldita sea! Daroch ha demostrado no tener límite alguno.

Edine cogió aire antes de contestar.

—Tienes razón, pero lo hecho ya no se puede deshacer. Es una tontería pensar en lo que podía haber provocado cuando afortunadamente no hay nada que lamentar. Estamos todos bien y no se ha iniciado ninguna guerra —contestó con una sonrisa. El gesto que hizo con las manos señalando la puerta hizo que Logan gruñera por lo bajo. Su mirada, su rostro y su postura adquirieron una tensión que hizo que Edine pusiera las manos en jarra sobre sus caderas.

—¿Y ahora qué? —preguntó, harta de que Logan pensara que tenía algún derecho para reprocharle nada.

—¿Lo estás haciendo intencionadamente? Porque si es así, te está saliendo de maravilla.

—¿El qué? —preguntó Edine, ahora perdida.

—Sacarme de quicio —contestó Logan entre dientes.

—Nooo, pero me alegra saber que no haber perdido el toque —dijo Edine, tan seria que si no fuera por la chispa divertida que Logan vio en sus ojos pensaría que lo estaba haciendo con alevosía.

—En este momento te estrangularía.

Edine hizo un ruido con la lengua que decía claramente que sabía que eso era solo palabrería.

—No sé por qué te importa tanto. Y si es por la dichosa posibilidad de iniciar una guerra entre clanes, tengo que decirte que eso lo hacéis vosotros muy bien solos, sin mi ayuda —contestó Edine, recordando el entrenamiento conjunto que hicieron días atrás y que acabó con más heridos que en un combate de verdad.

Logan se acercó a ella con la agilidad de un gato. Edine quiso dar un paso atrás para mantener la distancia, pero su orgullo se lo prohibió, quedándose allí quieta y mirando a Logan como si ese gesto no la hubiese perturbado de ninguna manera.

—No tiene gracia —gruñó Logan cuando vio la sonrisa de suficiencia en los labios de Edine.

—Eso es lo que tú crees. Tendrías que verte la cara. Parece que te va a estallar la vena del cuello. Esa de ahí —comentó Edine como de pasada, señalando la parte izquierda del cuello de Logan. No intentaba quitarle importancia a todo lo que había pasado. Al contrario, después del miedo que había sentido de no poder proteger a Ed y que pudiese pasarle algo a Isobel por su culpa, solo intentaba olvidarlo todo. Los temblores que se habían adueñado de ella y el cansancio eran evidencia suficiente de que no estaba tan entera como quería aparentar.

Logan cerró los ojos, antes de contar hasta diez. Aquel enfrentamiento no había entrado en sus planes cuando la llevó hasta allí. Lo único que pretendía es que Edine entendiera el peligro al que se había expuesto y lo que podía haber pasado si Grant y él no hubiesen aparecido en el momento en el que lo hicieron. Lo que había hecho por Ed era increíble, valeroso y estúpido, tan temerario que estaba secretamente orgulloso de ella, de ese comportamiento loco y absolutamente generoso que admiraba. Pero las cosas no eran tan sencillas, y no estaría tranquilo hasta que Daroch abandonara aquellas tierras. No estaba seguro de que el orgullo maltrecho de Lachan y la humillación de la que él se consideraba víctima no fraguara algún tipo de venganza contra Edine y eso era algo que no podía permitir.

Sabía que no podría confiar en ella, lo suyo había quedado atrás. Sin embargo, eso no evitaba que quisiese que estuviese bien, segura. Ese era un sentimiento más fuerte que su determinación.

Edine contuvo el aliento cuando la mano de Logan tomó uno de sus mechones y lo dejó detrás de su hombro con total delicadeza antes de acariciar su mejilla con los dedos y la palma llena de durezas del hombre que atormentaba su mente desde que lo vio por primera vez.

—Prométeme que hasta que Daroch deje estas tierras te mantendrás cerca de mí.

Edine lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Crees que intentará algo?

Logan acarició la suave piel de Edine, esa que le estaba volviendo loco con el dedo pulgar, levemente, sin alcanzar sus labios, los mismos que deseaba probar con un hambre voraz.

—Prométemelo.

Edine escrutó sus ojos buscando respuestas. No quería, ni siquiera deseaba plantearse que la preocupación que veía en ellos fuese genuina. Una no nacida de su honor, de su deber o de la misión que ejerciera allí, sino de algún sentimiento que involucrara tener en cuenta su seguridad. Esa posibilidad era demasiado dolorosa como para plantearse, para pensar en ella, pero cuando le vio bajar sus labios hacia los suyos, cuando lo vio mirarla con la preocupación enredada en sus ojos, se perdió. Redujo el espacio entre ellos, se puso de puntillas y rodeó el cuello de Logan con los brazos rozando sus labios, porque lo necesitaba. Llevaba cuatro años siendo fuerte, frente a todo y frente a todos, y solo por un instante deseaba sentirse amada, protegida, sin que tuviese que disimular o fingir un dominio de sí misma que la agotaba y la consumía. Necesitaba a Logan con toda su alma. Solo por un instante, se dijo a sí misma. Después podría volver a su vida, volver a



alzar sus defensas y seguir adelante.

Logan sintió los labios de Edine sobre los suyos, como una caricia. Oyó el tembloroso suspiro de su boca y su cuerpo contra el suyo. Los dedos de ella enredados en su pelo, con suma delicadeza, y su aroma embotando todos sus sentidos. Separó los labios de ese agónico roce para mirarla a los ojos, y lo que vio en ellos le convenció de que en ese instante no mentía. Su deseo era genuino y le nublaba la mirada. No se negó lo que ambos deseaban, y aproximó de nuevo sus labios en una lenta peregrinación hasta esa boca que le estaba esperando y que Logan llevaba deseando desde que la besó días atrás. En ese instante le pareció que había pasado una eternidad. Edine tenía ese efecto en él, y cuanto más tomaba de ella, más deseaba.

La tomó con firmeza y ahondó el beso que los estaba volviendo locos a ambos y que era demasiado casto para su deseo. Deslizó su lengua entre los labios de Edine para entrar en su boca y devorar cada rincón de ella, con plenitud absoluta, porque eso era lo que deseaba de una forma salvaje y primitiva. Quería marcarla y reclamarla como suya. Quería perderse en el roce de esa piel que lo estaba volviendo loco, en la mirada fuerte y llena de intenciones que Edine destilaba, en esos labios y en el interior de esa boca que le hacía perder la poca cordura que le quedaba cada vez que probaba su sabor, y se embriagaba con ello. Todo ello, unido al olor de su pelo, a lavanda, mezclado con el de su piel, actuaba como un afrodisíaco sobre sus sentidos. Quería enterrarse en ella una y otra vez hasta que gritara su nombre, saciada y borracha de placer, y que libremente se entregara a él en cuerpo y alma reconociendo que era tan suya como él era suyo. Y lo deseaba con tal fuerza que era una auténtica tortura dejar que la realidad se abriera paso entre la bruma de su deseo.

Edine se entregó a ese beso con todo su ser. Se apoyó más en Logan casi sin aliento cuando sintió su mano por debajo del vestido, deslizándose por su muslo hacia el mismo centro de su femineidad. Quiso tomar aire, pensar en que no debían ir tan lejos, pero Logan no se lo permitió. Siguió besándola con voracidad, con urgencia, mientras se tragaba los gemidos de Edine cuando entre los muslos sus dedos encontraron lo que buscaba, separando sus labios y tocando el botón de carne que culminaba su centro de placer. Edine se retorció entre sus brazos gimiendo descontroladamente. Logan acalló esos gemidos enredando su lengua con la de ella, penetrando en su boca como sus dedos penetraban su sexo y la tocaba sin clemencia.

Edine pensó que moriría si Logan la soltara en aquel instante. No podía pensar, ni siquiera podía sostenerse. Logan la tenía protegida, unida a su cuerpo en un arco perfecto creado alrededor de ella con su brazo izquierdo, mientras la tocaba íntimamente haciéndola perder la razón. Lo sentía por todas partes, exigiendo que se rindiese a su posesión, tragándose sus gemidos, los que no podía dejar de emitir aunque su vida dependiera de ello. Hasta que el placer se adueñó de cada centímetro de su cuerpo, haciéndola estallar en miles de fragmentos, haciéndola gritar su nombre, temblando.

Logan estaba a punto de explotar en sus pantalones. Todavía con su cuerpo pegado al de Edine, la observó. Tenía los ojos cerrados y las mejillas sonrojadas y los labios hinchados y rojos, más hermosa que nunca después de haberse entregado al placer. La visión de su rostro, saciado, lo excitó más de lo que pensaba posible. No había pretendido llegar tan lejos, pero cuando la sintió temblar entre sus brazos y escuchó sus gemidos lo único que quiso fue que se abandonara en sus brazos, entre sus manos.

Un ruido procedente del pasillo le hizo volver a la realidad.

Se separó un poco de Edine como si le doliese.

—Promételo.

Edine salió de la nebulosa de placer a la que Logan la había llevado para mortificarse por haber permitido que aquello sucediese. Sus mejillas debían estar rojas al igual que su cuello y todo su cuerpo. No podía mirarle, no después de la intimidad que acababan de compartir, sabiendo que aquello no cambiaba nada de lo que él sentía por ella. Se recordó que él no la había perdonado, que la odiaba, y a pesar de ello la había hecho sentir amada, de una forma que le robaba el aliento.

Logan la hizo levantar la cabeza, posando los dedos debajo de su barbilla.

—Edine, mírame —le dijo con voz ronca cuando vio su azoramiento.

Edine sabía que Logan no había culminado su deseo. Lo sentía duro allí, donde su miembro oculto por su *feliáh mor* rozaba su cintura.

—No lo lamento. Los dos lo deseábamos. Pero si eso te preocupa, no volverá a pasar — continuó Logan, cuando vio los ojos de Edine. ¿Era arrepentimiento lo que veía en ellos?

Edine le miró sin poder, sin querer evitar sus ojos por más tiempo. Sabía que Logan había interpretado su silencio, su miedo a que ese momento desapareciese, como vergüenza o arrepentimiento, y eso era lo mejor. Sabía que él no la amaba. Esperar algo más era una quimera.

—Lo siento Logan —dijo Edine con el corazón en un puño—. Siento mucho todo el daño que pude causarte. No fue mi intención.

La expresión de Logan se endureció y su mirada intensa se enfrió lo suficiente para que Edine diese un paso atrás. La caricia sobre su mejilla la sorprendió. Solo fueron unos segundos, los suficientes para que a Edine le supiera a despedida. Logan jamás podría perdonarla.

## CAPÍTULO XVI

Isobel esperó fuera de la habitación junto a Grant mientras Elisa revisaba a Ed. Mientras Logan y su prima permanecían desaparecidos, ella se había quedado allí con el pequeño y con MacLaren.

—¿Estás más tranquila?

Isobel dejó de pasearse pasillo arriba y abajo para mirar a Grant, que se había apoyado en la pared de piedra y la miraba sin su habitual sonrisa. Su mirada también estaba desprovista del sutil cinismo que la embargaba al mirarla.

Hubiese querido responderle de otra forma, que esa pregunta hubiese sido hecha con su habitual sarcasmo para poder haberse desahogado con él. Los nervios aún atenazaban sus extremidades. Las manos le temblaban y las piernas parecían no poder responder con su habitual rapidez. No quería llorar. Lo que había pasado no era para que ella perdiera la compostura ahora y menos delante justamente del último hombre que quería que la viera vulnerable. Pero al mirarle y ver la preocupación impregnada en cada uno de sus rasgos, la dejó desarmada, vulnerable, ante él y ante sus propios temores.

—Todavía me tiemblan las manos —dijo Isobel en voz baja mostrándoselas—. No consigo que se detenga.

A Grant le partió el corazón verla así de vulnerable.

—Ven aquí —le dijo MacLaren tomando las manos de Isobel entre las suyas. Las tenía heladas y un ligero temblor las mantenía inquietas.

Isobel sintió el calor de las manos de Grant manar hacia las suyas. El consuelo y la seguridad que encontró en ellas fue tan intenso e inesperado que las lágrimas que había controlado hasta ese momento asomaron a sus enormes ojos azules como si no atendieran a razones. Sabía que se iba a derrumbar allí mismo, ante ese hombre, si permanecía por más tiempo a su lado, y no podía permitírselo. No ante él, que la exasperaba y espoleaba su mal genio haciendo que no pudiera contenerlo, que la desafiaba y la ponía nerviosa y la hacía sentir vulnerable como nadie jamás antes lo había logrado. Así que cuando ya pensaba librarse de sus manos y salir corriendo para que no fuera testigo de su debilidad, se sorprendió a sí misma arrojándose a los brazos de Grant llorando desconsoladamente y empapando la camisa de MacLaren como si no hubiese un mañana.

Grant no supo cómo reaccionar cuando Isobel se arrojó a sus brazos. No se lo esperaba. Francamente, cuando ella había levantado la vista y él había visto sus ojos anegados en lágrimas pensó que saldría de allí como alma que lleva el diablo, pero en vez de eso se refugió contra su pecho. Grant la abrazó acunándola contra sí, con la cabeza de Isobel bajo su barbilla y protegiéndola con su cuerpo. Quería que se sintiera segura, quería que dejara de llorar porque ese sonido le estaba partiendo el alma. Se descubrió a sí mismo siendo consciente de que podía aguantar cualquier tipo de dolor, cualquier revés del destino, pero no podía soportar el llanto de Isobel.

—Tranquila, estoy aquí. No llores, por favor... Me estás matando —dijo Grant con voz suave

y baja—. Haré lo que quieras, incluso caeré de rodillas ante ti, pero no llores más —agregó separándose un poco, lo suficiente para que Isobel levantara la cabeza y lo mirara a los ojos.

Isobel dejó de llorar, sorbiendo un poco por la nariz, un gesto aññado que a Grant le pareció irresistible.

Grant no pudo evitarlo. Esos ojos grandes y llenos de tristeza que lo miraban como si buscaran refugio en una tormenta, perdidos y esperanzados. Sus labios rojos, temblorosos y tentadores como la vida misma, y esa piel tersa y demasiado hermosa para no adorarla con su tacto. Bajó su cabeza buscando los labios de Isobel, hambriento, cuando un golpe en su mejilla lo sacó de la nube de excitación en la que se había visto envuelto.

—Lo... lo siento —dijo Isobel con la cara roja como la grana y los ojos abiertos como platos—. No quería darte una bofetada, de verdad, pero es que ¡ibas a besarme! —exclamó con un gesto teatral en las manos que preguntaban a las claras por qué desearía él hacer eso.

Grant dio un paso atrás cruzando los brazos sobre su pecho.

—Podías haber dicho que no. Estaba intentando consolarte. No ha sido nada calculado. También ha sido inesperado para mí —contestó con el ceño fruncido.

—¡Pero es que has intentado besarme! —exclamó Isobel, como si todavía no hubiese quedado claro. En ese momento tenía las piernas ligeramente abiertas y los brazos en jarras sobre sus caderas.

Una sonrisa se extendió sobre los labios de Grant. Todavía lamentaba haber perdido ese beso, pero prefería mil veces verla así que abatida entre sus brazos. Con esto podía lidiar, no con su llanto o su dolor. Y maldita sea si ella era consciente de eso, porque entonces lo tendría en la palma de su mano. Y en cuanto ese pensamiento cruzó su mente se dio cuenta que no le importaba si ella lo comprendía, porque se había enamorado de Isobel MacLeod. De esa pequeña rebelde, sorprendente, exasperante y endiablada cabezota.

—Parece que estás teniendo un problema con eso —dijo Grant algo divertido.

El rostro de Isobel, ya desprovisto de lágrimas, se endureció al escuchar esas palabras.

—Pero tú no puedes pretender hacer eso conmigo. Tú no quieres besarme —agregó Isobel como si esa fuese una verdad universal y Grant estuviese loco por querer insinuar otra cosa.

—¡Ohh, sí que quiero! Mucho.

El rostro de Isobel no podía ponerse más rojo. Su piel, demasiado pálida, mostraba todo el rubor que era capaz de soportar.

Isobel balbuceó unas cuantas cosas incomprensibles hasta que pareció centrarse nuevamente y mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Esta es alguna de tus tretas para reírte de mí, ¿verdad? Es juego sucio.

Grant hizo un gesto con los hombros como dando a entender que le daba igual lo que ella pensase, que le era indiferente. Isobel gruñó por lo bajo ante su clara intención de no contestar a su pregunta.

—Estoy pensando en algo sucio, pero no es precisamente un juego. ¿O sí? Eso depende de ti —dijo con una voz sugerente y un brillo divertido en los ojos.

Isobel estaba totalmente escandalizada y un «ohhh» quedó atrapado en su garganta sin poder emitir sonido alguno.

Grant no pudo aguantarlo más y soltó una carcajada.

—Eres adorable, ¿lo sabías? —preguntó dando un paso hacia ella.

Isobel tenía que haber dado también uno para atrás, a fin de mantener la distancia con él, pero no lo hizo. En vez de eso soltó una tontería que hizo que Grant volviese a reír.

—Edine siempre dice que adorables son los gatos.

Cuando Grant dejó de carcajearse, volvió a dar un paso más hacia ella.

—No sigas acercándote —dijo Isobel con una voz carente de convicción.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó Grant mirándola con intensidad.

—Yo no... no tengo miedo a na... nada.

Ese tartamudeo nervioso hizo que Grant sintiera una cálida sensación en su interior, y cuando volvió a pensar que era adorable, se acordó de su comentario sobre los gatos y no pudo evitar volver a reírse.

—¿Tienes un segundo nombre? —preguntó Isobel, como si con esa pregunta pudiese distraerlo y frenar su avance.

Grant se extrañó por la pregunta, pero respondió igual.

—Kendrick.

Isobel asintió antes de hablar.

—Grant Kendrick MacLaren, detente y deja de hacer tonterías o te meterás en un buen lío.

Grant se rio a carcajadas. No había sido su intención, pero el reproche, hecho con una seriedad absoluta como si fuese su abuela había sido muy divertido.

—Eso no le funcionaba ni a mi madre, Isobel Seelie MacLeod.

La sorpresa que reflejaron las facciones de Isobel le dijo a Grant que ella nunca se hubiese imaginado que él sabía que también tenía un segundo nombre y menos que conocía cuál era.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó algo desarmada.

Había sentido algo extraño al escuchar de sus labios su nombre completo. Sin querer su mirada se detuvo en ellos y con un estremecimiento de asombro supo que deseaba probarlos.

—Porque es hora que comprendas que me interesa todo de ti. Esto no es un juego, ni una venganza, ni un pasatiempo. Es una necesidad. Voy a besarte y si no quieres que lo haga es tu oportunidad para salir de aquí. Solo tienes que dar media vuelta e irte, pero si me dejas acercarme a ti y atraparte entre mis brazos, entonces tendrás que atenerte a las consecuencias.

Isobel quería dar media vuelta y salir corriendo. Sabía que eso era lo que tenía que hacer. Antes le había dado una bofetada por lo mismo que quería intentar ahora, salvo que en ese instante todo le parecía diferente. Él le había dicho que besarla era una necesidad. Esas palabras se habían clavado en su pecho, haciendo eco una y otra vez en su interior, calentando una parte de su corazón que le era desconocida.

—¿Qué consecuencias? —preguntó Isobel levantando su cabeza para así poder mirarle a los ojos. Grant ya estaba a su lado y le era imposible mantener el contacto visual si no era de esa forma.

—Bueno —continuó Grant posando sus manos en la cintura de Isobel y acercándola a él hasta que la tuvo entre sus brazos—. Ahora ya es demasiado tarde para decírtelo, pero permíteme que te lo muestre.

A Isobel no le dio tiempo a decir nada antes de que Grant se apoderara de sus labios, y con su boca, su lengua y su pasión la hicieran olvidar todo.

\*\*\*

Elisa estaba agotada. Esos días estaban siendo infinitos. Aparte de los miembros del clan a los que ya visitaba, como Beth, cuyo parto había asistido la noche anterior, o Erwin, cuyo brazo estaba sanando correctamente, se sumaban los continuos requerimientos por parte de los invitados. Aparte de Edine MacLeod, había tenido que curar los múltiples golpes y cortes que había causado un entrenamiento entre los diversos jefes de los clanes allí reunidos. Grant le dijo que había sido

para aliviar tensiones, pero después de ver cejas y labios partidos, golpes en lugares poco recomendables, alguna que otra nariz destrozada para siempre, cabezas casi fracturadas y cortes profundos, no sabía si más que aliviar tensiones habían iniciado guerras.

Una de esas curas era la que tenía su mente alterada a todas horas. Un corte profundo en el brazo de Duncan McPherson. Todavía recordaba cómo le habían temblado las manos, normalmente firmes y templadas, cuando tuvo que tocarle para curar su herida. La mirada intensa y fija en ella de ese hombre tampoco ayudó en nada a tranquilizarla. Después de varios días, no había llegado a ninguna conclusión sobre su confuso comportamiento. Porque no podía negarse lo que era evidente, y es que Duncan McPherson la turbaba como jamás nadie lo había conseguido.

Como si el hecho de pensar en él hubiese tenido el poder de convocarlo, el objeto de sus pensamientos apareció de entre las sombras cuando Elisa salió del castillo para dirigirse a su pequeña casa. Tres años atrás, Grant quiso que ella se quedara a vivir en él cuando su madre se fue. A su primo no le gustaba que viviese sola en una de las casas más apartadas del clan, sin embargo, a Elisa le agradaba esa soledad. Demasiados años en un ambiente caótico y violento. La independencia que le otorgaba su pequeña casa era algo que la hacía sentir bien.

—Demasiado tarde para ir sola, ¿no cree?

Elisa lo miró aún sobresaltada por su presencia. No lo había visto hasta que casi estuvo encima. Esa noche la luna llena iluminaba suficiente como para ver sus facciones.

—Estoy en tierras MacLaren. Este es mi clan y son mi gente. No se preocupe, estoy a salvo.

Duncan McPherson esbozó una sonrisa, aunque el ceño algo fruncido mostraba cierta preocupación.

—No dudo de su palabra, pero en estos días hay gente que no pertenece a su clan en tierras MacLaren y yo me sentiría mucho más tranquilo si me permitiera acompañarla o llamar a alguien de su clan, si lo prefiere, para que lo haga.

Elisa no sabía si sentirse halagada por su preocupación o sentirse agraviada por la poca confianza depositada en ella.

—Ni una ni otra. No quiero molestarle y tampoco veo necesario que nadie me acompañe. Soy la curandera del clan. Créame que he salido a horas más intempestivas que esta y, como puede ver, estoy bien.

Duncan asintió lentamente. Pero algo dentro de Elisa le dijo que esa conversación no había terminado.

—¿Ni siquiera se queda a cenar? —preguntó McPherson con voz grave y calmada.

Elisa se arrebujó en el paño que cubría sus hombros cuando el viento frío la alcanzó, moviendo levemente la falda de su vestido.

—No tengo hambre —le contestó cansada.

La voz de McPherson, cálida y varonil, había llegado hasta ella abrigándola más que la lana que sobre su cuerpo intentaba darle abrigo. Elisa no pudo detener la sensación que se extendió por su pecho cuando vio la mirada cálida y preocupada de Duncan fija en ella.

—Se la ve exhausta. No debería descuidar su salud. Necesita dormir y también tiene que comer, sino terminará enfermando.

Elisa sonrió para que Duncan pudiese comprobar que no estaba tan mal como él imaginaba. El anhelo la golpeó, ese que le hacía preguntarse cómo sería tener a alguien a quien le importases lo suficiente como para cuidar de ti, para preocuparse hasta el extremo de fijarse en esos detalles. El hecho de que Duncan se hubiese percatado de que no había comido, de que necesitaba dormir, era algo que la había emocionado. Era una tontería, lo sabía, pero no podía evitarlo.

Ella nunca había tenido eso, ni siquiera por parte de sus padres. Su primo Grant era lo más cercano que tenía a esa familia deseada. Se preocupaba por ella y siempre estaba ahí para escucharla, pero era el jefe del clan y tenía muchas obligaciones, así que Elisa intentaba no darle más motivos de preocupación, callándose todo lo que podía. Odiaba ser una carga para los que amaba.

Una mano en su mejilla la sacó de sus pensamientos, deleitándose por unos segundos en el calor que emanaba de esos dedos que, a pesar de ser fuertes y endurecidos con callosidades, la tocaron con una delicadeza que la conmovió y envió escalofríos por todo su cuerpo. El roce duró segundos.

—De acuerdo. No la detendré, pero entonces tendré que seguirla para cerciorarme de que llega sana y salva —continuó Duncan con la voz ronca, como si algo le hubiese afectado.

—Está de broma, ¿verdad? —preguntó Elisa antes de percatarse de la firmeza en la mirada de McPherson.

—Con la seguridad de una dama nunca bromeo —respondió Duncan más serio de lo que lo había visto desde que llegó.

Algo le dijo a Elisa que no le haría cambiar de opinión.

—¿Y quién me dice que no debo cuidarme precisamente de usted? Apenas nos conocemos —preguntó Elisa, más por curiosidad, que porque pensara que Duncan podría hacerle algo. Se conocían solo de unos días, pero algo le decía que McPherson jamás le haría daño, en realidad se sentía con él más segura de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—Me tiró el primer día al suelo y acabé con barro en partes en las que jamás imaginé. Cuando me vendaba el brazo, después de curarlo con gran maestría, he de decir, dejó cerca de mí unas hierbas que todavía no sé nombrar, pero que me produjeron una reacción que me provocó un salpullido durante dos días. Y estoy seguro de que su ingenio y su tenacidad podrían hacerme pedazos si así lo deseara. Así que yo me pregunto quién es el que está en verdad en peligro.

Elisa sonrió abiertamente ante esas palabras.

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que es buen orador? Me ha convencido. Si lo expone así, no puedo negarme, pero solo si me deja echarle otro vistazo a ese brazo. No lo he vuelto a revisar desde que curé su herida.

Elisa vio un brillo en los ojos de Duncan ante sus palabras que creyó haber imaginado cuando este desapareció al instante.

—Está perfectamente. No se preocupe.

Elisa se cruzó de brazos delante de McPherson, lo que hizo que este soltara una pequeña carcajada.

—Está bien. Me parece justo.

Elisa esbozó una sonrisa antes de comenzar a andar, uno al lado del otro.

## CAPÍTULO XVIII

Logan había esperado algún tipo de represalia por parte de Daroch, por eso había hecho guardia entre las sombras cerca de la puerta de la habitación que ocupaban Edine e Isobel.

Ambas habían subido tras la cena. De eso hacía un buen rato, pero todavía quedaban comensales en el salón. Logan pudo escuchar durante las siguientes horas los pasos de los invitados cada vez que uno consideraba retirarse para acabar pronto entre los brazos de Morfeo. Allí permaneció hasta que los primeros rayos de sol se insinuaron sobre un horizonte tímido. La densa niebla era visible ahora que podían adivinarse los relieves en el terreno del exterior.

Más convencido de que Daroch se marcharía sin crear más problemas, abandonó el pequeño espacio que había ocupado durante toda la noche y se dirigió a su habitación. Las piernas y el cuello le dolían por haber permanecido durante horas en esa precaria postura. Eso, unido a la falta de sueño, fue la única explicación que consiguió darse para descuidar su espalda cuando entró en el cuarto cerrando la puerta tras él.

Sintió el filo del puñal hiriendo su brazo y parte del pecho un segundo antes de reaccionar. Fue tarde para evitar el ataque, pero lo suficientemente rápido para evitar una muerte segura. Ese puñal iba directo a su corazón. El resto fue instintivo. Se agachó volviéndose sobre sí cuando su atacante volvía a la carga para intentar rematar el trabajo. Falló por poco, pero a Logan le dio el margen que necesitaba para agarrarlo de la muñeca evitando que pudiese empuñar de nuevo el arma en su dirección. Se levantó rápido y de un golpe con su cabeza le rompió la nariz. El desconocido se dobló sobre sí mismo por el dolor y aflojó el agarre del puñal, cosa que Logan aprovechó para desarmarlo.

Cuando iba a rematar el golpe para inmovilizarlo, el desconocido lo alcanzó en el pecho y brazo herido, haciendo que Logan apretara los dientes por la punzada lacerante que sintió en su pecho. Ese hombre era un guerrero avezado. Aprovechando la debilidad de su contrario, intentó golpear nuevamente a Logan en su brazo herido. No lo consiguió, pero en el camino desestabilizó a Logan tirándolo al suelo. Su gran tamaño, superior al de Logan, y su gran musculatura vencieron a la agilidad de Logan que debajo de él intentó quitárselo de encima sin éxito. Con su brazo casi inutilizado, poco pudo hacer cuando ese hombre lo cogió del cuello, apretando con la clara intención de asfixiarlo.

La sonrisa de suficiencia del individuo sacó de quicio a Logan, cuya situación era del todo menos favorable. Sabía que si no hacía algo sería su última lucha. La falta de aire le estaba haciendo perder fuerzas. Con la mano tanteó el suelo. Rezó para que el puñal del que había desarmado a su oponente antes estuviese cerca. Con la punta de los dedos tocó el mango. No lo pensó, y cuando el guerrero dirigió su mirada hacia la mano de Logan ya fue demasiado tarde. La hoja se incrustó en su cuello haciendo manar a borbotones la sangre de la incisión certera. La mirada llena de incredulidad fija en Logan fue lo último que el guerrero hizo antes de caer muerto a su lado.

\*\*\*

Elisa estaba distraída esa mañana. No había podido dormir después de que Duncan la acompañase hasta su casa. Lo había intentado. Había estado tan cansada que hubiese sido lo



natural, pero en vez de eso se vio a sí misma dando vueltas y pensando en los ojos de aquel hombre y en la intensidad de su mirada. Así que, al alba, harta de seguir pegándose con las sábanas, se levantó, hizo sus abluciones matinales y se dirigió al castillo. Quería ir a volver a ver los golpes del pequeño Ed, por si estaban sanando como debían y de paso ver a Anne. El estómago le dolía últimamente y quería asegurarse de que no era algo más serio. Ya llevaba un preparado con diversas hierbas para aliviarle el malestar.

Cuando llegó y atravesó sus puertas no había esperado encontrarse con Grant listo para ir a por ella. Su cara extremadamente seria le confirmó que algo grave había ocurrido.

Cuando le pidió que lo acompañase por los pasillos hasta llegar al dormitorio de uno de sus invitados, no esperó encontrarse con un cadáver en el suelo y a Logan McGregor sangrando profusamente por su brazo y pecho.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—Un ejercicio de entrenamiento que ha salido mal —dijo Grant mirándola con un brillo irónico en los ojos. Elisa sabía que estaba siendo sarcástico. Grant tendía a hacerlo en circunstancias tensas como aquella—. ¿Tú qué piensas que ha pasado? Lo han atacado con intención de matarle y Logan no ha tenido más opción que acabar con él —continuó Grant, pasándose los dedos por el pelo y señalando al cadáver que yacía inmóvil.

Cuando había ido a ver a Logan esa mañana para decirle que Lachan Daroch ya había abandonado el castillo, lo que menos imaginó fue encontrarse a su amigo herido y a un muerto en el suelo de su habitación. Logan le dijo que estaba bien, pero por la palidez de su rostro y la sangre que manchaba sus ropas, necesitaba a Elisa con urgencia. El haberla encontrado entrando en el castillo justo cuando salía a por ella fue una suerte.

Un grito sofocado hizo que los tres miraran hacia la puerta de la habitación.

—¡Qué demonios...! —exclamó Grant cuando vio a Edine MacLeod, pálida, cruzar rápidamente la estancia para llegar hasta donde se encontraban Logan y Elisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin dejar de mirar a Logan.

Logan vio la preocupación en los ojos de Edine y eso hizo que la última de sus defensas cayese vergonzosamente sin luchar.

—Se mareó bailando —contestó Grant con el ceño fruncido.

Cuando Edine, Elisa y el mismo Logan lo miraron con cara de pocos amigos, soltó un gruñido antes de continuar.

—¿Por qué todo el mundo pregunta lo evidente? Hay un hombre muerto y tú estás herido, no creo que haya que hacer un mapa para deducir qué es lo que ha ocurrido.

Edine alzó una ceja antes de contestar.

—No creo que ese tono de «yo lo sé todo» y el sarcasmo te vayan a hacer ningún bien —dijo con voz tan dura que el mismo Grant sonrió en su interior. Empezaba a entender qué era lo que a Logan le fascinaba de Edine, aparte de lo hermosa que era. Lo mismo que lo había llevado a él a perder la cabeza por Isobel: su lengua mordaz, su genio y su fuerza.

—Déjame ver la herida —pidió Elisa que ya estaba abriendo su bolsa de cuero para sacar las cosas que iba a necesitar.

—Estoy bien. Puedo esperar a más tarde. He recordado quién es —dijo Logan señalando al hombre que yacía en el suelo—. Al principio no lo reconocí, aunque me era familiar. Es uno de los hombres de Daroch, de los que a su llegada Lachan mandó a tierras de los Lamont. Dijo que le estaba pagando una deuda, dejándole varios hombres por unos días. Imagino que este volvió ayer, porque durante todo este tiempo no lo volví a ver.

—Si ha sido Daroch, pagará por ello, pero eso puede esperar y tu herida no. Así que no seas cabezota y deja que te lo vea Elisa —dijo Grant serio. Conocía a Logan lo suficiente para saber que, cuando se le metía algo en la cabeza, era inútil discutir con él. Incluso cuando su salud estaba en juego.

—No alcanzaré a Daroch si pierdo más tiempo —continuó Logan levantándose con intención de irse.

Edine se puso delante impidiéndole avanzar.

—Puedes hacerle pagar lo que te ha hecho en otro momento, pero ahora necesitas que te curen esa herida, por favor. Haz caso a Grant y a Elisa. Por favor...

Logan supo que no podría cazar a Daroch. Al ponerse en pie, el mareo por la pérdida de sangre se hizo más que evidente. Sin embargo, eso no fue lo que le hizo desistir de su empeño, sino la mirada desesperada de Edine y ese «por favor» salido de sus labios que se clavó en su conciencia. La sensación cálida que se extendió por su pecho al comprobar que verdaderamente Edine estaba preocupada por él, lo hizo claudicar. Él le importaba.

Y eso no debería cambiar nada, pero de hecho lo hizo.

—Está bien— dijo Logan volviendo a sentarse y dejando que Elisa tomara su camisa para cortarla y empezar a curar su herida.

Edine no se marchó. Ayudó a Elisa en cada momento y cogió la mano de Logan cuando Elisa tuyo que quemar la herida que no dejaba de sangrar. Logan sabía que ella ni se dio cuenta de ese gesto, pero él sí, maldita sea, y aunque dolió como mil demonios, lo único que sintió al final fue el tacto de unos suaves dedos enredados a los suyos, sintiéndose acariciado por la otra mano de Edine que, intentando reconfortarlo, dejaba bajar sus dedos por su antebrazo, llenándolo de paz y de un deseo como no había sentido en mucho tiempo.

Odió el momento en que ella, reacia, los dejó, acompañando a Elisa. Y supo que no había sido cauto en sus sentimientos cuando, después de que se fueran, Grant lo miró con una gran sonrisa y una ceja enarcada. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

\*\*\*

Edine salió junto a Elisa y cuando enfiló el pasillo empezó a temblar.

—¿Estás bien? —preguntó Elisa parándose y haciendo que Edine también detuviera el paso.

—Perfectamente... —Edine no pudo seguir fingiendo cuando vio la expresión de Elisa. La curandera del clan la miraba con una expresión que dejaba a las claras que sabía perfectamente lo que le pasaba. A pesar de su juventud, Elisa MacLaren era una mujer sabia, observadora, fuerte e intuitiva. A Edine le había caído bien desde el primer momento que la conoció.

—No puedo mentirte, ¿verdad? —preguntó, sabiendo lo obvio.

La negativa de Elisa junto a su sonrisa lo dejó claro.

—Estoy temblando. He pasado un miedo terrible cuando he visto...

—Lo sé —dijo Elisa mirándola a los ojos. En ellos había comprensión y dolor. Ese sentimiento tan arraigado en sus ojos sorprendió a Edine y le hizo preguntarse qué era lo que había pasado Elisa para que esa emoción ahogara sus pupilas.

Edine tembló de nuevo. Había pasado tanto miedo, que solo el recordarlo podía con ella. Esa mañana, al alba, había acudido a la habitación de Logan con la intención de hablar con él antes de que todo el castillo bullera de actividad y le fuera imposible decirle lo que quería sin que nadie les molestase. Después de lo que había pasado la noche anterior y de cómo se despidieron, no había podido conciliar el sueño. La certeza y la magnitud de sus sentimientos la corroían por dentro porque nunca había dejado de amar a Logan. Había aceptado que nunca estarían juntos,

había aceptado que él la odiara y había aceptado que él viviese su vida lejos de ella, pero eso había sido antes de llegar a este castillo y de haberle visto de nuevo, antes de saber que todo lo que había aceptado eran una sarta de mentiras y que solo había estado aletargada, viviendo una vida a medias hasta que lo vio, y le sintió. Y entonces despertó de nuevo, sintiéndose más viva de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

A pesar de ello sabía que no podían estar juntos. Llegar a esa conclusión, durante la larga noche en la que había luchado contra sus sentimientos y contra su sentido común, la estaba destrozando por dentro. Habían pasado cuatro años y muchas cosas habían cambiado en ese tiempo. Ellos no eran los mismos que se juraron amor eterno, aunque sintiese que ese juramento seguía tan vivo en su interior como el día en el que lo pronunció. Pero después de sufrir ambos en el camino, después de recomponer sus vidas ¿Qué sentido tenía volver atrás? No podían. Amaba a Logan y sabía que Logan sentía aún deseo por ella. No era tan ilusa como para pensar que también era amor. El Logan que estaba enamorado de ella murió el día en que ella lo abandonó. Este Logan no era el hombre que ella recordaba, y a pesar de ello, aun cuando sabía lo que pensaba, el hombre del que se enamoró había estado visible para ella en momentos, que atesoraría cuando se fuera de allí. Porque Edine no se engañaba pensando que, a pesar de esa debilidad, él la perdonaría y volvería a confiar en ella. Lo había sentido en cada una de sus caricias. Eran reales, pero sabían a despedida. Eran las caricias de un amante que deseaba pero que sabía que aquello no tendría un final feliz. Sabía que Logan era el hombre más fuerte que conocía y sabía que sería feliz. Él ya había superado lo que pasó entre ellos. Contarle lo que en realidad aconteció, relatarle su infierno, no aportaría nada a su presente, solo dolor, un dolor que no tenían por qué soportar los dos. Ella lo llevaría sola.

Logan había zarandeado su bien organizado mundo, sus medidas y estudiadas reacciones, como si removiera un avispero, y ella había reaccionado. Ahora le tocaba sofocar esos sentimientos y mantenerlos para ella. Los atesoraría, recordando cada segundo cuando la soledad o la tristeza acudieran en su busca. Eso se llevaría de allí. Quería quedar en paz con Logan, quizás recuperar su amistad. Quería poder despedirse de él sin resentimientos. No quería que el pasado quedase inconcluso por más tiempo entre ambos ¿Era demasiado pedir?

—Estaré bien —dijo Edine con una sonrisa viendo la preocupación en los ojos de Elisa por el tiempo en que había pasado sin decir nada, perdida en sus pensamientos.

—Si necesitas hablar, escuchar se me da muy bien —ofreció Elisa guiñándole un ojo.

Edine sonrió más abiertamente. Definitivamente, Elisa MacLaren le caía muy bien.

## CAPÍTULO XIX

Los dos días siguientes fueron un auténtico calvario para Edine. A pesar del estado de Logan, este salió junto a Grant y un grupo reducido de hombres, entre ellos Duncan McPherson y Alec Campbell, para alcanzar a Daroch, ajustar cuentas y devolverle el cuerpo sin vida del guerrero que había intentado matar a Logan. Aunque McGregor no podía culpar directamente a Daroch del intento de su asesinato, el hecho de que su asesino fuese un miembro de su clan ponía a Lachan en una situación comprometida. Daroch era el responsable y él lo sabía, pero sin pruebas, este podía aducir que el guerrero a sus órdenes actuó sin su consentimiento. Y, aunque nadie pudiese creer tal mentira, esa duda era suficiente para que Logan no pudiese despellejarlo vivo. Así que cuando lo alcanzaron, le devolvieron el cuerpo y McGregor lo desafió. Fue lo que Logan exigió. A pesar de su brazo izquierdo herido, Logan no tuvo piedad y Daroch acabó con la cabeza en el barro, varias costillas rotas, la nariz fracturada y la espada en el cuello. Le dejó bien claro que si alguna vez alguien de su clan volvía a atentar contra su vida, lo mataría. El asentimiento ante sus palabras de los hombres que le acompañaban, todos jefes de clanes y los mejores *Highlanders* que existían, Daroch tuvo que aceptar que, si alguna vez osaba ni siquiera respirar en la misma dirección que McGregor, era hombre muerto.

Cuando volvieron al castillo y Edine vio a Logan, pudo volver a respirar con normalidad. Nadie podría sospechar que estaba herido si no fuera por los signos externos que lo evidenciaban. Un labio partido y una postura más rígida de lo normal. Sus ojos seguían siendo esos pozos insondables que atraían a todo el mundo por igual.

Edine quería hablar más tarde con él. No había podido hacerlo cuando fue a su habitación y se encontró con la escena que había estado presente en sus pesadillas las últimas dos noches, salvo que en esos sueños era el cuerpo de Logan el que veía tirado en el suelo sin vida.

Con ese pensamiento salió del salón y se dirigió al pequeño salón que las damas habían acondicionado para bordar y charlar tranquilamente cuando Lesi la interceptó.

Sabía que su hermana quería hablar con ella. Lo había intentado varias veces desde su llegada y hasta ese momento Edine la había esquivado. Sin embargo, en ese instante iba a ser muy difícil poder evitarla.

—Edine, por favor, ¿podemos hablar? No creas que no me he dado cuenta de que, cada vez que me acerco, te vas.

—¿Y por qué podría ser eso, Lesi?

Edine comprobó cómo el rubor cubrió las mejillas de su hermana. Parecía que por lo menos tenía la decencia de sonrojarse por todo lo que había hecho.

—Tienes razón y por eso necesito hablar contigo. No... no te pediré nada después de eso.

Edine estuvo tentada de negarse, pero después de echar un vistazo y ver que la habitación estaba vacía, asintió con la cabeza y entró en él, con Lesi siguiéndola de cerca. Sabía que las demás damas habían salido a dar un paseo, entre ellas Isobel con Helen Cameron; y Thorne iba siguiéndolas de cerca.

Edine se excusó aduciendo un fuerte dolor de cabeza. Isobel la había mirado interrogativamente, pero después de dos días sin apenas dormir, y de los que su prima había sido

testigo, Isobel pareció aceptar su excusa. La única realidad es que Edine quería estar allí por si Logan volvía. Necesitaba saber que estaba bien.

—Tú dirás —dijo sin tomar asiento. Quería que aquello fuese breve.

Edine vio por primera vez a su hermana nerviosa. Rehuía su mirada y se retorció las manos entre sí.

—Quería pedirte perdón —dijo Lesi mirándola con ojos suplicantes.

Edine vio en ellos dolor, y sin embargo no se sintió turbada por ello. Esas tres palabras no podían cambiar el pasado. Se volvió de espaldas y anduvo por la habitación antes de enfrentar de nuevo a su hermana.

—Te agradezco esas palabras, pero no es tan fácil. No puedes pretender que te perdone. No después de lo que hiciste.

Edine vio la cara descompuesta de Lesi.

—Lo sé, pero yo no sabía que papá iba a hacer lo que hizo —dijo, defendiéndose con fervor.

Edine se acercó con la rabia quemando en sus labios.

—¿Y cómo pensaste que iba a reaccionar sabiendo que su hija estaba embarazada de un hombre sin estar casada? ¿Qué pensaste que iba ocurrir, Lesi? —le preguntó con furia.

El arrepentimiento acudió sus facciones antes de hablar.

—No sabía que era esa clase de hombre, ahora lo sé. Y también sé que tú me defendiste de él durante toda mi vida. Ahora lo comprendo.

—Demasiado tarde, Lesi —dijo Edine conteniendo un sollozo.

Lesi intentó acercarse con una súplica en su mirada.

—No sabía que te pegaría aquella paliza. Te lo juro. No sabía que perderías al bebé.

—¿Y quizás no lo hubiese perdido si después de pegarme hasta dejarme sin sentido no me hubiese subido a una carreta y me hubiese mandado, en pleno invierno y sangrando durante días, a casa de la tía Nerys! Perdí al bebe en el camino, entre baches y dolores inhumanos, porque él dio la orden de no parar aunque su hija estuviese agonizando. Y créeme que ese dolor no era nada comparado con el hecho de saber que había perdido a mi hijo. Cuando llegué a tierras MacLeod todos pensaban que era un milagro que siguiera con vida. La tía Nerys, cuando vio mi estado y exigió que la curandera me examinara, esta le dijo que llamaran al padre Len para que me diese la extremaunción. ¡La extremaunción, Lesi! Y créeme que en ese instante lo único que quería era morir, alejarme de todo ese dolor y morir. ¿Y sabes lo único que me hizo luchar? ¿Lo sabes? —preguntó Edine sin poder contener la furia que le hervía por dentro —, pensar que Logan vendría a por mí. Que el amor de mi vida, el padre de mi hijo, vendría a por mí, pero eso nunca pasó. ¿Por qué no pasó, Lesi? —preguntó Edine mirando a su hermana, que lloraba profusamente—. ¡Dilo! —exclamó, haciendo que Lesi diese un salto por la ira que contenía esa única palabra.

—Porque le dije que habías decidido casarte con otro y le entregué un pergamino en el que tú se lo explicabas todo y le decías que era por el bien de tu clan.

Edine asintió, mordiéndose el labio interior para intentar sosegar.

—Y no contenta con destrozar todo mi mundo, tuviste que hacérmelo saber. Como si no hubiese sido suficiente, tuviste que vanagloriarte de tus actos. Querías que supiera que Logan me odiaba, que jamás volvería a verle. ¿Por qué? ¿Por qué, Lesi? Yo te quería. Eras mi hermana pequeña. Intenté siempre protegerte —dijo Edine con desesperación.

Lesi no había parado de llorar desde que le había pedido perdón.

—Tenía envidia. Tú siempre eras la primera. Para papá, para nuestras amigas. Si mamá miraba alguna vez a alguien, era a ti. Y luego conociste a Logan y era el hombre más

impresionante que había visto y, por supuesto, te prefirió a ti. Me corroían los celos y cuando me contaste en secreto que estabas embarazada, lo supe. Supe que aquella era mi oportunidad. De que papa supiese que no eras la hija perfecta que él imaginaba. Pensé que te mandaría lejos, solo eso... Yo no pensé...

Edine temblaba sin poder controlarlo, quería que Lesi se fuese, no quería seguir con aquella conversación. Dolía demasiado.

—¡No pensaste! ¡Maldita sea, Lesi! ¡Maldita sea! —dijo Edine cruzando sus brazos sobre su cintura como si pudiese protegerse de esa manera de todos los recuerdos, de todo el dolor que en su día guardó en lo más profundo de su ser a fin de poder sobrevivir, y que en ese instante salía a borbotones por cada poro de su piel.

Edine suprimió un sollozo y dejó de respirar cuando la puerta entreabierta se movió hacia el interior y Logan apareció en el umbral. Su expresión en aquel instante le dijo todo lo que tenía que saber. Él las había escuchado. Edine cerró los ojos unos segundos esperando que al abrirlos todo fuese un mal sueño. Pero cuando se fijó en su mirada cargada de un dolor agónico, de ira y frustración, la frágil estabilidad que la sostenía en ese momento se rompió. Un quejido salió de sus labios antes de que Logan llegara hasta ella y la sostuviera entre sus brazos, abrazándola fuerte contra él. Y entonces todo lo que había estado contenido durante esos cuatro años se rebeló, tomó el control y dejó a Edine a su merced. Sin poder evitarlo, los sollozos ahora incontrolables salieron de su garganta como si quisieran arrancarle la piel y las lágrimas en torrente asolaron su rostro sin piedad. Le faltaba el aire como si se le fuese la vida misma, y solo conseguía agarrarse a Logan con todas sus fuerzas.

—Jamás le hecho daño a una mujer, va en contra de todas mis convicciones, pero te juro que si no sales de aquí, quebrantaré todos mis principios y te mataré. ¡Vete! —gritó Logan a Lesi cuando esta no salió rápido después de sus palabras.

Los ojos de Lesi se agrandaron con horror antes de volverse y salir corriendo.

Logan sostenía a Edine contra su cuerpo mientras esos sollozos desesperados le partían el alma.

Acababa de llegar después de dos días interminables, cansado y dolorido, cuando la vio en el salón mirándola. Vio el alivio en sus ojos al verle, como si le hubiese preocupado lo que pudiese pasarle en su ausencia, y entonces la pregunta que había estado asaltando su mente las últimas horas regresó con fuerza e insistencia. ¿Por qué fue ella a su habitación el día que intentaron asesinarlo? ¿De verdad le importaba o era otro de sus engaños? Con esa pregunta en los labios, la siguió cuando la vio desaparecer. La perdió durante unos segundos pero cuando pasó por delante del pequeño salón habilitado para las damas durante esos días y escuchó su voz y la de Lesi, se paró en seco. El tono de Edine era raro, como si toda su contención se estuviese haciendo añicos. Podía notar el esfuerzo que hacía para que su voz no temblara. Eso le hizo acercarse más a la puerta y prestar atención a la conversación. Lo que fuera que estaba alterando de esa forma a Edine lo intrigaba. Y entonces escuchó esas palabras. Unas que le hicieron apretar los puños y cerrar los ojos con fuerza, y le obligaron a apoyarse en la pared de piedra a fin de que sus piernas fueran capaces de seguir sosteniéndole. ¿Edine había estado embarazada? ¿De él? El significado de las mismas fue demoledor. El escuchar cómo lo había perdido por culpa de la paliza que le infligió su padre, y el inhumano trato al que fue expuesta por su propio progenitor hasta llevarla casi a la muerte, el dolor en su voz, eso lo destrozó como si le hubiesen clavado un cuchillo en el corazón y luego lo removieran a fin de verlo agonizar sin piedad. Una furia como no había conocido jamás le atravesó y se adueñó de él. Le habían arrebatado a su hijo, a Edine, una vida

juntos, y todo, ¿por qué? Las palabras de Lesi intentando explicarse avivaron su ira y el grito desesperado de Edine lo hizo reaccionar. Abrió totalmente la puerta y entró. Cuando vio el tormento y el dolor en los ojos de Edine, ahogándose en ellos, quiso matar a todos los que la habían hecho sufrir, y se juró que no descansaría hasta que les hiciera pagar por ello. Acortó la distancia que había entre ambos y la estrechó entre sus brazos, sintiendo cómo temblaba. El escucharla sollozar de aquella manera le desgarraba el alma. Y entonces reparó en ella, en Lesi, que los miraba con los ojos abiertos y una expresión que Logan ni se molestó en analizar. En ese momento Edine le necesitaba y no iba a fallarle. Nunca más. Le dijo a Lesi que se fuera. Y si era inteligente, se iría de esas tierras y se mantendría alejada antes de que Logan se cuestionara sus principios y no le importara tener su sangre en las manos.

Edine lloró con todas sus fuerzas durante lo que parecieron horas. Durante ese tiempo, Logan, de lo único que fue consciente, aparte de ellos dos, fue de que cerraban la puerta del salón otorgándoles la privacidad que necesitaban.

## CAPÍTULO XX

Logan separó un poco a Edine cuando el llanto se había convertido en un débil gimoteo. Necesitaba ver que estaba bien.

Los ojos de Edine eran dos pozos de dolor, incapaces de seguir ocultando nada. En ese momento estaban cargados de incertidumbre, duda, temor. ¿Por qué?

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Logan suavemente, rozando la mejilla de Edine en un intento de borrar todas las lágrimas que habían dejado un camino visible desde su rostro hasta su cuello.

Edine cerró los ojos con fuerza antes de volver abrirlos y enfrentarse a Logan. No había querido que él se enterase de aquello. Era el pasado, uno que no tenía solución. El volver a él solo le producía dolor y angustia por lo que había perdido y no podía recuperar. El conocer el pasado solo le produciría también dolor a Logan, y ella no quería ser quien infligiera tal emoción en él.

—No supe que estaba embarazada hasta que ya estabas en la corte. Estaba muy asustada, aunque también ilusionada. Esperaba ansiosa, desesperada, el día de tu vuelta para poder contártelo. Confiaba que la noticia te haría feliz. Siempre habías dicho que te gustaban los niños y te había visto con ellos. Así que solo me quedaba esperarte. Y entonces cometí un error. Mary, que ayudaba a mi madre y también a nosotras, se dio cuenta de que no había utilizado los paños durante el sangrado mensual y empezó a sospechar. Me hacía preguntas y, cuando supe que lo intuía, se lo conté a Lesi para que me ayudase. Al día siguiente mi padre lo sabía y el resto ya lo has escuchado.

Logan apretó la mandíbula en un acto reflejo. Sí, había oído el resto, y él se encargaría de que ese maldito hijo de puta pagara por lo que había hecho.

—No puedo ni llegar a imaginar por lo que tuviste que pasar, y solo puedo culparme por no haber estado a tu lado. Perdóname, por favor.

Logan tuvo que luchar para no perder el control. Solo imaginar por lo que tuvo que pasar lo ponía enfermo. Tenía sed de venganza y él se sentía responsable. Debería haberlos protegido, debería haberlo sabido. Pero ya tendría tiempo de torturarse, ahora lo más importante era Edine.

Edine se puso seria en un instante. Había visto el dolor en los ojos de Logan al decir aquellas palabras, y la frialdad de las mismas al dirigirlas sobre sí mismo.

—Tú no lo sabías —dijo con tono duro y exigente. Quería que Logan entendiera que no habían tenido la culpa.

—Nunca debí dejarte sola.

—No tuviste opción —dijo Edine intentando que sus palabras calaran en Logan—. El rey demandó tu presencia en la corte. No podías desobedecer esa orden y nosotros no sabíamos lo que iba a pasar. Se suponía que volverías en pocos meses y que nos casaríamos. Estábamos prometidos en secreto. No había nada que nos hiciera suponer que todo se complicaría.

—Nuestro hijo... —dijo Logan mirándola fijamente. Edine vio la turbación, el agónico ruego que había en sus palabras.

—No fui capaz de protegerlo —dijo Edine, como si estuviese de repente muy cansada. Sintió



su voz lejana, como si no fuese la suya—. Si alguien debe sentirse culpable soy yo.

Esas palabras se le hicieron lejanas de repente. Escuchó a Logan repetir su nombre una y otra vez. Oyó la extrema preocupación en su voz, y sintió cómo la tomaban casi en brazos para terminar sentada en una de las sillas de la estancia, con él a su lado, tocándole la mejilla, con la cara descompuesta. Se dio cuenta de que había estado a punto de perder el conocimiento.

—Estoy bien. Ya ha pasado —dijo Edine moviendo la cabeza un poco, como si así pudiese despejarse.

Ahora que le había hablado y que sabía que estaba bien, Logan frunció entrecejo y su voz fue dura y contundente.

—No, no lo estás. Maldita sea, Edine, acabas prácticamente de desmayarte. No volverás a salir de la cama hasta que te lo diga.

Edine esbozó una tenue sonrisa.

—Siempre has sido un mandón —le contestó, y el recuerdo de lo que habían estado hablando antes de que ese mareo la dejara exhausta hizo que su rostro se tensara. Logan soltó una de sus manos y cogió la barbilla de Edine para que lo mirara. No iba a permitir que rehuyese sus ojos, y menos antes de decirle lo que pensaba.

—Jamás vuelvas a decir que no pudiste protegerlo. ¿Me oyes, Edine? Dímelo, di que lo entiendes, porque no voy a permitir que te hagas esto a ti misma, cuando la única que lo protegió de todo y de todos fuiste tú. Hiciste todo por él y estuviste a punto de morir. —La voz de Logan tembló al decir las últimas palabras. Edine lo miró con asombro. Logan jamás perdía el control o la compostura—. Si te hubiese perdido también...

La intensidad en las palabras de Logan, unida a su mirada, atravesó a Edine hasta dejarla sin respiración. La vergüenza por haber deseado su propia muerte la golpeó como antaño.

—Hubo momentos en que deseé morir.

Edine lo miró, derrotada. Lo había dicho, había confesado su debilidad.

—Sentía tanto dolor que, cuando comprendí lo que el padre Len estaba haciendo junto a mi cama, di gracias y rogué para que fuese rápido. Y entonces pensé en ti, y la angustia se apoderó de los pequeños momentos de consciencia. No quería dejarte.

Edine vio el brillo en los ojos de Logan.

—Cuando comprendí que sobreviviría, cada noche me dormía rogando que le susurraras mi nombre al viento. Y a veces creí escuchar mi nombre en él, hasta que me di cuenta de que eso no ocurriría jamás. Perdóname, Logan, pero te odié por ello. Y entonces recibí noticias de Lesi, unas líneas diciéndome lo que había hecho, y todo quedó claro para mí. Eso no hizo que doliera menos, pero ya no podía odiarte y eso me destrozó, porque ya no tenía una excusa para olvidarme de ti. Ya no podía echarte la culpa. Estuve enfadada contigo, con todos, hasta que Brian me hizo ver que estaba equivocada.

Logan endureció su mirada. Brian era el hombre con el que había estado casada. El hecho de saber que ese hombre era el que la había consolado, protegido y tocado en vez de él, le hicieron apretar los dientes llevado por la ceguera de los celos.

—¿Te hizo feliz? —preguntó con toda la calma que encontró a pesar de su furia interna. Parte de ella tuvo que desprenderse en el tono de su voz, porque Edine le miró con el entrecejo fruncido.

—Era un buen hombre y me dio mucho más de lo que yo pude darle a él.

Logan se sentó en la silla que había frente a ella, incapaz de soltarle las manos.

—Cualquiera que te conozca sabe que eso es imposible.

Edine sonrió con desgana. Logan vio los surcos oscuros bajo sus ojos, ahora que estaban menos hinchados después del llanto. La palidez y el cansancio parecían haberse cebado con ella. Quiso en ese instante llevarla a la habitación y obligarla a descansar entre sus brazos hasta que estuviese completamente convencido de que estaba bien.

—Conocí a Brian cuando estaba recuperándome y empecé a dar pequeños paseos. Él sabía de mí por Nerys y por su hermano, Thane, y conocía mis circunstancias. Pidió verme. No entendía por qué, supongo que fue curiosidad. Él estaba muy enfermo y no podía levantarse de la cama. Era un hombre con inquietudes y muy inteligente. Creo que se aburría hasta la saciedad. En cierto sentido me recordaba a ti.

La expresión de Logan al escucharla denotó que ese hecho lo había sorprendido.

—Al principio fue un poco raro, pero después de esa primera charla me pidió que lo visitase. Al poco tiempo las visitas se convirtieron en algo cotidiano. Me sentaba junto a su cama y hablábamos de todo. Era un hombre mucho mayor que yo y supo darme muy buenos consejos. Yo lo visitaba solo un rato. Se cansaba con facilidad y le faltaba el aire. Cuando recibí noticias de mi padre ordenándome que volviera, mi mundo se derrumbó de nuevo. No quería, no podía volver. Pensé incluso en huir. No quería poner a mi tía Nerys en la tesitura de tener que decidir, y entonces Brian me pidió que me casara con él. Al principio le dije que no, me negué porque no lo amaba. Era un buen amigo, pero le dije que no podía ofrecerle nada. En ese sentido estaba vacía y todavía te amaba. Él me dijo que tampoco me podía ofrecer ser un marido en el pleno sentido de la palabra, por su enfermedad, pero que si accedía me daría la protección de su apellido y no tendría que volver con mi padre. El clan MacLeod sería mi nueva familia.

Logan seguía sintiendo el látigo de los celos en sus entrañas, pero después de escuchar a Edine, una parte de él agradeció el hecho de que Brian MacLeod la hubiese protegido cuando él no pudo.

—¿Por qué no viniste a por mí? ¿Por qué creíste en las palabras de Lesi? —preguntó Edine, y vio que aquellas preguntas habían hecho mella en Logan. Lo vio encogerse un poco, como si sus palabras le hubiesen hecho daño.

Logan tragó saliva antes de contestar. Aquella respuesta, después de lo que sabía ahora, no era fácil. No sabía cómo podía haber sido tan cauto. Se vanagloriaba de su inteligencia y de su poder de observación. Y en aquel caso había estado completamente ciego.

—Vi la letra en ese pergamino y creí que era la tuya. Era la misma. No lo dudé, y después de escuchar a Lesi, no hubo resquicio para nada más. Sabía cosas que era imposible que supiera si no era por ti y eso me hizo pensar que era de tu total confianza. Era tu hermana y sabía cuánto la querías y lo unida que estabas a ella. Jamás pensé que fuera un engaño. No me dijo adónde habías ido. Pero en una cosa te equivocas. Sí que te busqué, y cuando descubrí donde estabas, el rey volvió a reclamarme en la corte. Tuve que esperar unos meses hasta que pude cerciorarme de mi información y cuando quise ir a verte, tú ya te habías casado. Entonces entendí que, si había habido algún tipo de esperanza, con tu matrimonio quedaba enterrada. Aquel casamiento confirmaba todo lo que Lesi me había contado. ¿Cómo has permitido que todo este tiempo albergara ese resentimiento hacia ti? Y todos estos días, ¿por qué has dejado que siguiera ciego ante todo esto? Tenía derecho a saberlo —dijo Logan entre dientes—. También era mi hijo, tú eras la mujer a la que amaba, habría dado lo que fuera por saber la verdad. ¿Por qué?

—Estaba vacía, Logan. Durante mucho tiempo estuve entumecida, y yo también recibía información sobre ti. Conservaba algunas amistades que durante estos años saciaban mi curiosidad. Sabía que estabas en la corte frecuentemente y que había muchas damas que

reclamaban tu atención. Me dijeron que parecías feliz. Así que, después de que todo pasara, ¿qué derecho tenía de provocarte un dolor innecesario?

Logan endureció la mandíbula y una mirada que Edine no pudo descifrar se instaló en su rostro. Solo sabía que había contenido el aliento ante la misma. Entonces Logan soltó sus manos y se levantó, poniendo distancia entre ellos como si necesitase ese espacio para poder decir lo que pensaba.

—Tenías todo el derecho del mundo. No lo comprendes, ¿verdad? Ese dolor no era solo tuyo, era de los dos. Yo te amaba, maldita sea, más que a mi propia vida, y aún sigo haciéndolo.

Edine levantó la mirada como si le hubiesen sacado todo el aire del pecho de golpe. ¿Había dicho que aún la amaba? Sintió que los ojos se le humedecían. Había escuchado mal, estaba segura, pero su corazón martilleaba en su pecho ante la idea de que eso fuese verdad.

—¿Qué has dicho? —preguntó titubeante mientras se ponía de pie.

Logan se acercó a ella y enmarcó su cara con ambas manos mirándola fijamente a los ojos.

—He dicho que te amo. Nunca dejé de hacerlo.

La intensidad de sus palabras se hicieron eco en el interior de Edine. Una lágrima solitaria cayó por su mejilla y Logan la capturó con el dedo, quitando su rastro. Edine sintió arder la piel donde este había trazado el camino de esa lágrima.

—No hay nadie más que tú. Nunca la ha habido y nunca la habrá. Soy todo tuyo, Edine MacLeod, hasta mi último aliento. En cuerpo y alma.

Edine esbozó una sonrisa cuando esas palabras se colaron en su interior. Pensó que el corazón le iba a estallar.

—Yo también te amo, Logan McGregor, y nunca he dejado de ser tuya.

Un gruñido salió de los labios de Logan antes de capturar su boca y devorar cada centímetro de ella con un ansia desmedida, por los años perdidos, por el dolor vivido, y por un amor que nunca entendió de nada más que de la fuerza de lo que sentían el uno por el otro.

## CAPÍTULO XXI

—Lo siento, señoras, pero no pueden pasar. Ha habido un problema y esta habitación no podrá estar disponible por un rato. Si quieren puedo pedir que les lleven lo que necesitan al salón principal hasta que puedan volver a ella.

Las caras de todas las damas iban desde la incredulidad a la aceptación. Grant había tenido que improvisar. Cuando iba hacia las cocinas y se había cruzado con una sollozante Lesi McEwen, se dirigió al salón en el que las damas solían reunirse para bordar, y al mirar encontró a Edine MacLeod llorando como si fuera a desbordar los mares y a Logan abrazarla como si fuesen a quitársela. El ruido procedente de uno de los laterales, le hizo reaccionar. Cerró la puerta, dándoles la intimidad que necesitaban y había hecho guardia allí. No quería que nadie perturbara aquella conversación o lo que estuviesen haciendo. Era una situación comprometida y deseaba que Logan pudiese aclarar lo que necesitara con Edine sin la preocupación de ser interrumpidos.

Vio a todas las damas aceptar sus disculpas menos a una. Isobel lo miró con una ceja alzada y cara de circunstancias. No sabía por qué había pensado que podía ser diferente esta vez. Aquella mujer lo volvía loco.

Cuando todas se retiraban hacia el salón, vio a Isobel disculparse con ellas y volver sobre sus pasos. La sonrisa que se instaló en sus labios fue suficiente para que Isobel le mirara desafiante, dando pequeños toques con el pie en el suelo en señal de impaciencia.

—Acabas de mentir, Grant Kendrick MacLaren, y no veo que te arrepientas de ello.

—Ni pizca —dijo Grant con un brillo pícaro en los ojos que hizo que Isobel contuviese el aliento.

—Debería darte vergüenza, pero no vas a distraerme con eso —dijo Isobel señalando a sus ojos con el dedo— así que dime qué es lo que pasa. No encuentro a Edine y si lo que ocurre en esa habitación tiene que ver con ella y no me lo dices, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Grant asintió como si estuviese considerando seriamente su amenaza.

—¿Vas a torturarme hasta que suplique? ¿Qué será? ¿El látigo o un montón de brasas ardiendo? —preguntó con cara de preocupación.

Isobel estaba enfadada, y más después del tono irónico de Grant, pero no pudo menos que reírse, y entonces vio el cambio en la expresión de MacLaren. Vio el deseo en sus ojos y la intensidad en su mirada como si ella fuese lo más preciado que había en este mundo y se sintió perdida en ellos. No podía negar más la realidad. Estaba enamorada de Grant MacLaren.

—Quedan pocos días para que esta reunión acabe. De hecho, ya conozco varias uniones que se formalizaran en breve. Algunos partirán en las próximas horas y no pensaba que esto me pasaría a mí, sin embargo no puedo dejar que te vayas, a pesar de que sé que no soy lo que deseas, sin pedirte algo. Dios, esto no se me da nada bien —exclamó Grant totalmente serio.

—Sí —dijo Isobel con todo el arrojo del que fue capaz.

—Sí, ¿qué? —preguntó Grant, imaginando que Isobel no tenía ni idea de adonde se dirigían sus palabras.

—Que no se te da nada bien —dijo con una gran sonrisa.

Grant se removió inquieto, aunque una mueca se instaló en sus labios cuando entendió que

Isobel estaba divirtiéndose a su costa.

—¿Por qué no lo dices, Grant? Sé que es duro, pero no podrás vivir contigo mismo si no lo reconoces de una vez. Di «Isobel, has ganado la apuesta y he caído de rodillas ante ti, porque te amo tanto como tú me amas a mí».

Isobel no sabía de dónde había sacado las agallas para decir aquello. Y si se había equivocado no podría volver a salir de tierras MacLeod en su vida, la vergüenza la mataría. Pero la rebeldía, su lengua incapaz de controlar lo que debía decir, y que tantas veces le habían reportado el enojo de todos los que la amaban, volvían a traicionarla. La cara de asombro de Grant mereció la pena, aunque después quisiese huir al lugar más recóndito y enterrar la cabeza en un agujero. Era la primera vez que veía a ese hombre quedarse sin palabras a medio balbucear.

—No puedes hacer nada convencional, ¿verdad? —preguntó Grant cuando pudo encontrar su voz después de lo que le había dicho Isobel.

Isobel se encogió de hombros. Su cara expresaba tensión y nerviosismo, y Grant supo que amaría a esta mujer hasta el final de sus días y que Dios lo ayudara.

—Isobel, has ganado la apuesta y he caído rendido, de rodillas ante ti, porque te amo tanto como tú me amas a mí y por eso solo puedo preguntarte ¿Te casarás conmigo?

Una sonrisa como el sol en verano iluminó aquella estancia cuando Isobel curvó sus labios antes de sellar sus destinos con un sí que Grant rubricó con un beso lento que los dejó a ambos sin aliento.

\*\*\*

Edine miró a su prima y no podía saber quién de las dos estaba más asombrada.

—¿Qué has dicho? —preguntó nuevamente cuando vio a Isobel con una sonrisa de oreja a oreja.

—Grant me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí.

Edine la miró como si estuviese esperando que le saliera una segunda cabeza.

—¿Y dónde quedó eso de patán ignorante, presuntuoso, orgulloso maleducado...?

—Vale, vale, lo he entendido —dijo Isobel sin evitar que la felicidad se viese reflejada en su rostro. Es verdad que le había costado aceptarlo, pero ahora que lo había hecho no podía dejar de sonreír—. Sin embargo, toda persona tiene derecho a equivocarse, que no es mi caso, porque Grant es todo eso, pero es mío.

Edine no pudo sino sonreír ante la ola de posesión que había impregnado las palabras de Isobel.

—¿Estás segura? —preguntó más seria.

—Tanto que duele pensar que podría haberlo dejado escapar.

Edine se acercó y se abrazó a ella. Le gustaba Grant, sabía que era un buen hombre y que haría todo lo posible para hacer a Isobel feliz. Aunque a ellos les hubiese costado aceptarlo, Edine había visto que ambos se atraían desde el momento en que posaron sus ojos el uno en el otro.

—Y ahora que hemos aclarado mi situación, ¿qué hacías encerrada en el pequeño salón con Logan McGregor? —le preguntó Isobel a la vez que la miraba entrecerrando los ojos.

Edine miró a su prima y tomó una decisión.

—Creo que deberías sentarte. Hay algo que quiero contarte.

Isobel se puso seria de inmediato. El tono de voz de Edine la había puesto en alerta.

Isobel se sentó junto a ella y escuchó todo lo que su prima tenía que decirle. La oyó relatar su historia con Logan y cómo llegó a tierras MacLeod, por qué y en qué circunstancias. La traición de Lesi, y todo lo que había venido después hasta llegar a lo que había pasado esa misma tarde.

Edine vio a Isobel pasar por toda una paleta de emociones. Si algo tenía su prima es que no sabía reprimir sus emociones ni sabía cómo disimularlas. La vio sufrir, enfurecerse y emocionarse.

Ahora que hacía más de cinco minutos que había acabado de hablar, Isobel permanecía callada y eso la estaba poniendo nerviosa.

—¡Voy a matar a esa bruja!

—¡Isobel!— exclamó Edine después escuchar el insulto y la ira que había tras ellas.

—Pero es que es verdad. Si llego a saber esto cuando la vi, le hubiese arrancado la cabeza a esa arpía malnacida.

—Dios mío, Isobel, menos mal que tu madre no puede escucharte. Eres peor que un grupo de marineros en medio de una borrachera.

Isobel tomó las manos de Edine antes de mirarla nuevamente. Esta vez su ira parecía haberse apaciguado y una sospechosa humedad rondaba sus ojos.

—¿Estás bien? No sabía que habías pasado por ese infierno, pero sabes que te quiero, y mucho. Para mí no eres mi prima, sino mi hermana, y siempre lo serás.

—Lo sé —dijo Edine abrazando a Isobel nuevamente mientras se limpiaban ambas las lágrimas disimuladamente.

—¿Y qué le has dicho a Logan?

Edine sonrió cuando supo a qué se refería su prima. Logan le había dicho que se casarían antes de salir de tierras MacLaren. Que no pensaba pasar separado de ella ni un día más. Grant ya había hablado con el sacerdote que velaba por las almas de aquellas tierras para que el matrimonio fuese lo antes posible.

—Que la paciencia tampoco es mi principal virtud.

Las carcajadas pudieron escucharse durante un buen rato.

\*\*\*

Grant miró hacia la puerta cuando Elisa esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —preguntó a su primo mientras este salía detrás de la mesa en la que había estado revisando las cuentas durante la última hora.

—Cuando te viera. ¿Te he dicho que voy a casarme?

Elisa rio ante la pregunta de su primo.

—Es tarde, ya me he enterado por Helen Cameron. Se ha torcido esta tarde el tobillo y cuando estaba examinándola me ha dicho que estaba muy feliz de que su amiga Isobel MacLeod hubiese aceptado tu proposición. Es cuando le he preguntado si el golpe se lo había dado en el pie o en la cabeza. Creo que eso no le ha hecho mucha gracia.

Ahora fue Grant quien soltó una carcajada. Su prima Elisa era su única familia, y más que su prima era como una hermana. Siempre había sido más madura de la edad que tenía. Ni siquiera quería pensar en la razón de ese hecho. Su tío había sido un hombre violento y borracho, y su esposa, la madre de Elisa, una mujer que nunca había demostrado ni cariño ni preocupación por salud de su hija. Cuando el padre de Grant se había dado cuenta de ello, había sido demasiado tarde para evitar muchas cosas. Por eso Elisa había empezado a acompañar a la curandera del clan, la vieja Besy, cuando solo tenía doce años, para estar fuera de su casa el mayor tiempo posible. Y él se reprochaba no haberse dado cuenta de ello.

—Bueno, no creo que te guarde rencor. Es imposible hacerlo cuando se te conoce.

Elisa sonrió con cariño antes de quedarse seria.

Grant vio la expresión de su prima y supo que algo ocurría.

—¿Qué pasa, Elisa? —preguntó acercándose a ella y obligándola a mirarlo a los ojos.

—He recibido noticias de mi madre.

Grant endureció su mandíbula ante las palabras de Elisa.

—¿Qué quiere ahora?

—Dice que necesita que vaya a verla. Dice que es importante.

Grant maldijo por lo bajo.

—Y tú no la creerás, ¿verdad? No irás.

Elisa tomó una de las manos de su primo entre las suyas.

—Es mi madre, Grant.

—Una madre que no hizo nada nunca por ti, ni siquiera protegerte, y que luego te abandonó a tu suerte para irse de aquí sin tan siquiera mirar atrás.

Elisa sabía todo eso, lo sabía muy bien, y lo había meditado durante las últimas dos horas.

—No le debes nada, Elisa.

—Lo sé, pero si le doy la espalda, entonces estoy siendo igual que ella. Eso no es lo que aprendí de ti.

Grant la miró con orgullo. Su prima era una de las mujeres más fuertes, generosas, nobles y cariñosas que había conocido. Y él se prometió hacía mucho tiempo que cuidaría de que nadie volviese a hacerle daño nuevamente. Sus grandes ojos la miraban ahora, solicitando comprensión.

—No irás sola, ¿me escuchas?

Elisa asintió. La tensión había abandonado sus facciones.

—Irán varios hombres contigo. O van contigo o no te mueves de aquí —continuó Grant cuando la vio que iba a protestar—, pero deberás esperar hasta que esta reunión acabe. Ahora no puedo desprenderme de ninguno de los hombres.

—Pero me necesita ahora, Grant.

La expresión de su primo la hizo darse cuenta que no iba a ceder. Era muy cabezota a veces.

—Hay varios días hasta tierras McIntosh. No voy a arriesgarme con tu seguridad.

Un ruido en el vano de la puerta hizo que Grant y Elisa volviesen sus miradas. Duncan McPherson estaba allí, y Elisa sintió que sus mejillas se sonrojaban ante su sola presencia.

—Lamento interrumpir. Venía a decirte que tendré que irme pasado mañana y sin pretenderlo he oído la última parte de vuestra conversación. Si la señorita Elisa quiere ir, mis hombres y yo podríamos acompañarla hasta allí. Las tierras del clan McIntosh limitan con las de mi clan. No sería ninguna molestia, ya que nos pillan de camino.

Elisa miró a Grant suplicando que aceptara la oferta de Duncan McPherson.

Cuando Grant asintió, Elisa miró a Duncan con una gran sonrisa.

## CAPÍTULO XXII

La boda fue al día siguiente. Logan McGregor no permitió que nada se interpusiera esta vez en su camino. Amaba a Edine como jamás había amado a nadie y el hecho de pensar en poder perderla de nuevo le hicieron desesperar en el deseo de tenerla atada a él de todas las formas posibles. Así que él mismo arrastró al padre David hasta las tierras de MacLaren y delante de la mujer más hermosa y maravillosa del mundo se comprometió en cuerpo y alma a protegerla y amarla hasta la saciedad. Eso no lo dijo, pero era más que evidente por la forma en que la miraba, hambriento de tocar cada centímetro de ella.

Edine se puso un vestido dorado con una cenefa de color verde, bordado en uno de sus hombros con pequeñas flores en un tono de verde más claro que el resto de la cenefa. Su pelo suelto caía ondulado sobre su espalda.

Estuvieron presentes Grant e Isobel, Elisa, Ducan McPherson, Helen Cameron y Alec Campbell y el pequeño Ed Daroch, que estaba contento de saber que se iría con ellos y que tendría un nuevo hogar. Isobel no pudo contener las lágrimas durante la ceremonia. Sabía por lo que había pasado su prima y verla tan feliz en ese momento hizo que se emocionara. No podía dejar de hipar con pequeños sollozos hasta tal punto que en un momento de la ceremonia, el padre David, Logan y Edine, se giraron para cerciorarse de que estaba bien.

Isobel casi se murió de la vergüenza.

—Ya me callo —dijo, mientras con una mano hacía el gesto de que siguieran.

La carcajada de Grant solo empeoró su azoramiento.

Después de que el padre David uniera sus manos y las atara mientras decía las palabras que los convertirían en marido y mujer, ambos recibieron las felicitaciones de todos los presentes. Grant había preparado una cena especial para todos esa noche, no solo los que habían acudido como testigos al enlace.

Hubo comida, baile y muchas risas, sobre todo cuando Logan y Edine se retiraron. Los comentarios, algunos subidos de tono, hicieron ruborizarse a Edine.

—¿Eres feliz? —preguntó Logan cuando estaban ya en la habitación que le había proporcionado Grant para esa noche, más grande que la que habían tenido ambos durante su estancia.

Edine esbozó una gran sonrisa mientras Logan la atraía hacia sí, pasando los brazos por detrás de su cintura.

—Mucho, pero... —dijo Edine poniendo un dedo sobre los labios de Logan, que ya trazaban el camino hacia los suyos—. Sé que puedes hacerme todavía más feliz. Espero que trabajes en ello y te esmeres por conseguirlo durante los próximos... ¿cuarenta o cincuenta años?

Logan esbozó una sonrisa traviesa mientras sus ojos desprendían todo el amor y la pasión que sentía en ese instante.

—Trabajaré duro. Lo prometo.

Edine se rio sin poder evitarlo.

Esta vez no detuvo el avance de Logan, que apesó sus labios despacio, dolorosamente lento, mordisqueando su labio inferior, consiguiendo de Edine un gemido de protesta, exigiendo más.



Logan la atrajo contra su cuerpo, no quedando entre ellos un solo resquicio, hasta que Edine lo dejó entrar en esa boca que lo volvía loco y que se apresuró a tomar. Enlazó su lengua con la suya y, como si tuviesen todo el tiempo del mundo, se perdieron en su sabor, en su textura, en su deseo que se encendía cada vez más hasta que tuvieron que separarse para poder respirar.

Edine apoyó su cabeza en la barbilla de Logan mientras ambos intentaban recuperar el aliento.

—Tenía toda la intención de ser delicado e ir despacio, pero si seguimos así te tomaré aquí mismo sin llegar ni siquiera a la cama.

Edine sonrió, aunque sus mejillas estaban rojas como la grana. Ese deseo mutuo que los quemaba y enloquecía a los dos, esa necesidad primitiva que tenían de estar uno en brazos del otro, piel contra piel, era tan visceral que apenas si lo podían controlar. Entendía a Logan.

—Ha pasado mucho tiempo desde que yo... Tú has sido el único hombre con el que me he acostado, pero no soy una novia virgen. Puedes omitir lo de delicado y despacio, pero te agradecería lo de la cama.

Logan soltó una carcajada que retumbó en el pecho de Edine, haciéndose eco de su propia felicidad.

—Creo que eso sí podré cumplirlo —dijo Logan antes de acunar su cara entre sus manos y mirarla con adoración.

—Te amo tanto...

Edine cerró los ojos y se embriagó no solo de esas palabras, sino también de la intensidad, la profundidad y la emoción con las que habían sido dichas.

Logan la tomó en brazos, acortó la distancia hasta la cama que había detrás de ellos, y que era la pieza central en aquella habitación, y depositó a Edine sobre sus blancas sábanas.

Se desvistieron mutuamente entre risas y una pasión por momentos agónica que los guio hasta que estuvieron completamente desnudos uno al lado del otro, y el deseo era lo único que imperaba entre ambos.

Logan dejó la boca de Edine para descender sobre su cuerpo y besar cada centímetro de su piel. Le estaba costando la vida misma mantener el control, pero no quería precipitarse, quería volver loca de deseo a Edine antes de hacerla suya por completo.

Cuando llegó a su pecho rodeó con su lengua la areola sonrosada de su pezón izquierdo, provocando que la piel de Edine se erizara. Un pequeño gemido proveniente de sus labios hizo que siguiera con aquella tortura. Sopló sobre el pezón ya endurecido y cuando Edine arqueó su espalda pidiendo más, Logan no se hizo de rogar y lo metió en su boca, succionando, lamiendo su cúspide hasta que la oyó sollozar. Reticente, lo abandonó, dedicándole al otro la misma atención. Edine sujetó las sábanas con los puños cuando, después de que Logan siguiera con su tortura descendiendo aún más, sintió su aliento en el mismo centro de su feminidad. Cuando notó sus dedos tocando el botón de carne que culminaba su placer y separó sus labios, creyó morir. Sin embargo, fue cuando sintió su lengua penetrando en su interior cuando soltó un grito que resonó con fuerza entre las paredes de aquella habitación. No creía que pudiese aguantar tanto placer y supo que si aquella tortura se prolongaba, moriría entre sus brazos, hasta que sintió cómo se fracturaba en mil pedazos, no pudiendo contener los gritos que emergieron de su garganta cuando aquella agonía de puro placer se adueñó de todo su ser.

Logan no pudo controlarse más. La deseaba con tal intensidad que explotaría si no la hacía suya en aquel preciso instante. Los gritos y los gemidos de Edine le habían llevado al extremo.

—Mírame, Edine —le dijo cuándo su cuerpo cubría completamente el de su esposa, posicionado entre sus muslos.

Logan vio los vestigios de la liberación de Edine en sus ojos que se enfocaron en él antes de introducirse en su interior de una sola estocada.

Tuvo que apretar la mandíbula y mantenerse quieto durante unos instantes. Edine se movió debajo de él de forma instintiva y eso fue lo que le hizo perder el poco control que le quedaba. Salió casi totalmente del interior de su esposa para introducirse de nuevo en ella. Sus embates no fueron delicados ni lentos, sino duros y con un ritmo endiablado. Edine rodeó con sus piernas a Logan y siguió sus movimientos saliendo a su encuentro, mientras con sus manos se agarraba a la espalda de Logan con tanta fuerza que este sabía que le dejarían marca. Edine volvió a gritar cuando el segundo orgasmo de la noche se apoderó de ella con más fuerza e intensidad que el primero. Logan embistió varias veces más antes de lanzar un gruñido salvaje y caer entre los brazos de Edine.

Cuando pudo moverse, se colocó al lado de su mujer atrayéndola entre sus brazos. Ambos respiraban como si no hubiese aire suficiente para calmar su pecho.

—Dios, Edine, otra noche así y te quedarás viuda antes de tiempo.

Edine sonrió, apoyando los labios contra la piel de Logan. Parecía imposible que después de quedar saciados como habían terminado solo unos minutos antes, sintiese de nuevo temblar el cuerpo de Logan ante su contacto. Se sintió poderosa y sin poder resistir la tentación, sus labios volvieron a besar la piel de su marido hasta lamer el pezón que la estaba perturbando.

El gruñido gutural que salió de la garganta de Logan la hizo desear más, y siguió bajando con sus besos hasta que se vio volteada en la cama y con Logan encima de su cuerpo.

—Maldita sea, Edine, vas a matarme.

—No te mueras y recupera el tiempo perdido —contestó Edine con el entrecejo fruncido y la voz firme como si fuese una orden. El brillo divertido de sus ojos hizo sonreír a Logan, antes de perderse en el cuerpo de su esposa una vez más.

## EPÍLOGO

—Es precioso, Meg —dijo Edine con el pequeño entre sus brazos, que eligió ese momento para soltar un ruidito y esbozar lo que parecía una pequeña sonrisa. El poco cabello rubio y los ojos grandes color miel hacían que todos vieran el gran parecido con su madre.

—Yo no puedo decir lo contrario, soy su madre— dijo Meg con una sonrisa.

Hacía solo unas semanas que había dado a luz, pero se la veía tan llena de energía como siempre.

—Yo creo que es precioso también.

Meg se quedó mirando a Aili con una ceja alzada.

—Tu parecer tampoco cuenta, eres su tía, y además estás embarazada. Cuando yo lo estaba todo me parecía precioso.

Edine sonrió a la vez que Meg, mientras Aili fruncía el ceño.

Habían pasado tres meses desde que se habían casado. En ese tiempo habían estado junto a Grant e Isobel en tierras MacLeod con motivo del posible enlace entre ambos. Thane y Nerys habían aceptado a Grant después de conocerle y ver qué clase de hombre era. Nerys había dicho a Isobel que la forma en que la miraba Grant era la misma en la que su padre la había mirado antes de casarse. Después los acompañaron de nuevo a tierras MacLaren y estuvieron presentes en su boda. Edine se había despedido días después de Isobel con el corazón dividido y la promesa de Logan de que los visitarían en primavera.

Unas voces procedentes de la entrada sacaron a Edine de sus pensamientos. En cuanto vio entrar a Logan junto a Evan y Andrew McAlister, su corazón latió rápido, dejándola sin aliento. No sabía si alguna vez esa sensación se asentaría para calmarse un poco, pero ahora le era imposible permanecer impassible ante él. Y tampoco lo deseaba, porque, aunque pareciera imposible, cada día que pasaba lo amaba aún más. La profundidad de sus sentimientos podía dar miedo si no supiera que Logan la amaba con la misma intensidad. La risa de Logan y Evan atrajo su atención.

Parecía que se estaban divirtiendo a costa de Evan, por su reciente paternidad, aunque por su expresión no parecía muy molesto. Habían escuchado a Andrew decir que desde que su hermano se había convertido en padre, no era tan divertido meterse con él.

—Evan McAlister, no hagas ruido. Mat se está durmiendo —dijo Meg, con el entrecejo fruncido pero una sonrisa en sus labios.

La cara de disculpa de Evan, un *Highlander* temido en toda Escocia, no tenía precio. Se acercó a Edine para tocar la cabecita de su hijo y depositar un beso en su frente antes de acercarse a su mujer y cogerla por la cintura apretándola contra sí.

—Tendrás que hacer algo para que me mantenga callado.

El sonrojo de Meg fue instantáneo, antes de que un brillo pícaro asomara a sus ojos.

—Está bien, puedo coserte la boca más tarde.

Evan rio por lo bajo antes de besar a su esposa.

Edine alzó su mirada después de colocar bien el paño con el que el pequeño Mat estaba abrigado para mirar de nuevo a Logan. Había sentido su mirada sobre ella desde que entró y ahora

que enlazaba la suya con la de él, el brillo y la promesa en sus ojos la hicieron ruborizarse también.

Andrew se acercó para ver a su sobrino después de besar a su mujer, y colocar una mano en su vientre mientras le susurraba algo que hizo que Aili lo mirase con adoración.

Logan se acercó a Edine, después de observar a su familia. Sus hermanas, Aili y Meg, eran felices y sus matrimonios con los hermanos McAlister, contra todo lo imaginado un año atrás, eran uniones selladas con el profundo amor que se profesaban. Edine le sonrió cuando estaba cerca de ella y sintió que su corazón se estremecía. Estaba más hermosa que nunca en ese instante, con su sobrino entre los brazos. No quería que nada enturbiara la felicidad de su esposa y por eso no le había contado la visita que había hecho a su suegro dos semanas atrás. McEwen había echado espumarajos por la boca después de que Logan le hiciese ponerse de rodillas y pedir perdón por todo lo que había hecho. Había estado a punto de matarlo con sus propias manos, pero sabía que eso no se lo perdonaría jamás Edine. Al fin y al cabo, era su padre. Sin embargo, después de su visita sabía que McEwen jamás volvería a ser el mismo hombre, y la humillación delante de sus hombres fue completa. Lesi tuvo el buen juicio no hacer acto de presencia.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó Edine cuando Logan tocó la manita de Mat.

—Creo que protestaría si lo alejara de tus brazos. Yo lo haría —dijo Logan viendo cómo su sobrino apretaba su dedo con fuerza.

—¿No crees que deberías practicar? —preguntó Edine con voz baja.

Logan desvió su vista hasta Aili antes de contestar.

—Recuerda que le llevo cinco años a Meg. La cogía cuando era niña, y estos días con Mat puedo practicar para cuando mi nuevo sobrino llegue.

La mirada de Edine cuando Logan terminó de hablar hizo que Logan se quedara sin aire. Él creía que su esposa se había referido a su futuro sobrino, pero... No podía ser... ¿verdad? No le estaba insinuando que...

Edine empezó a preocuparse cuando vio que Logan la miraba con intensidad, pero no decía nada. Cuando notó el brillo acuoso en sus ojos, Edine asintió.

—¿Estás...?

—Sí —dijo Edine con nerviosismo.

Lo había sospechado el mes anterior, pero no lo había confirmado hasta que la curandera del clan McGregor se lo había dicho unos días antes. Había sido difícil ocultar alguno de los síntomas, sobre todo durante el viaje de dos días hasta tierras McAlister, donde las hermanas de Logan vivían con sus esposos.

—Meg, ¿puedes coger a tu hijo, por favor? —preguntó Logan con voz ronca y temblorosa.

Meg y Aili dejaron de prestar atención a todo lo demás para centrarse en su hermano. Ese tono de Logan no era normal. Era el tono de que algo muy gordo pasaba.

Meg miró a su hermana antes de acercarse a Edine y tomar a Mat entre sus brazos.

Cuando su hermano tomó a Edine por la cintura y la besó como si le fuese la vida en ello, ambas se miraron. Y cuando las lágrimas de felicidad de Edine se unieron a las manos de Logan sobre su vientre aún plano, la emoción embargó a Meg y a Aili. Después de lo que había sufrido Logan y del infierno vivido por Edine, merecían ser felices.

Con lágrimas en los ojos, Meg y Aili esperaron hasta que Logan soltó a su mujer, y dejando a Mat en brazos de su padre, ambas se acercaron hasta Logan y Edine para abrazarlos.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntaron los hermanos McAlister a la vez.

La risa de los hermanos McGregor resonó en la estancia mientras se secaban las lágrimas de

felicidad. El amor impregnaba cada rincón de aquella habitación y a quienes estaban en ella.  
¿Quién dice que los sueños no pueden hacerse realidad?

FIN

## BIOGRAFIA

Josephine Lys se graduó en Derecho y se desempeña profesionalmente como abogada; sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día, ya un clásico. Su segunda novela, Atentamente tuyo (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, El guante y la espada (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela histórica. Su novela Corazones de plata ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica. En 2019 autopublica la novela El hielo bajo tus pies, primera de la serie Los Hermanos McGregor.